

La construcción de lo posible

CATALINA ROTUNNO y EDUARDO DÍAZ DE GUIJARRO (compiladores)

La construcción de lo posible

La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966

ROLANDO GARCÍA · TULIO HALPERIN DONGHI

JUAN MANUEL BORTHAGARAY · MANUEL SADOSKY

ANA MARÍA BARRENECHEA · GREGORIO KLIMOVSKY · ALEJANDRO KACELNIK

RICARDO MONNER SANS · ANTONIO BARRUTIA · ALBERTO AGREST

JORGE ALBERTONI · ROBERTO ZUBIETA · SERGIO BAGÚ · ANÍBAL FORD

PRÓLOGO DE MARCELINO CEREJIDO



libros del
Zorzal

982 La construcción de lo posible : la Universidad de Buenos
LAC Aires 1955-1966 / compilado por Catalina Rotunno y
Eduardo Díaz de Guijarro . - 1ª ed. - Buenos Aires :
Libros del Zorzal, 2003.
256 p. ; 20x14 cm.

ISBN 987-1081-13-8

I. García, Rolando II. Rotunno, Catalina, comp. III. Díaz de
Guijarro, Eduardo, comp. - 1. Historia Argentina

DISEÑO

IXGAL

FOTOGRAFÍAS DE TAPA

PABELLÓN 1 DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA EN CONSTRUCCIÓN Y EN 1963
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

© Libros del Zorzal, 2003

Buenos Aires, Argentina

ISBN 987-1081-13-8

Libros del Zorzal

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de
La construcción de lo posible, escribanos a: info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

Indice

Prólogo	9
Reseña de la época	31
La construcción de lo posible, por Rolando García	43
Un proceso innovador y conflictivo, por Tulio Halperin Donghi	71
Universidad y política, por Juan Manuel Borthagaray	81
Queríamos tener una universidad de excelencia, por Manuel Sadosky.....	93
La jerarquización de la enseñanza, por Ana María Barrenechea	113
La época más feliz de mi vida, por Gregorio Klimovsky.....	123
Cientificismo y pensamiento independiente, por Alejandro Kacelnik	145
Facultad de Derecho: Interrogantes de un reformista, por Ricardo Monner Sans	167
Estábamos enamorados de la ciencia y la cultura, por Antonio Barrutia.....	183
El Instituto de Investigaciones Médicas, por Alberto Agrest	203
La Facultad de Ingeniería entre 1955 y 1966, por Jorge Albertoni y Roberto Zubieta	209
Nuevos conceptos para una nueva universidad, por Sergio Bagú	229
Eudeba, una revolución editorial, por Aníbal Ford	235
Epílogo	251

Prólogo

MARCELINO CEREJIDO*

Tengo muchos amigos que fueron grandes actores y testigos de la universidad argentina de 1955-1966. Algunos tienen más de ochenta o noventa años, otros ya ni viven en Argentina y, a través de esas charlas agrídulces en las que finjo desconocer tal o cual anécdota, sólo por el gusto de volverlos a escuchar, me fui convenciendo de que los argentinos deberían conocer los recuerdos que atesoran. Por eso anhelaba que alguien recogiera ese testimonio. Catalina Rotunno y Eduardo Díaz de Guíjarro lo han hecho, hoy ponen en mis manos este libro, me invitan a prologarlo, y de pronto siento la obligación de justificar por qué considero tan importante que los argentinos lo lean y mediten.

Escribiré este prólogo con la desesperación esperanzada de quien grita: “¡Miren, un salvavidas!”, refiriéndome al ideario de aquella universidad de 1955-1966, pues si bien considero que al destruirla Argentina aceleró su caída hacia su situación actual, sé muy bien que aún le quedan brasas de aquel fuego, de modo que es uno de los pocos países del Tercer Mundo que todavía tiene en sus manos *el* instrumento que le ayudaría a superar sus problemas. Lo único que me amarga y preocupa es saber que la misma chatura oscurantista que llevó a aplastar la universidad en 1966 todavía anda por ahí sofocando la mente del grueso de los argentinos, y le impide ejercer su derecho a

* Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados, México

conocer. Pero bueno, todas estas afirmaciones exigen cierta explicación; trataré de darla en este prólogo.

Aunque los argentinos no lo crean

La ciencia moderna ha partido a la humanidad en un Primer Mundo que investiga, crea, posee, decide, impone, invade y castiga, y un Tercero que obedece, se comunica, transporta, divierte, cura y mata, con teléfonos, radios, vehículos, deportes, medicamentos y armas que inventaron los del Primero. La Argentina es doblemente difícil de ubicar en ese esquema. En primer lugar porque en ella se mezclan cosas de Primer Mundo con cosas de Quincuagésimo. En segundo, porque la enorme mayoría de los argentinos da tozudamente por sentado que sus miserias actuales tienen una única explicación, la económica, a la que ahora le han empezando a agregar una segunda, la corrupción, de modo que, típicamente, en cuanto alguien empieza con los argumentos que expondré en este prólogo, dejan de escuchar. Es como intentar convencer al morador de una villa que la ecuación de Einstein $e = m.c^2$ ha cambiado la forma de entender el universo, de suministrar electricidad y de hacer la guerra. Pero, como diré al final de estas páginas, Argentina tiene también una población que conoce muy bien el papel social del conocimiento, y que escuchará nuestros argumentos aun en el caso de que a la postre no los comparta.

Arranca el Primer Mundo

Según la mitología cristiana, Jesús afirmó que el fin del mundo, la resurrección de los muertos y el Juicio Final estaban próximos; él mismo permaneció apenas tres días en su tumba. Por eso sus seguidores se sumieron en una aterrada expectativa y tomaban cada terremoto, plaga o cometa como señal de que el final había llegado. Sin embargo, trece siglos después, el temor

sólo se recordaba en la arenga tremendista de algún sacerdote alucinado, y la Civilización Occidental empezó a aprovechar para, ya que seguían aquí, enfocar su curiosidad sobre la realidad que los rodeaba, y analizarla hasta donde les fuera posible. Pronto llegaron a la conclusión de que los antiguos habían sido geniales. Ahí estaban las pirámides de Egipto, los templos grecorromanos, las obras de Zenón, Pitágoras, Platón, Aristóteles y Aristarco para probarlo. La mismísima Biblia era un claro testimonio de aquel pasado y aquellos personajes gloriosos. Pero los europeos también advertían que de aquel esplendor sólo les habían llegado ruinas: columnas rotas, vasijas caídas, esculturas con narices y brazos quebrados, manuscritos incompletos y pésimamente traducidos por gente que no solía entender el tema que leía, y acaso lo vertía del griego al latín clásico, del latín clásico al árabe, del árabe al latín medieval, e introducía groseras distorsiones adrede para encuadrarlos en la manera de interpretar que exigía la autoridad eclesiástica. De modo que había habido una Edad de Oro, pero ahora estaba cubierta por un manto de polvo, escombros, error y mentira. Se propusieron *descubrir*la.

Para ello tuvieron que aprender a *leer directamente los textos originales*, aunque fueran apenas fragmentos chamuscados, sin aceptar mediadores entre ellos y la realidad, desconfiando de interpretaciones ajenas; diseñaron formas de *observar, analizar e interpretar directamente* aquellos restos del pasado aunque se tratara de ruinas de templos y ciudades. Y, algo verdaderamente insólito, aceptaron *la duda y aun la ignorancia* antes que la “explicación” y las “interpretaciones oficiales”, así éstas fueran impuestas por la mismísima Madre Iglesia.

Se trató de una tarea ardua y costosa que tomó siglos, pero la bosquejaremos por las semejanzas que creemos detectarle con la universidad del ‘55 al ‘66. Por comenzar, para leer la Biblia hay que tener un ejemplar, pero para producirlo se requerían generaciones de monjes copiando a mano con prolijidad y

buena letra; por eso, claro está, sólo algunos conventos célebres y algunos condes o reyes tenían una Biblia tan única, que si aún subsiste cuesta millones de dólares y perdura como tesoro en algún museo nacional detrás de cristales antibalas. Aquellos europeos del Siglo XV contaron con la imprenta desarrollada hacía poco e imprimieron abundantes ejemplares, pero de qué servía tenerlos si menos del uno por ciento sabía leer: incrementaron la impresionante campaña alfabetizadora que había comenzado con el nacimiento de los burgos. Aun así, pocos entendían el hebreo, arameo y latín en el que estaban escritos el Antiguo y el Nuevo Testamento: se alentó la traducción al alemán, inglés, francés. El próximo impedimento sería que una cosa es leer y otra muy distinta entender lo que se lee: formaron entonces grupos de lectura, discusión y análisis. Ahora sí, cada uno podía aspirar a leer e interpretar por sí mismo.

Veamos ahora cómo aplicaron los mismos criterios para conocer la realidad-de-ahí-afuera. La receta central, insistimos, fue ver e interpretar directamente, se tratara de un texto o la órbita de un planeta, sin aceptar la imposición de interpretaciones ajenas. Simplemente, los sabios dejaron de invocar las opiniones arcanas de doctores ilustres, llenas de oscuridades y pasajes enigmáticos, e insistieron en mirar, oír, tocar, pensar por sí mismos. Pero, una vez que comprobaban qué sucede si se mezcla este mineral con aquel ácido, o qué regularidad habían observado al estudiar las montañas, las poleas, las olas, los animales, no había ninguna *autoridad* que sancionara esas “verdades”. A lo sumo podían convocar a colegas y personajes para que vieran y *comprobaran* que la afirmación era *constatable*. Y aquí viene lo importante, pues si querían que también lo *confirmaran* los sabios de otros países, no tenían más remedio que describirlo de una manera clara, sucinta, que permitiera repetir la observación, porque ahora no dependían de que una autoridad lo declarara cierto, sino de que *todos* pudieran reproducir las experiencias, repasar y examinar los análisis hasta conven-

cerse *por sí mismos*. Nadie les podría “dar” la razón, pues ésta no le pertenecía a nadie. Empezaron a escribir hojitas escuetas, *pa-pelitos* que de ahí en más se llamaron “papers”, “proceedings”, “comptes rendus” y a reimprimirlos e intercambiarlos entre sabios de distintas ciudades y distintos países. Se dejaron de lado los planes de estudio y asignaturas medievales, fueron inventando una nueva pedagogía.

Esa actividad en lo que luego fue el Primer Mundo indignó a las autoridades eclesiásticas que luchaban por imponer *la* manera oficial de interpretar, ocultar las discrepancias, perseguir a los osados. Pero ¿quiénes eran esos osados? ¿dónde estaban? En ninguna parte y en todas. Y he aquí otra de las maravillas de aquel tesoro de conocimiento que se iba acumulando: aunque nadie se lo propusiera, nadie enunciara ningún “gran sistema totalizador” a la manera de los grandes cuerpos de doctrinas teológicas, iba surgiendo *espontáneamente* una sistematización vigorosamente coherente, cada vez más eficaz, cada vez más abarcadora, cada vez más capaz de hacer predicciones con las que salir a buscar más información, más piezas del rompecabezas de la realidad, y que ellos transformaban rápidamente en conocimiento. Y aun así, aunque se encontrara que ese conocimiento era constatable, se le desconfiaba, se recomendaba buscar y volver a buscar, poner en duda, reinterpretar. De pronto aparecieron las palabras *ricerca*, y *recherche* y *research*, porque aquel embrión de Primer Mundo no se quedó a esperar que a un sabio se le ocurrieran explicaciones mientras se bañaba (como tradicionalmente se dice que le ocurrió a Arquímedes) o a observar las oscilaciones del candelabro en una iglesia (como supuestamente le sucedió a Galileo). Entonces construyeron un colosal aparato para generar más conocimiento activamente, y con el tiempo a ese instrumento se lo llegó a llamar *investigación científica*. Hoy ese aparato descomunal está constituido por todos los científicos del planeta, miles de laboratorios, bibliotecas, es-

taciones marinas, expediciones, fábricas de telescopios, microscopios, industrias de reactivos químicos, congresos, simposia, sistemas de becas. Pero queda claro que una cosa es la ciencia (manera de interpretar), y otra muy distinta la investigación (habilidad de encontrar cosas, hechos e hipótesis nuevas). Tanto en aquel entonces como en el presente, se considera que quien tiene una mente original y habilidad técnica puede ser un gran investigador, pero así y todo, si lo interpreta con base en milagros, revelaciones, dogmas y Principio de Autoridad, *no* es un científico. Usar la palabra “investigador” como sustituto de “científico” es apelar a una metonimia que no siempre resulta justificada.

Siempre se pone el énfasis en que aquella hazaña produjo y cambió de manos riquezas, poder, formas de trabajar, vivir y organizarse socialmente. Sin desconocerlo, queremos señalar que tanto o más importante fue que la aventura los cambió a ellos, a los actores, a la relación que tenían con aquella realidad que estudiaban, y a la religión que profesaban. Los alquimistas habrán fallado en transformar el plomo en oro, pero lograron transformarse a sí mismos en químicos; los astrólogos no habrán encontrado secretos divinos en los cielos, pero se convirtieron a sí mismos en astrónomos. A los argentinos –tomados en conjunto– nos cuesta entender aquel proceso, porque la educación que nos dieron nos forzó a rezarle a San Ignacio de Loyola, numen de la Contrarreforma, no a enterarnos de que, en total oposición al ideario comenzado con la Reforma, dicho personaje recomendó: “Debemos estar siempre preparados para que si la Santa Madre Iglesia nos ordena que veamos negro aquello que estamos viendo blanco, debemos obedecer y verlo negro”. Aquella educación nos inculcó la quintaesencia del subdesarrollo, al meternos en la cabeza que hubiera sido más meritório que Tomás creyera ciegamente, antes que intentar cerciorarse viendo y tocando las heridas de Jesús.

La Iglesia Católica reaccionó ante aquella Reforma redoblando las propias reformas que siglos antes había iniciado en su interior. Creó órdenes religiosas *ad hoc*, entre las cuales destacaron los jesuitas de Ignacio de Loyola, convocó a teólogos, reunió concilios, enroló a reyes, personajes políticos y caudillos militares, y desempolvó y aceitó el instrumento de la Santa Inquisición. Casi sin excepción, los pueblos que aceptaron ver y entender lo que de acuerdo con la Iglesia *debían* ver y entender hoy conforman el Tercer Mundo; los que pudieron defender su derecho y libertad para interpretar la realidad y conocer conforman el Primero.

¿Y la Argentina?

En la opinión de Domingo Faustino Sarmiento, la Revolución de Mayo había sido provocada por los sobrinos de los curas, porque leían la obra de los autores iluministas y enciclopedistas que la Iglesia vedaba, pero que llegaba de contrabando en los baúles que recibían sus tíos. Hacia finales del Siglo XIX los pujantes argentinos lograron iniciar un esfuerzo vigoroso para erradicar el analfabetismo, crear las instituciones fundamentales para estudiar orografía, fauna, flora, clima, y formar a los médicos, ingenieros, abogados, químicos que el país necesitaba. La Argentina estaba creando un incipiente aparato científico-técnico-productivo que la iba acercando a los países del Primer Mundo. Algunas fuentes hablan de que el grado de alfabetización llegó a poner a la Argentina en 8° lugar en el mundo, otras en el 4°. Militares que *no* entendían la defensa nacional en términos de torturas ni de compatriotas arrojados al mar fomentaban el desarrollo de la siderurgia, el petróleo, las comunicaciones, procuraban para sus colegios los mejores maestros que pudieran hallar, trayéndolos de Europa si era preciso, y creaban institutos de investigaciones.

Desgraciadamente, durante los años '30 del Siglo XX Argentina sufrió un enérgico embate católico-militar que cambió drásticamente su historia y su suerte. Los generales insurrectos derribaron los gobiernos elegidos lo más democráticamente que las circunstancias habían permitido y recibieron la visita oficial y el apoyo de la Iglesia Católica, sobre todo del Cardenal Eugenio Pacelli, futuro Papa Pío XII. La gestión de dicho Cardenal, tanto en sus años de nuncio apostólico en la Alemania de Hitler, como en su posterior papado, ha sido analizada por J. Cornwell en su libro *Hitler's Pope*. A partir de ahí, Argentina padeció una serie de regímenes militares y grupos de poder con estrechos lazos ideológicos con la Italia de Mussolini, la España de Franco y la Alemania de Hitler. Ni bien terminó la Segunda Guerra Mundial, Argentina cobijó a miles de asesinos de la calaña de Adolf Eichmann y Ante Pavelic. Su economía e inserción internacional comenzaron a ser severamente boicoteadas, sin que esta circunstancia la tengan suficientemente presente quienes tratan de entender la situación actual con base exclusiva en pactos económicos, golpes de estado y altibajos del dólar.

Ahora sí, con estas nociones en mente, y prestando atención a las analogías que queremos resaltar entre aquella Reforma y el movimiento reformista de 1918 y 1955-1966, preparémonos para leer los capítulos compilados por Rotunno y Díaz de Guíjarro.

La universidad argentina anterior a 1955

Tal como lo describen los autores del presente libro, hasta 1955 la Universidad de Buenos Aires se regía por la ley 13.031 dictada en el año 1947 y dependía del Poder Ejecutivo. Predominaban las clases magistrales, se consideraban innecesarias las actividades científicas y creativas, y se estimulaba la forma-

ción de los llamados “buenos profesionales”. La participación de los estudiantes era limitada o nula. En algunas facultades los alumnos ni siquiera asistían a clases; estudiaban por su cuenta por apuntes y eran robots de dar exámenes. Las autoridades universitarias y la mayor parte del personal docente tenían gran cautela frente a cualquier ambición renovadora de métodos y contenidos. “Para ser profesor se necesitaba estar afiliado al partido peronista”, nos recuerda Gregorio Klimovsky en su capítulo de este libro.

La universidad que comenzó en 1955

Todo cambió con el derrocamiento del gobierno constitucional de Juan D. Perón. Los autores de los capítulos de este libro no hablan de una restauración, sino de una *transformación*, porque no se proponían resucitar un pasado, sino comenzar una nueva etapa, con una nueva actitud, con un nuevo enfoque. Como explica Rolando García, quien fuera célebre Decano de Ciencias Exactas, Vicerrector de la UBA y Vicepresidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas: “Todo proceso profundo de transformación, cualquiera sea el dominio en el cual se actúe, comienza con la apertura de nuevas vías de acción. En Epistemología Constructivista llamamos a esto *la construcción de nuevos posibles*.” Mencionemos algunas de las construcciones que abordaron, pero sin perder de vista su analogía con la Reforma iniciada el Siglo XV. Se insistió en interpretar directamente la realidad-de-ahí-afuera, desechando interpretaciones oficiales, y con ello habían logrado el nacimiento del Primer Mundo.

Nos dice Ana María Barrenechea: “Los alumnos aprendieron que no se podía hablar de un escritor si no se habían leído cuidadosamente *sus textos originales* (...); era imprescindible una cátedra de Gramática para estudiar lenguas clásicas (...), para

que los estudiantes dejaran de utilizar los apuntes como material de estudio (...) e *investigaran personalmente* como forma de cumplir plenamente los objetivos del curso. A esos cursos no asistieron únicamente los alumnos de una carrera dada, sino también los alumnos y egresados de otras facultades como Abogacía, Farmacia, Ciencias Económicas. Se los estimulaba a ser inquisitivos, investigar, preguntar.”

Sergio Bagú ¹ nos habla en su capítulo de aquel 1955-1966: “Había que inventar todo (...). En nuestra cátedra, asumimos una actitud nada usual entonces: convocamos a una reunión polémica a profesores y alumnos (...), cuarenta profesores y alumnos de la facultad de Filosofía y Letras y Ciencias Económicas (...). Otra innovación importante durante la rectoría de Risieri Frondizi fue la creación de la Escuela de Temporada, como institución permanente de la UBA, que había surgido de una iniciativa de tres universidades, Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo.”

Y en aquella vorágine de “*construcción de nuevos posibles*” en la nomenclatura de Rolando, surge el Régimen Legal de Autarquía Financiera de las Universidades (Decreto-Ley N° 7.364), se crea el Consejo Interuniversitario para abrir el juego a las universidades del interior y se establece un Plan de Reequipamiento luego de vencer las resistencias del Banco Interamericano de Desarrollo para que no se comprara material para la investigación científica. También el gobierno argentino establecía limitaciones: debido a la crisis económica había prohibido la compra de muebles y útiles de oficina para los edificios pú-

¹ Sergio Bagú murió en diciembre de 2002, a un mes de cumplir los 92 años, y días después de dictar una clase de dos horas en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que fue hasta último momento profesor distinguido y de plena actividad. Su capítulo en este libro es pues su aporte póstumo.

blicos. Se comprende entonces que aquellos universitarios rebasaran esos límites, dotaran a las universidades de equipos científicos, laboratorios, bibliotecas y crearan en Núñez la Ciudad Universitaria, recurriendo cuando fue preciso a desarrollar un lunfardo científico²: las mesadas para los laboratorios de Física tuvieron que ser llamadas “soportes antigrauatorios para material científico”, las máquinas de escribir se llegaron a comprar como “transcriptores de fonemas”.

Se propusieron acabar con las cátedras-feudos. Al respecto nos recuerdan Albertoni y Zubieta: “La FIUBA, separada como Facultad de la de Ciencias Exactas tres años antes, presentaba un panorama de atraso tecnológico y pedagógico de (...) por lo menos quince años con referencia al *estado del arte*. (...) En pocos casos se incorporaron a la Facultad profesores de buen nivel internacional (...). 1955 marcó el comienzo de la confrontación entre el pensamiento retardatario de los elementos supérstites y el pensamiento reformista.”

Se departamentalizaron las facultades. Se crearon nuevas carreras. La universidad comenzó a abrirse a la sociedad. Por empezar, se convocó a los egresados (una idea nacida en el Uruguay) y se fundó un Departamento de Graduados. Se crearon la Escuela de Salud Pública, las unidades hospitalarias, las residencias médicas. Alfredo Lanari crea un Instituto que revoluciona la práctica y la enseñanza de la Medicina. Alberto Agrest, una de las lumbreras de aquel Instituto, nos cuenta en su capítulo que el personal desarrolló un entusiasmo casi maníaco, que convirtió el lugar en una verdadera fábrica de conocimientos originales, que allí se internaban profesores, generales, obispos, pues alcanzó niveles muy superiores a los de cualquier otro establecimiento médico, incluidos los privados.

² Se admite que el lunfardo es un lenguaje que busca evitar que la autoridad detecte fácilmente las intenciones.

La apertura universitaria a la sociedad incluye la creación de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) en 1958. Y aquí puedo inyectar algunos recuerdos personales, porque ayudan a comprender cómo eran, qué ideales tenían y cómo actuaban aquellos universitarios. El rector Risieri Frondizi quiere repatriar a Arnaldo Orfila Reynal. En 1918 (sí: 1918), Arnaldo Orfila Reynal había sido un alumno mendocino que, cursando la carrera de química, como muchos estudiantes del interior en la Universidad de La Plata, y con un grupo de compañeros, había penetrado en el edificio y forzado las ventanas para que los demás pudieran entrar a tomar las instalaciones. Pero en el momento en que lo convoca Frondizi para que organice una editorial en la Universidad de Buenos Aires, Orfila era director del Fondo de Cultura Económica de México, la mayor y más importante editorial de habla hispana del continente. La obra que estaba haciendo en tierras mexicanas le impide a Orfila aceptar, pero se compromete a sentar las bases y seleccionar al director de Eudeba. Don Arnaldo murió aquí, en México, a la edad de 100 años; tuve el privilegio de conocerlo y usufructuar a lo largo de muchas charlas ese siglo de sabiduría y experiencia. Me contó que, para escoger al futuro director de Eudeba había pedido a sus compatriotas argentinos que le seleccionaran a un grupo de candidatos. Fue, los entrevistó y acabó por pedirles: “Invíteme a su casa”. Quiso ver dónde y cómo vivían, revisó los libros que tenían en su biblioteca personal. De pronto tomaba un ejemplar y le pedía al candidato que se lo comentara, y discutía sus ideas sociales y políticas. Así seleccionó como director al matemático Boris Spivacow.

Ahora, en uno de los capítulos de este libro, Aníbal Ford, quien fuera estrecho colaborador de Spivacow, nos cuenta: “Eudeba fue una editorial que tuvo un alto nivel de experimentación y de llegada al público por diversos canales (...). Adoptó la modalidad de vender cuatro libros clásicos argentinos en un paquete a precio muy accesible (...) empezó a imprimir tiradas de

casi cien mil ejemplares y a venderlos en quioscos de la calle (...). La Argentina en ese momento era líder en traducciones (...). Copérnico fue traducido desde sus propios manuscritos (...); se recuperaron muchos clásicos de la literatura del interior argentino (...).” La gente de Eudeba visitó a los profesores universitarios para preguntarles si tenían el material didáctico que necesitaban, a pedirles que sugirieran títulos, que escribieran ellos mismos en una colección legendaria que llamó *Ediciones Previas*, pues el fervor sólo permitía darles la forma imprescindible para alcanzar al lector y quedar preparados para mejoras ulteriores. Prosigue Aníbal Ford: “Otra cosa importante que hizo Boris fue difundir la cultura de las universidades. Llevó a cabo uno de los trabajos de transferencia de conocimientos más importantes en la historia de nuestro país.” De pronto los historiadores eran leídos por los médicos de la universidad, los economistas por los geólogos, los químicos por los arquitectos. Llega un momento en el que la universidad lidera y Eudeba trasciende sus paredes. El movimiento cobra tal ímpetu, que los intelectuales no se dan abasto: “En Eudeba hubo proyectos que se dejaron de lado por falta de mediadores culturales en el campo de la divulgación científica y de las ciencias sociales”.

Los universitarios de 1955-1966

El célebre Eduardo Braun Menéndez, profesor de Fisiología, afirmaba: “La universidad es su gente, no los ladrillos de sus paredes”. El entonces alumno de medicina Antonio Barrutia concuerda y nos dice en su capítulo: “Nosotros éramos la universidad (...). Estábamos enamorados de la ciencia y la cultura (...). La mayoría de las veces los dirigentes humanistas y reformistas votábamos juntos y ese acuerdo fue muy fructífero. Los lazos de amistad que se formaron fueron muy intensos y no se rompieron totalmente a pesar de las discrepancias que iban a surgir en el futuro.”

Las mismas dificultades que tuvieron que enfrentar nos hablan del estado de la mentalidad que se propusieron cambiar. Una mezcla heterogénea de clases, ideologías y celos profesionales había hecho que gran parte de la universidad no fuera más que un conjunto de feudos-cátedras. “Alfredo Lanari había sido impugnado ¡por ser profesor de Medicina con dedicación exclusiva!” Alejandro Kacelnik, por entonces estudiante de Ciencias Exactas, rememora en su capítulo: “Sólo un investigador puede transmitir esa noción de *hasta aquí sabemos y más allá queda mucho por hacer*.”

El historiador Tulio Halperin Donghi nos recuerda: “Se estableció el gobierno tripartito (profesores, graduados y alumnos). Las organizaciones estudiantiles no correspondían, como ahora, a un partido político. Los estudiantes empezaron a no pertenecer a la misma clase social que los profesores.” Dice Ricardo Monner Sans, en aquellos años estudiante de derecho, que se producía una “lucha de ideas”, para la cual “leíamos y leíamos y tratábamos de entender”. “Fortalecer la cultura era expandirla –desaristocratizarla–; desplegar la ciencia y el conocimiento era afianzar la ética.”

Otras acciones que pintan aquella universidad de 1955-1966

Los cambios que mencionan los autores se llevaban a cabo en una universidad inmersa en una sociedad cuya visión del mundo era básicamente oscurantista. Gregorio Klimovsky informa: “La prensa generó un ambiente adverso a la universidad.” A su vez Rolando V. García opina: “Aquellos que nos disparaban desde la izquierda eran los que no entendían por qué hacíamos lo que hacíamos, mientras que quienes dirigían el fuego concentrado desde la derecha sí se daban cuenta hacia dónde íbamos (...). El Decano de la Facultad de Derecho, Dr. Laplaza, había visitado al Embajador de USA, manifestándole

su extrañeza de que fundaciones norteamericanas dieran tanto apoyo a la Facultad de Ciencias, “dominada” por los izquierdistas. Aprovechó asimismo la entrevista para acusarme de comunista y pedir que se me negara la visa para asistir a una conferencia científica.”

El matemático Manuel Sadosky, Vicedecano de Ciencias Exactas, nos dice: “Cora Ratto [profesora de matemática de Ciencias Exactas] impulsó la fundación Alberto Einstein, para ayudar a alumnos buenos pero sin recursos económicos. Cuando pidió la personería jurídica objetaron que Cora había tenido actuación destacada en organizaciones de izquierda antinazis durante la Segunda Guerra.” Vale la pena destacar que, en aquella sociedad argentina, el haber estado contra los nazis era un antecedente inadmisibile. Prosigue Don Manuel: “Para otorgar las becas de la Fundación Einstein tomábamos un examen oral. A veces yo preguntaba ¿Usted fue en estos días al cine? Cuénteme la película. Según cómo fuera la respuesta del estudiante sobre la elección de la película y las opiniones que vertía, obteníamos pistas acerca de la forma de razonar, de los intereses que tenía el candidato, de su cultura general.”

La reacción

De manera que en plena tiniebla de la razón, la universidad argentina intenta encender una antorcha pues, como sigue opinando Alejandro Kacelnik: “Más que por su contribución al desarrollo científico y técnico, la universidad promovía el cambio social a través de su papel de desestabilizador político.”

En 1958 volvió a debatirse el artículo 28 del decreto-ley 6.403, generándose así nuevos episodios de lucha laica-libre, hasta que finalmente el Congreso lo transformó en ley y fue reglamentado, permitiéndose a las universidades privadas otorgar títulos habilitantes. Ana María Barrenechea nos dice en su

capítulo: “Yo soy católica practicante (...). A mí me parece sumamente importante la autonomía universitaria y también que la enseñanza sea estatal y no confesional.” Muchas de las instituciones creadas al amparo de esa legislación fueron institutos orales que no tenían mucho de universidad, pues carecían de una sola estación marina, un solo observatorio, un mísero gabinete de física. Por el contrario, el concentrarse en generar una clase gerencial, filtrada ideológica y económicamente, acaso facilitó luego el cierre de fábricas de aluminio, vidrio, calzado, cigarrillos, gaseosas, libros, coches, barcos, y fue dejando el campo libre para que las empresas transnacionales que pronto comenzarían a llegar dieran luego empleo preferencial a los graduados de dichas instituciones.

1966

Es otra vez Sergio Bagú quien, con la directa simpleza de un hachazo opina: “Un general puso fin a la aventura en 1966. Había descubierto que el comunismo internacional se había apoderado de la universidad.” Kacelnik agrega: “Mi recuerdo más preciso de ese momento fue ver salir a Rolando García caminando de la Facultad de Ciencias Exactas. Él estaba libre, pero creo que tenía la frente ensangrentada³, cuatro o cinco estudiantes nos reunimos a su alrededor y conversó con nosotros sobre lo que estaba ocurriendo (...) pensábamos: ‘Lo que él representa es lo que queremos defender’ ”.

Hemos usado profusamente el término “oscurantismo”, y no quisiera que el calificativo sea tomado metafóricamente.

³ Kacelnik no sabía que en aquella *Noche de los Bastones Largos*, así llamada por su similitud con el ataque de las hordas hitlerianas, el Dr. García tenía rotos los huesos de una mano, porque la había usado para protegerse de los garrotazos policiales.

Vuelve a opinar Agrest: “[en 1966] la Universidad pasó a ser un organismo degenerado. Sufrió cataclismos degenerativos en 1943, 1945, 1966, 1973 y 1976”. Boris Spivacow fue expulsado de su Eudeba, continuó su labor fundando el Centro Editor de América Latina, y posteriormente llegaría a presenciar el *incendio oficial de los libros*. Su ex colaborador Aníbal Ford comenta: “El general Juan Carlos Onganía que derribó el gobierno constitucional de Arturo Illia en 1966 no pudo tolerar la indagación epistemológica que hacía Eudeba (...). A la elite oscurantista le molestaba tanta difusión (...). Lo que ocurre es que en situaciones como éstas el oscurantismo pierde poder sacerdotal.” El golpe de Onganía y sus secuaces no fue un mero accidente, pues su obra sería continuada por nuevas dictaduras. Agrest vuelve a opinar: “El gobierno universitario del Proceso (1976-1983) decidió la suspensión de la experiencia médico-universitaria del Instituto de Alfredo Lanari, con la excusa de que era mejor que las otras cátedras y que esa diferencia no podía tolerarse.” Aparecieron decanos que exorcizaron las aulas universitarias y pusieron templetes para espantar a los demonios⁴, presidentes del CONICET que compraron crucifijos para sus instalaciones. Ignorantes del papel de la ciencia moderna y la tecnología avanzada, los funcionarios hablaron de apoyar *a* la ciencia, jamás de apoyarse *en* la ciencia. Posteriormente, un Ministro de Economía mandaría a los investigadores a lavar platos.

El “reformista” Eduardo Braun Menéndez

Hay un personaje a quien por haberlo conocido muy de cerca puedo usar como indicador de extrema sensibilidad para tratar de entender lo ocurrido en la universidad argentina entre

⁴ Hoy, enero de 2003, todavía está en pie en las instalaciones de Ciencias Exactas en Núñez.

1955 y 1966⁵. Me refiero a Eduardo Braun Menéndez, científico destacado en muchos aspectos, que pertenecía a una de las familias más ricas de la Argentina, era sumamente católico, uno de sus hijos era sacerdote y otra monja. Su nombre fue barajado más de una vez para recibir el Premio Nobel por su descubrimiento de la hipertensina (hoy llamada angiotensina). Braun Menéndez compartía con los reformistas del Siglo XV varias características que vale la pena señalar.

En *primer* lugar, tal como los reformistas europeos (no solamente los de la Reforma con mayúscula), era profundamente cristiano. En *segundo* no admitía intermediario alguno entre él y la realidad, ni incorporaba interpretaciones ajenas sin someterlas a su análisis personal. Por ejemplo, no estaba de acuerdo con el gobierno tripartito, y así lo expresó repetidas veces y con toda claridad. Pero constataba *directamente* en su trato diario, que se entendía mejor con los estudiantes que con los mismísimos profesores, en muchos de los cuales reconocía la esencia misma del retroceso. Rolando V. García testimonia: “Muchas de las cosas que se hacían hubieran sido mucho más difíciles, y a veces no realizables, sin un movimiento estudiantil y de graduados jóvenes, que apoyó y colaboró de manera entusiasta, creativa y efectiva.” Por eso, cuando finalmente fue aprobado el nuevo Estatuto Universitario, fue Braun Menéndez quien pidió un voto de aplauso para los redactores.

En *tercer* lugar, Braun Menéndez compartía con los sabios del período que va de la Reforma del Siglo XV al Iluminismo del XVIII y XIX la opinión de que el conocimiento de la Naturaleza lleva a una comprensión más profunda de la obra de Dios y ayuda a limpiar a la religión de diablos, personajes milagreros, falsos ídolos y toda otra forma de superstición.

⁵ Lo describo en más detalle en *La Nuca de Houssay*, Fondo de Cultura Económica, 1988.

En *cuarto* lugar, Braun Menéndez estaba a favor de que se crearan universidades privadas, y así consta en artículos de su propia pluma. Él mismo había fundado el Instituto Católico de Ciencias aun durante el gobierno peronista. Dado su enorme prestigio científico, era entonces el personaje ideal para impulsar una universidad privada católica. Sin embargo, cuando el sacerdote que gestionaba la creación de dicha universidad fue a requerir su apoyo, Braun Menéndez se lo ofreció de una manera que condice más con el espíritu inquisitivo de los reformistas del Siglo XV que con la naturaleza escolástica, magisterial y autoritaria de la universidad que se le proponía fundar. Propuso que se impulsara una institución con los enfoques y lineamientos de la ahora Universidad Rockefeller, basada fundamentalmente en el desarrollo de la ciencia y de los científicos (en otras oportunidades ensalzaba y soñaba con una institución argentina análoga a John Hopkins). Era el encargado de convencer a aquellos profesores que por intereses privados o simple ignorancia se oponían a las innovaciones, lideraba tanto a humanistas como reformistas. Braun Menéndez era además la interfase natural entre la universidad y su influyente maestro Bernardo A. Houssay, que presidía el CONICET (así lo destacan varios autores de este libro). Fue también uno de los primeros y más entusiastas socios de Eudeba.

Jamás he encontrado la razón por la cual Deodoro Roca, el cordobés numen de la Reforma Universitaria, sobrino del presidente Julio A. Roca, acuñara el nombre “reforma” para designar al movimiento universitario comenzado en 1918. Mi lectura a los documentos originales me impide encontrar una referencia clara a esa coincidencia. Pero, a medida que el tiempo borra los detalles cotidianos e intrascendentes, más parece que la Reforma Universitaria comenzada en 1918 y que brilló de 1955 a 1966, representa un intento argentino de zafar del oscurantismo, y luchar por integrarse a aquellos pueblos que luego

conformarían el Primer Mundo. Si es así, Eduardo Braun Menéndez fue un reformista en el más amplio sentido de la palabra, pues su fe cristiana, que tanto lo diferenciaba de los reformistas de 1918 a 1966, lo identificaba en cambio con los del Siglo XV cuya gesta ayudó a propiciar el desarrollo de la ciencia moderna.

2003

El drama del subdesarrollado tiene varias facetas. En *primer* lugar, cuando le faltan alimentos, combustibles, transportes, es el primero en indicar correctamente el déficit; en cambio, cuando lo que le falta es conocimiento no sólo está incapacitado para detectarlo, sino que tampoco lo comprende cuando se le señala. En *segundo* lugar, alguien no es subdesarrollado por el hecho de que le falte dinero, sino cuando no es él quien sabe más sobre sí mismo, sino que hay otros pueblos de la tierra que lo conocen mejor y, sobre todo, tienen más capacidad y poder para decidir sobre su destino. En *tercer* lugar, un pueblo cuyos sindicatos y cámaras empresariales se encogen de hombros cuando se destruyen las universidades tiene una ética y una visión del mundo incompatibles con la ciencia moderna, y cae irremisiblemente en la situación argentina de hoy. He ahí la importancia de este libro, porque muestra que la universidad de 1955-1966 fue una brújula y un embrión que los argentinos deberían haber valorado y defendido, aunque fuese en defensa propia.

Este libro deja clara constancia de que entre 1955 y 1966 Argentina iba en vías de tener ciencia moderna. Es mucho más que un ejercicio de nostalgia, y esto requiere una nueva explicación. Argentina destaca entre las naciones por haber experimentado la caída más estrepitosa del Siglo XX y lo que va del XXI. Pero a diferencia de los pueblos a cuyo nivel cayó, Ar-

gentina conserva brasas de aquel fuego de la universidad de 1955-1966. Por supuesto, cuando el subdesarrollado habla de riquezas, no toma en cuenta dichas brasas, sino que se refiere a dinero, vacunos, bosques, minerales. No le dice nada que ese Primer Mundo, tan reticente en aceptar nuestras carnes y nuestras telas, y que tampoco nos arrebatara militares, acumule en su territorio un número mucho mayor de científicos y técnicos argentinos de los que pueden trabajar en su propio país. Pero si esos argentinos que todavía conservan una capacidad de análisis "a la reformista" (en el amplio sentido de la palabra) ven en el conocimiento universitario una fuente de progreso, es bueno que sepan que todavía hoy, la universidad argentina de 2003, maltrecha, hambreada, pisoteada por botas y chamuscada por cirios alberga, así y todo, núcleos de pensadores de nivel internacional en cantidad suficiente como para empezar a corregir la barrabasada que inauguró el general Juan Carlos Onganía en 1966.

De modo que, si tras leer este libro, el argentino se pregunta: ¿Por qué el movimiento reformista tuvo justamente ese nombre? ¿Por qué se dio precisamente en Argentina un fenómeno universitario como el ocurrido entre 1955 y 1966? ¿Por qué siempre se lo analiza pueblerinamente como una reyerta comenzada por los universitarios de Córdoba el 15 de junio de 1918 a las tres de la tarde y acabada a garrotazos por un necio oscurantista el 29 de julio de 1966? ¿Se trató, como digo, de *un* necio oscurantista, o él fue apenas el matasiete de turno en un proceso muchísimo más largo y de mayor envergadura que aún continúa? ¿Por qué Argentina se transformó de ahí en más, en el país que ha retrocedido más espectacular y dolorosamente en el Siglo XX y lo que va del XXI? ¿Por qué los analistas se esfuerzan por responder en términos monetaristas, trayendo a colación administradores y funcionarios corruptos, pero jamás toman en cuenta el derrumbe de la universidad ar-

gentina? Si, como digo, la lectura del presente libro lleva al lector a hacerse dichas preguntas, la tarea de Catalina A. Rotunno y Eduardo Díaz de Guijarro estará plenamente justificada, porque habrá permitido a los maestros de 1955-1966 dar una lección más, aunque en muchos casos esta lección sea dada desde sus destierros. Constató además que la editorial *Libros del Zorzal*, no por casualidad liderada por un joven profesor universitario de matemática, ha hecho de esta obra, más que un libro ameno e informativo, un elemento para la reflexión nacional que Argentina tanto necesita.

México, enero de 2003

Breve reseña de la época

La Universidad de Buenos Aires y su entorno

1955-1966

CATALINA ROTUNNO
EDUARDO DÍAZ DE GUIJARRO

LOS ANTECEDENTES:

Entre 1943 y 1946, Argentina fue gobernada por una sucesión de regímenes militares de facto. En las universidades, los activistas estudiantiles fueron perseguidos y numerosos profesores opuestos al régimen fueron exonerados.

Argentina fue el único país latinoamericano que mantuvo relaciones diplomáticas con la Alemania nazi casi hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Ocupando diversos cargos, el entonces coronel Juan Domingo Perón fue ganando influencia, especialmente sobre la clase obrera.

PRIMERA PRESIDENCIA DE PERÓN:

En 1946, el general Juan Domingo Perón fue elegido Presidente de la República. Durante su campaña electoral, el peronismo se enfrentó con la posición de EEUU, manifestada a través del embajador, lo cual fue considerado por los partidarios de Perón una señal de antiimperialismo, y por sus opositores un indicio de su carácter pro nazi.

Durante su gobierno, los trabajadores obtuvieron numerosas conquistas económicas y laborales, pero los partidos tra-

dicionales y la mayor parte de los estudiantes se oponían a las limitaciones de las libertades públicas y criticaban la política autoritaria del peronismo en el terreno cultural. Una de las manifestaciones que más irritó fue la consigna “alpargatas sí, libros no”, coreada en algunas protestas callejeras.

SEGUNDA PRESIDENCIA DE PERÓN:

Juan Domingo Perón fue reelegido en 1952, pero no completó su segundo período, al ser derrocado por un golpe cívico militar en 1955.

Durante el peronismo, las universidades se rigieron por la ley 13.031 “Nuevo Régimen universitario”, de 1947 y la 14.297 “Ley orgánica de universidades”, de 1954.

De acuerdo con ambas leyes, el Poder Ejecutivo Nacional nombraba en forma directa a los rectores, decanos y profesores titulares. El régimen económico dependía de la administración central y no participaban en el gobierno ni estudiantes ni graduados. Se imponían fuertes sanciones a los docentes o estudiantes que actuaran en política oponiéndose al gobierno.

Mientras tanto, en el mundo se desarrollaba la llamada Guerra Fría, que enfrentaba a EEUU y las grandes potencias capitalistas por un lado, con la URSS y sus satélites por otro.

1955: LA “REVOLUCIÓN LIBERTADORA”:

Juan Domingo Perón fue derrocado el 16 de setiembre de 1955 por una sublevación de las Fuerzas Armadas, apoyadas por la Iglesia Católica, la clase media y el movimiento estudiantil, que se denominó a sí misma Revolución Libertadora.

El 23 de setiembre asumió como Presidente Provisional el general Eduardo Lonardi. El Congreso Nacional fue disuelto, intervenidas las provincias y dejados cesantes los miembros de la Corte Suprema de Justicia.

Atilio Dell'Oro Maini, de orientación derechista y clerical, fue designado Ministro de Educación.

Los estudiantes proponen como rector a José Luis Romero:

El mismo 23 de setiembre, la Universidad de Buenos Aires fue ocupada por militantes estudiantiles, encabezados por los dirigentes de la Federación Universitaria Argentina, quienes asumieron el gobierno de las casas de estudio. La mayoría de estos estudiantes pertenecían al movimiento reformista, llamado así por su adhesión a la Reforma Universitaria de 1918, que había modificado la antigua estructura universitaria argentina, autoritaria y clerical, incorporando el principio de autonomía, la participación de los diferentes claustros en el gobierno de las casas de estudio, la periodicidad de las cátedras, etc.

Los dirigentes estudiantiles elevaron al gobierno una terna de candidatos para el rectorado, integrada por tres de los más brillantes intelectuales de la época: el historiador José Luis Romero, el ingeniero José Babini y el filósofo Vicente Fatone.

El 30 de setiembre, el general Lonardi aceptó la propuesta y designó a José Luis Romero, de orientación socialista y por lo tanto de tendencia reformista, Interventor de la Universidad de Buenos Aires.

DE 1955 A 1958: EL GOBIERNO DE LA “REVOLUCIÓN LIBERTADORA”

Primeras medidas sobre las universidades:

Pocos días después, en octubre de 1955, el gobierno firmó el decreto ley 477, derogando las leyes 13.031 (1947) y 14.297 (1954), restableciendo la llamada Ley Avellaneda de 1875 y enfatizando la intención del nuevo gobierno de asegurar la autonomía de las universidades con respecto al Poder Ejecutivo.

En la misma fecha fue promulgado el decreto 478, por el cual se declaraba en comisión a todo el personal docente universitario y se facultaba a los interventores a designar profesores interinos. Por medio de este mecanismo fueron reincorporados profesores renunciantes o separados de sus cátedras entre 1943 y 1946, algunos de ellos importantes científicos e intelectuales.

EL GENERAL ARAMBURU REEMPLAZA A LONARDI.

Se fortalecen los “gorilas”:

El 13 de noviembre de 1955, las Fuerzas Armadas reemplazaron al general Lonardi por otro militar, el general Pedro Eugenio Aramburu, de línea más antiperonista y menos clerical, cuyos partidarios fueron llamados “gorilas”. El Partido Peronista fue proscrito y fueron intervenidas la Confederación General del Trabajo (CGT) y la mayoría de los sindicatos.

Nueva legislación universitaria:

El 23 de diciembre fue promulgado el decreto ley 6.403 sobre organización de las universidades nacionales, donde se establecían el principio de su autonomía académica y autarquía financiera. Se fijaban también los lineamientos generales de la forma de gobierno, que contaría en el futuro con representación de los estudiantes y de los graduados en los consejos directivos de cada facultad y en los consejos superiores de cada universidad.

Esa modalidad, denominada gobierno tripartito, debería ser reglamentada por cada universidad dentro de los criterios generales indicados por el decreto ley.

También se establecían los mecanismos para llamar a concurso de profesores titulares y adjuntos y otras normas organizativas y financieras.

El decreto ley mencionaba la contradicción entre el principio de autonomía y el hecho de que las universidades nacionales estuvieran en ese momento intervenidas por el Poder Ejecutivo. En el articulado se establecía la forma de la transición, de modo que en determinada instancia cada universidad dictaría su propio estatuto y luego pasaría a ejercer plenamente su derecho a la autonomía.

Sin embargo, el artículo 28 de ese decreto ley decía textualmente: “La iniciativa privada puede crear universidades libres que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes, siempre que se sometan a las condiciones expuestas por una reglamentación que se dictará oportunamente.”

Esto generó una enorme polémica entre los reformistas, que defendían la enseñanza laica, estatal y no confesional, continuadora de la tradicional ley 1.420 de fines del siglo XIX y de la Reforma de 1918, y los humanistas, un sector estudiantil integrado mayormente por estudiantes católicos, que sostenían que la enseñanza debía ser libre, permitiéndose que las universidades privadas otorgaran títulos semejantes a las estatales.

La primera fase de esta polémica, llamada *laica-libre*, desencadenó las renunciaciones del Ministro Dell’Oro Maini y del rector Romero en mayo de 1956. El artículo 28 quedó sin reglamentar hasta 1958.

Avances en la Universidad de Buenos Aires:

Durante el rectorado de José Luis Romero se había creado el Departamento de Extensión Universitaria, uno de cuyos proyectos fue el Centro de Desarrollo Integral de la Isla Maciel. También se crearon el Departamento de Pedagogía Universitaria, el Departamento Editorial de la Universidad y los De-

partamentos de Graduados de cada facultad, procurándose la elevación del nivel de la enseñanza y de la investigación y estimulándose la inserción de la Universidad en el medio social.

Cambio de autoridades:

Luego de las renunciaciones de Romero y de Dell'Oro Maini, fue nombrado rector el médico Alejandro Ceballos. El nuevo Ministro de Educación fue Carlos Adrogué.

Los fusilamientos:

Poco después, en junio de 1956, se produjo un alzamiento militar pro peronista. El general Juan José Valle y otros militares y civiles fueron fusilados.

Aprobación del estatuto y elección del rector Risieri Frondizi:

En 1957 se aprobó el nuevo Estatuto de la Universidad de Buenos Aires, incluyendo el gobierno tripartito, o sea con participación de los claustros de docentes, estudiantes y graduados, y la periodicidad de las cátedras.

Luego de aprobado el Estatuto, la Asamblea Universitaria eligió como rector al filósofo Risieri Frondizi, de orientación reformista. Su primer mandato duró un año, durante el cual se completaron los concursos docentes y se realizaron nuevas elecciones para la conformación de los Consejos Directivos de las facultades y del Consejo Superior Universitario.

Durante ese período se completó la dotación académica, con docentes de muy buen nivel, y se aseguraron los mecanismos para un funcionamiento interno democrático de la Universidad. En la Facultad de Filosofía y Letras se crearon las carreras de Psicología y Sociología y fue creado el Instituto de

Investigaciones Médicas, dependiente de la Facultad de Medicina. La Facultad de Ingeniería se mudó a su nuevo edificio.

1958 A 1962: EL GOBIERNO INCONCLUSO DE ARTURO FRONDIZI

Las elecciones presidenciales:

En las elecciones realizadas en 1958, con el Partido Peronista proscripto, triunfó Arturo Frondizi, de la Unión Cívica Radical Intransigente, quien aplicó una política llamada desarrollismo, que declaraba tener como objetivo el desarrollo industrial autónomo del país, aunque con participación de capitales extranjeros.

Reglamentación del artículo 28:

Ese mismo año volvió a debatirse el artículo 28 del decreto ley 6.403, generándose nuevos episodios de la lucha *laica-libre*.

El 29 de setiembre, el Poder Legislativo promulgó la ley 14.467, por la cual ratificó numerosos decretos leyes dictados por el Gobierno provisional, entre ellos el 6.403, que, transformado en ley, continuó rigiendo las universidades hasta las intervenciones de 1966.

Un mes después, el 24 de octubre, la ley 14.557 derogó el artículo 28 del decreto ley 6.403, reemplazándolo por otro texto similar, que otorgaba a las universidades privadas la capacidad de expedir títulos y diplomas académicos, con la salvedad de que las habilitaciones para el ejercicio profesional serían otorgadas por el Estado Nacional.

En febrero de 1959 la ley 14.557 fue reglamentada, creándose la Inspección General de Enseñanza Universitaria Privada, para registrar y controlar las universidades privadas, y reglamentándose los requisitos para que éstas pudieran otorgar títulos.

Fundación de Eudeba y nuevo período de Risieri Frondizi:

En 1958 la Universidad de Buenos Aires fundó su propia editorial (Eudeba), que revolucionó la edición de libros en la Argentina. En la Facultad de Ciencias Económicas se crearon las carreras de Economía y Administración.

Una vez completada la normalización universitaria de acuerdo con el Estatuto, Risieri Frondizi fue nuevamente elegido rector, por un período de cuatro años.

EL MARCO NACIONAL:

La situación social en el país seguía siendo conflictiva. La llamada resistencia peronista, protagonizada por la mayoría de la clase obrera argentina, realizaba huelgas y atentados terroristas, y las Fuerzas Armadas presionaban al presidente Arturo Frondizi para que aplicara medidas represivas.

EL MARCO INTERNACIONAL:

La situación internacional tenía para entonces algunas componentes nuevas. En 1959 había triunfado la Revolución Cubana, que pronto se convertiría en socialista, agregando otro factor a la Guerra Fría.

DERROCAMIENTO DEL PRESIDENTE ARTURO FRONDIZI:

La tensión internacional y varios problemas de índole local motivaron sucesivos planteos de la cúpula militar al presidente Frondizi, hasta que el 29 de marzo de 1962, el primer mandatario fue destituido. El detonante fue el triunfo peronista en las elecciones para gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Presionado por los militares, José María Guido, Vicepresidente del Senado, asumió la Presidencia de la Nación y disol-

vió el Congreso, produciéndose en los meses posteriores nuevos enfrentamientos entre diferentes sectores del Ejército.

Innovaciones en la Universidad de Buenos Aires:

Para entonces ya habían avanzado algunas de las importantes innovaciones en la Universidad de Buenos Aires. En 1962 se inauguró el primer pabellón de la Ciudad Universitaria, instalándose allí el Instituto de Cálculo y varios departamentos de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, provistos de equipamiento moderno, tanto para la enseñanza como para la investigación.

Reformistas y humanistas:

A nivel estudiantil predominaban los sectores reformistas, que se alternaban con los humanistas en la conducción de los centros de estudiantes. En algunas facultades existían también grupos de extrema derecha, como el que provocó un tiroteo dentro de la Facultad de Derecho en octubre de 1962, causando la muerte de una estudiante.

En 1962 concluyó el mandato de Risieri Frondizi como rector y fue elegido para sucederlo el economista Julio Olivera, de orientación humanista.

1963 A 1966: ARTURO ILLIA, OTRO GOBIERNO INCONCLUSO

Sucesos internacionales:

Mientras EEUU incrementaban su presencia en Vietnam, y en el Caribe se producía la “crisis de los misiles”, entre 1962 y 1965 la Iglesia Católica realizaba el Concilio Ecuménico Vaticano II. En el movimiento estudiantil argentino, este hecho provocaría algunos realineamientos entre humanistas y reformistas.

NUEVAS ELECCIONES PRESIDENCIALES:

Luego de un año de gobierno de José María Guido, fuertemente condicionado por los mandos militares, en 1963 se realizaron elecciones nacionales, en las que triunfó Arturo Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo.

Conflictos sindicales y universitarios:

Durante 1964 continuaron los conflictos sindicales, incluido un plan de lucha de la CGT. En la Universidad de Buenos Aires se produjo un prolongado conflicto con el personal no docente, motivado por la estrechez de recursos que comenzaba a afectar a las universidades.

Ante la renuncia de Julio Olivera a su cargo de rector, en marzo de 1965 fue elegido para sucederlo el humanista Hilario Fernández Long.

En el mes de octubre se produjeron manifestaciones estudiantiles, que se oponían a que el gobierno argentino enviara tropas en apoyo de la invasión norteamericana a la República Dominicana. Las autoridades universitarias se pronunciaron en el mismo sentido.

EL DERROCAMIENTO DEL PRESIDENTE ARTURO ILLIA:

Culminando los consabidos planteos ante una política que las Fuerzas Armadas y ciertos intereses económicos consideraban inoperante, el 28 de junio de 1966, el presidente Arturo Illia fue destituido por un golpe militar. Juan Carlos Onganía asumió la presidencia. Una vez más fue disuelto el Congreso, destituidos los miembros de la Corte Suprema y prohibida la actividad de los partidos políticos.

JULIO DE 1966: “LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS”

El 29 de julio, un mes después del golpe, el gobierno de Onganía dio a conocer el decreto ley 16.912, por el cual se suprimía la autonomía universitaria, manteniendo en funciones a las autoridades, pero subordinadas al Poder Ejecutivo. Correspondería al Ministerio de Educación y Justicia el ejercicio de las atribuciones reservadas por los estatutos de las Universidades a los Consejos Superiores o Directivos, eliminándose así la autonomía.

Además, se prohibían las actividades políticas de los centros o agrupaciones estudiantiles.

El Rector y el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires se negaron a convertirse en administradores subordinados al poder político. Varias facultades fueron tomadas por estudiantes y docentes. La policía las desalojó por la fuerza, golpeando a estudiantes y profesores.

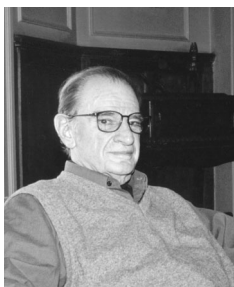
La mayor violencia se produjo en la antigua sede de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, en la calle Perú, uno de los edificios históricos de la Universidad.

Estudiantes y docentes, incluido el Decano, fueron obligados a pasar con los brazos en alto entre una doble fila de policías, que los golpearon brutalmente con sus bastones y luego los llevaron detenidos. El hecho pasó a la historia como “*La noche de los bastones largos*”.

En los días posteriores una gran cantidad de profesores renunció a sus cargos. Las universidades fueron intervenidas y concluyó así una época singular de la historia educativa argentina.

La construcción de lo posible

ROLANDO GARCÍA



La construcción de lo posible *es un título que define, no por azar, la intención de los compiladores de este libro. Porque el laberinto de intereses que se oponen a una sociedad más justa, más transparente, más solidaria, nunca será del todo impenetrable a la voluntad de construirla. Como lo muestra este capítulo, el camino es obrar con inteligencia, a veces con picardía, siempre con esfuerzo.*

Rolando García nació en 1919 y se recibió de maestro en 1936 y de Profesor Normal en Ciencias en 1939 en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta.

Ejerció como maestro mientras cursaba la Licenciatura en Ciencias Físicomatemáticas en la Universidad de Buenos Aires. Obtuvo una beca para estudiar en EEUU en las Universidades de Chicago y de California. Sus tesis de Maestría y de Doctorado versaron sobre temas de Hidrodinámica y Termodinámica de la atmósfera. Paralelamente estudió Lógica y Filosofía de la Ciencia con Rudolf Carnap y Hans Reichenbach.

Designado por la OACI (Organización de Asociación Civil Internacional, de la ONU), realizó trabajos en Montreal, Canadá, sobre la formación de hielo y el efecto de la turbulencia atmosférica en los aviones.

Regresó luego a California como Profesor de Meteorología, hasta que volvió a establecerse en Argentina en 1955.

Estuvo a cargo, con Vicente Fatone, de la organización de la recientemente creada Universidad del Sur en Bahía Blanca y fue co-organizador

del CONICET (Consejo Nacional de Ciencia y Técnica), del cual fue Vicepresidente los dos primeros períodos.

Desde 1957 fue Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, con dos reelecciones. Durante ese período, impulsó numerosas innovaciones que colocaron la Facultad en un primer nivel internacional.

Participó también a nivel de la UBA en la promoción de algunos de los mayores avances de la época, como la creación de Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires) y el comienzo de la construcción de la Ciudad Universitaria.

Con el golpe militar de Onganía en 1966 y el desalojo brutal de la Facultad de Ciencias se trasladó a Suiza, y fue designado Director of the Joint Planning Staff del GARP (Global Atmospheric Research Programme) por acuerdo entre la Organización Meteorológica Mundial y el Consejo Internacional de Uniones Científicas (ICSU).

Su regreso a la Argentina fue interrumpido por la dictadura militar de Videla, pudiendo salir del país con el respaldo de organismos internacionales e incorporándose al Centro Internacional de Epistemología Genética, colaborando en varias obras en co-autoría con Jean Piaget.

Fue Profesor Visitante del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Ginebra, donde dirigió un programa de IFLAS (Federación Internacional de Institutos de Estudios Avanzados) sobre las consecuencias socio-económicas de las anomalías climáticas, en coordinación con los programas de UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development).

Al finalizar la dictadura regresó nuevamente a Buenos Aires con su familia, pero luego de un año de frustraciones y dolorosas experiencias personales, se instaló en México, organizando la Sección de Metodología y Teoría de la Ciencia del CINVESTAV (Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional). En la actualidad es Investigador de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), pertenece al Sistema Nacional de Investigadores y es Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias.

A manera de breve Introducción, me parece oportuno citar un pensamiento de Goethe: “La Historia debe volver a escribirse de tiempo en tiempo, no porque se hayan descubierto muchos nuevos hechos, sino porque se han visualizado nuevos aspectos, porque quien participa en el progreso de una era es llevado a adoptar puntos de vista desde los cuales el pasado puede ser considerado y juzgado de una nueva manera.” Parece indudable que Goethe tenía en mente los grandes procesos históricos, pero su reflexión también se aplica a períodos más próximos. En este caso hay que agregar que la escritura o re-escritura de la Historia depende en mayor medida de la perspectiva personal de quien interpreta y narra, máxime cuando ha tenido (o se atribuye haber tenido) una actuación relevante en los procesos que son objeto de análisis.

Desde mi perspectiva, podría escribir diversas historias, según pusiera el acento en logros, en las cosas que no se hicieron, o se hicieron a medias, en los fracasos. Esto significaría entrar en juicios de valor sobre hechos y personas, lo cual tendría una fuerte componente subjetiva y no sería muy constructivo. Prefiero tomar otra ruta.

A lo largo de los años, he oído con frecuencia comentarios muy positivos sobre el desarrollo que tuvo la Universidad, y en particular la Facultad de Ciencias, en el período de referencia. También con mucha frecuencia, el comentario concluía con un juicio muy generalizado: claro que en aquellos tiempos sí se podían hacer cosas, pero hoy ya no es posible.

Mi reacción ha sido siempre preguntar qué quiere decir “posible”. Lo posible no es algo que está ya dado, que se busca, se lo encuentra y se lo utiliza. Todo proceso profundo de transformación, cualquiera sea el dominio en el cual se actúe, comienza con la apertura de nuevas vías de acción. En la Epistemología Constructivista llamamos a esto “la construcción de *nuevos posibles*”. Creo que esta fue la idea –aunque no haya sido entonces expresada con precisión– que subyacía en nuestras actitudes y que generó muchas de las acciones que promovimos.

En ese sentido, considero que la aportación más útil que puedo hacer, como contribución al presente volumen, será relatar situaciones concretas en las cuales los planes que nos propusimos desarrollar tropezaron con dificultades que en muchas ocasiones parecieron insalvables. No todo lo que se deseaba hacer pudo concretarse, ni todo lo que se concretó pudo realizarse. Pero también se presentaron oportunidades no planificadas, que hubo que saber aprovechar. Aquí puedo citar a otro pensador, próximo a nosotros. Piaget solía decir, con respecto a la investigación: hay que estar siempre atento, esperando... lo inesperado.

Hablaré en primera persona, no con intención autobiográfica, sino para dar testimonio directo de metas que se lograron como si hubieran sido producto natural de tener buenos planes y sólo hacía falta la voluntad para realizarlos. En tales casos, trascendió el resultado, pero no las desgastantes tramitaciones y negociaciones, ni los obstáculos que se fueron acumulando a lo largo del camino, ni las veces que se estuvo al borde del fracaso. No se trata aquí de escribir una historia, de modo que iré tomando temas específicos sin seguir un orden cronológico.

Como ocurrió en la construcción de la Ciudad Universitaria, la preparación del terreno y los cimientos demandaron tanto tiempo y esfuerzo como la “obra” que emergió luego en superficie cuando las metas se fueron alcanzando. Allí estuvo nuestra preocupación inicial. A este respecto puede ser ilustrativo el siguiente episodio.

Cuando comenzó su Rectorado, Risieri Frondizi hizo una primera tentativa de organización de las comisiones internas del Consejo Superior. Me llamó para que integrara la Comisión de Enseñanza. Se sorprendió con mi rechazo. Resumo el vivo diálogo:

-¿Pero en qué Comisión quiere Ud. actuar?

-En Presupuesto y Administración.

-Esa Comisión hay que dejársela a Ciencias Económicas, ¿qué va Ud. a hacer ahí?

-Mire Risieri, yo voy a estar ahí porque la gestión y distribución del presupuesto, lo mismo que la organización y agilización de la burocracia, íse “cocinan” ahí! Y esos son elementos absolutamente claves para la gran tarea de darle a la Universidad de Buenos Aires la nueva fisonomía de que hablamos cuando nos convencimos de que Ud. era el mejor candidato a Rector. Es obvio que no hay posibilidad de grandes reformas si no se cuenta con los medios para ponerlas en marcha, y con una administración que facilite al máximo su ejecución.

Risieri aceptó con poco convencimiento, pero tiempo después me agradeció que me hubiera dedicado a esos problemas.

En este contexto quiero rendir homenaje a un personaje singular, brillante pero muy modesto, que pasó casi inadvertido porque mantuvo bajo perfil: el Contador Enrique Silbersstein. Lo conocí en Bahía Blanca, cuando colaboré con Vicente Fatone en la organización de la Universidad del Sur, y Silbersstein fue parte del equipo. Más tarde, la fuerte recomendación de Fatone fue decisiva para que Risieri lo nombrara, y pasó a ser la persona de consulta en nuestra comisión. Bohemio por naturaleza, imposible de ser sometido a un horario rígido u otro tipo de “disciplina” (lo cual nunca inquietó a Fatone en Bahía Blanca, pero sí exasperó muchas veces a Risieri), poseía la flexibilidad, la imaginación y la creatividad que hicieron posible romper con viejas trabas administrativas.

Mi asociación con Fatone en Bahía Blanca y la colaboración de Silberstein en la tarea organizacional-administrativa de la naciente Universidad del Sur constituyeron para mí un período de suma importancia por la experiencia que adquirí para las funciones que asumí en Buenos Aires, tanto en la Universidad como en el CONICET (con un intervalo relativamente breve como Director General del Servicio Meteorológico Nacional).

En este período se discutió a fondo el problema de la autonomía universitaria y se plasmaron ideas que fueron llevadas a las reuniones de los Rectores, y que se materializaron en la legislación subsiguiente, de donde surgió el *Régimen Legal de Autarquía Financiera de las Universidades* (Decreto-Ley N° 7.364 del 1° de julio de 1957, ratificado por la Ley 14.467).

No es éste el lugar para analizar el tema en detalle. Sólo mencionaré dos de las “creaciones”: el *Consejo Interuniversitario*, integrado por los rectores, y el *Fondo Universitario*. Ambos fueron instrumentos de suma utilidad en la reorganización de la Universidad que comenzó seis meses después cuando Risieri Frondizi asumió (el 27 de diciembre de 1957) el Rectorado de la UBA. Hay que reconocer que el terreno estuvo bien preparado por universitarios del calibre de Babini, Fatone y Romero.

El *Consejo Interuniversitario* jugó un rol importante como órgano coordinador. Más adelante doy como ejemplo el *Plan de Reequipamiento* donde el hecho de que existiera ese Consejo permitió gestionar un apoyo importante para el conjunto de las universidades.

El *Fondo Universitario* merece un comentario más extenso. En las conversaciones que sostuvimos en Bahía Blanca, fue Silberstein quien nos hizo ver la cantidad de dinero que las universidades devolvían al final de cada ejercicio financiero (licitaciones fracasadas o convocatorias no terminadas en tiempo, cargos no ocupados, demoras en los concursos, etc., etc.). Con la creación del Fondo, ese dinero quedó en las universidades y

pasó a integrar un presupuesto especial, junto con otras fuentes que están especificadas en la Ley. La nueva ley estableció que “su utilización será reglamentada en el Estatuto de cada Universidad Nacional”, sobre los siguientes destinos básicos:

- a) Adquisición, construcción o refacción de inmuebles.
- b) Equipamiento técnico, didáctico o de investigación científica.
- c) Biblioteca o publicaciones.
- d) Becas, viajes e intercambio de alumnos y profesores.
- e) Contratación de profesores, técnicos o investigadores por plazo fijo.

En la reglamentación que quedó establecida para la UBA, la distribución del Fondo la debía aprobar el Consejo Superior. El trámite comenzaba cuando la Comisión de Presupuesto y Administración informaba a las Facultades, al concluir el cierre anual de los presupuestos, cuánto dinero había quedado sin invertir. Luego las Facultades enviaban sus pedidos, que eran organizados por la Comisión, elaborando una propuesta de distribución. La propuesta era sometida a una reunión en la cual participaban sólo los Decanos. Cuando se llegaba a un acuerdo, se elevaban las actuaciones al Consejo Superior.

La experiencia de la primera distribución fue realmente sorprendente y constituyó, en mi opinión, una radiografía bastante clara de los planes de desarrollo que tenían las Facultades. La primera sorpresa fue que el total de pedidos estaba por debajo del total de los fondos disponibles de ese año. La lista de solicitudes la encabezaban Ingeniería y Ciencias Exactas, con una considerable cantidad de millones. Filosofía y Letras pidió *un millón*, cifra a primera vista muy inferior a la que hubiera sido necesaria para, por ejemplo, poner al día su biblioteca. No haré más comentarios. Para nuestra Facultad las sumas que fueron quedando disponibles en el Fondo constituyeron un refuerzo importante de presupuesto e hicieron posible desarrollar actividades que el presupuesto normal no hubiera permitido.

I. LA CIUDAD UNIVERSITARIA

La obtención de los terrenos que ocuparían la Ciudad Universitaria junto al Río de la Plata fue gestión directa y personal de Risieri. El decreto de cesión de la propiedad del área asignada fue complementado con otro que asignaba un presupuesto especial para el inicio de las construcciones. También del Rector fue la iniciativa de que los proyectos, así como la dirección de las obras, fueran asumidos por la propia Universidad, obviamente a través de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Apoyamos la idea con cierto entusiasmo. Los resultados fueron decepcionantes.

Hubo acuerdo en darle la máxima prioridad a la Facultad de Ciencias, de modo que cayeron en nuestras manos la administración y vigilancia del proceso constructivo. El proyecto que surgió del concurso interno que organizó la Facultad de Arquitectura fue analizado y severamente criticado en una reunión de los Jefes de Departamento de nuestra Facultad. Como proyecto total de desarrollo fue rechazado, pero para no “comenzar todo de nuevo”, se resolvió aceptar solamente la parte del proyecto de lo que aun hoy se llama “Primer Pabellón” (que incluía el espacio necesario para los Departamentos de Física, Matemáticas y Meteorología). Aun así tuvimos que enfrentar y superar tres tipos de dificultades, que en su momento se presentaron como catastróficas.

1. Problemas con el proyecto

Como responsable por el seguimiento de la obra, pero además por la expectativa y el interés de ver cómo iba surgiendo, tomé la costumbre de visitar la construcción todos los fines de semana. Una de esas visitas tuvo lugar cuando estuvo terminada la estructura. En conversaciones con el arquitecto que dirigía el equipo, descubrí que habían prestado mucha atención al aspecto “estético” (que incluía la construcción de una gran en-

trada con una escalinata de mármol negro), pero habían ignorado por completo los aspectos *funcionales*. En particular, no habían considerado algo tan elemental como es una distribución adecuada de los laboratorios, las oficinas, las aulas, etc., desde el punto de vista de la *circulación* de estudiantes, profesores, ayudantes, personal administrativo.

En un caso concreto invité al arquitecto a trepar conmigo por los andamios, y situarnos en un extremo de la parte alta donde estaba proyectado el espacio para el Instituto de Cálculo. Le pedí que me explicara el camino que tenía que seguir un investigador que estuviera en un laboratorio ubicado en el otro extremo, si necesitaba la realización de un trabajo con la computadora. No tuvo respuesta hasta que consultó los planos la semana siguiente. Con evidente molestia tuvo que confesar una trayectoria ridícula por pasillos y escaleras, incluyendo una salida al exterior por una puerta, para entrar por otra (¡sic!).

Abrevio. Fue necesario remodelar el proyecto. Entre otras cosas, se suprimió la gran escalinata y se colocó el antiestético entrepiso que ahora tiene ese pabellón, permitiendo la intercomunicación dentro del edificio, sin salir al exterior.

Ante esa situación se canceló el acuerdo con la Facultad de Arquitectura, y en un viaje que realizó Risieri a EEUU contactó a Catalano y Caminos, dos arquitectos argentinos que residían allí y habían participado en obras universitarias. A ellos se les encargó la continuación de la obra. Se construyeron otros dos pabellones, se preparó el terreno y los cimientos para un tercero, pero allí quedaron enterrados y abandonados los pilotes de cemento que costaron muchos millones, cuando la dictadura militar de turno puso fin a nuestro sueño.

2. Problemas presupuestarios

Terminada la estructura del Primer Pabellón, se llamó a licitación para la prosecución de la obra. En ese momento se desató una inflación que hizo saltar los precios. Cuando se analizaron

las propuestas, la más baja excedía en mucho lo que nos quedaba de presupuesto. Fueron noches sin dormir. Finalmente, sabiendo que estaba cometiendo un acto seriamente penalizado, firmé la adjudicación a la mejor propuesta, sin consultar ni informar a nadie (algo que Risieri me reprochó luego duramente). Pedí de inmediato una cita con Vizcargüenaga, Director Nacional de Presupuesto. Éste es otro personaje que nunca se menciona cuando se habla de “lo que se hizo en la Universidad en esa época”, pero que siempre nos ayudó en los momentos de penuria presupuestaria, de manera silenciosa, sin publicidad y sin trámites burocráticos, por simpatía hacia la Universidad. Esta vez me dijo muy seriamente que yo me estaba volviendo loco con los problemas de la Universidad. No me prometió nada, pero tampoco rechazó el pedido de reforzarnos el presupuesto. En esa época el ejercicio financiero terminaba el 31 de octubre. Al llegar el día 30, no se podía trabajar ni pensar. Recién a la noche, recibí el llamado, comunicándome que se acababa de firmar el decreto ampliando el presupuesto para la construcción de la Ciudad Universitaria.

3. Los ataques externos

En dos oportunidades se intentó echar abajo las obras que se estaban realizando. En un caso, la policía ocupó los terrenos y desalojó a los obreros, invocando una disposición del Concejo Deliberante. No fue difícil encontrar la razón de esa medida. En esa época, en la zona de la Costanera donde hoy hay instalados restaurantes, había numerosos puestos de comida que llamábamos “los carritos de la Costanera”, y era *vox populi* que los concejales cobraban “coimas” por otorgar los permisos. Obviamente, la Ciudad Universitaria les impedía extender esas concesiones a lo largo del Río, y decidieron reclamar esos terrenos que “perteneían a la ciudad”. Pedí entonces una entrevista al Presidente del Concejo, que estaba en sesión, insistiendo, ante la resistencia del Secretario, que se trataba de un asunto de suma urgencia y muy

grave. Salió el Presidente del recinto y me limité a “informarle” que los alumnos de la Facultad se estaban reuniendo para ocupar el Concejo Deliberante (de lo cual los estudiantes nunca se enteraron) y que pediríamos una investigación sobre los “permisos” que se habían otorgado para seguir instalando “carritos”. Dos horas después la policía fue retirada.

El otro caso fue, en apariencia, mucho más serio. Tuve que acudir a un llamado muy urgente del Rector, quien me mostró un oficio firmado por el *Ministro de Marina*, haciendo saber, con tono imperativo, que los terrenos donde se estaba construyendo la Ciudad Universitaria formaban parte del “Sistema de Defensa Costera” y estaban por consiguiente en la jurisdicción de ese Ministerio. El Sr. Ministro ordenaba la suspensión de los trabajos y la demolición de todo lo que se hubiera construido. Nunca vi a nuestro Rector tan alterado.

Como la construcción estaba bajo la responsabilidad de la Facultad de Ciencias, le pedí que me pasara la nota para preparar una contestación. Fue una noche sin dormir. A la mañana siguiente rompí la nota. Cuando informé a Risieri, me fue difícil calmar su furia. Para justificar mi “acción irresponsable” di tres argumentos:

- Un Ministro, cualquiera que fuera, no podía dar órdenes a la Universidad. Los terrenos fueron cedidos por un decreto del Poder Ejecutivo. Si el Sr. Ministro de Marina tenía objeciones, debía dirigirse al Presidente de la República.

- El Rector sabía, mejor que yo, que había crisis en el Gabinete y era altamente probable un cambio de ministros. Había que esperar para ver si un nuevo Ministro de Marina tendría la misma actitud hacia la Universidad.

- Mi sospecha era que ese oficio –*por la forma de su redacción*– había sido impulsado por algunos de nuestros enemigos de la Facultad de Derecho, muy probablemente el Decano, de quien conocía sus conexiones de muy alto nivel, y sabía que

con ellos se refería a nosotros como “los comunistas de la Facultad de Ciencias”.

Y así ocurrieron las cosas: cambió el Gabinete y nunca más oímos hablar de ese asunto.

4. Obstáculos burocráticos

Terminado el edificio, que denominamos “primer pabellón”, había que habilitar los lugares de trabajo con la compra de mesadas, estanterías, muebles de oficina, etc. Teníamos mucha premura porque ya estaba comprado mucho instrumental para el Departamento de Física. Era un momento de crisis económica y el Poder Ejecutivo había emitido un decreto prohibiendo la compra de “muebles y útiles de oficina” para los edificios públicos. Esto nos obligó a preparar cuidadosamente un expediente pidiendo que se hiciera excepción con la Ciudad Universitaria, dada la gran inversión ya realizada en el edificio y en el material científico (que aguardaba aún en cajones la habilitación de los espacios para ser instalados).

El expediente fue devuelto con un escueto dictamen, no autorizando las compras, “visto los decretos N° tal y tal”.

La consternación nos obligó a aguzar el ingenio para “hacer posible” la compra. Fracasamos en el intento de obtener un decreto de excepción. En contactos personales, el Poder Ejecutivo dio como excusa que provocaría una avalancha de pedidos similares y sería imposible poner límites.

Finalmente, nos aventuramos a utilizar otra táctica: preparamos otro expediente en el cual eludimos todos los términos que aparecían en los decretos de prohibición de compra de “muebles y útiles”. Los elementos a comprar fueron rebautizados. Así, por ejemplo, las mesadas para los laboratorios de Física pasaron a ser “soportes antigravitatorios para material científico”. En lo que respecta a los “útiles de oficina”, la solución parecía más difícil, como fue el caso de las máquinas de escribir para las secretarías de los Departamentos. La solución fue lla-

marlas “transcriptores de fonemas”, designación que fue acompañada con una descripción técnica. Aunque no lo podíamos creer, el nuevo expediente pasó silenciosamente, sin objeciones.

II. EL PLAN DE REEQUIPAMIENTO

El esfuerzo por atraer investigadores argentinos que estaban en el exterior y de enviar becarios a EEUU y Europa en las disciplinas experimentales sólo se justificaba si existía la posibilidad de que a su regreso encontraran –o se pudiera adquirir– el instrumental de investigación que les permitiera seguir trabajando al nivel de su formación. La creación del Fondo Universitario fue una ayuda importante en esa dirección, pero estaba lejos de dar una solución integral al problema. Se necesitó buscar otros recursos. La contribución más importante provino de una fuente que nunca pudimos prever. Pero allí, más que en ningún otro caso, la *posibilidad* de utilizar dicha fuente hubo que construirla paso a paso. Creo que la historia merece ser contada.

En la reunión que organizó la UNESCO con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en Costa Rica, sobre Educación Superior en América Latina, a la cual fui invitado, conocí al Presidente del Banco, el economista chileno Felipe Herrera, con quien sostuve largas conversaciones. Se interesó mucho por lo que hacíamos en la UBA y aproveché para preguntarle por qué la compra de material para la investigación científica no entraba en los planes del BID. ¿No consideraba el Banco que las ciencias básicas eran parte de un desarrollo a mediano y largo plazo en América Latina?

El resultado fue inesperado. Al final de la conferencia, Herrera me invitó a ir a Washington una semana, para ayudar a redactar una modificación de los reglamentos del Banco a los efectos de que se incluyeran proyectos para dotar a las universidades de material científico. El Banco aceptó rápidamente la propuesta.

De regreso a Buenos Aires fue necesario preparar el terreno con el Consejo Interuniversitario, para establecer un plan común. Pero la dificultad mayor que veíamos estaba en el hecho de que la presentación del plan debía tener la firma del representante argentino ante el BID, que entonces era Alemann, cuyas raíces ultraconservadoras no auguraban una actitud muy favorable hacia el proyecto. Sin embargo, el diálogo con él, inicialmente muy frío, cambió de tono cuando percibió que, si bien la gestión del proyecto se estaba llevando desde nuestra Facultad de Ciencias, se trataba de un plan que incluía todas las Universidades Nacionales (que entonces eran ocho). Abrevio el resto de la historia. El 4 de mayo de 1962, el Ministerio de Economía y el representante del BID suscribieron un convenio por el cual el BID otorgaba un préstamo de cinco millones de dólares (¡de aquella época!) y el Gobierno Nacional se comprometía a aportar una suma equivalente, para el equipamiento técnico de las Universidades Nacionales. El Poder Ejecutivo dictó el 12 de junio el decreto aprobando el convenio.

A los efectos de coordinar y supervisar todo el proceso, las universidades designaron representantes ante el Consejo Interuniversitario, quienes se constituyeron en Comisión Asesora. La presidencia de la Comisión correspondió a la UBA, de quien actué como representante, y la Vicepresidencia recayó en la Universidad del Litoral, cuyo representante, el Ingeniero Davie, era reconocido por su destacada actuación como Decano de la Facultad de Ingeniería Química.

Como Secretario de la Comisión fue designado Saad Chedid (que en ese momento estaba a cargo de la Secretaría privada del Rector) quien, con Enrique Silberstein como Asesor Económico, desarrolló una extraordinaria labor en la organización y administración del Plan.

La tarea fue por momentos abrumadora, debido al estricto sistema de controles que se estableció. El Banco de la Nación Argentina fue designado por el Consejo Interuniversitario

como agente bancario de las universidades y por él se canalizaron la totalidad de movimientos de los fondos. Cada universidad se ocupaba de las compras de sus propios equipos. Las cartas de crédito debían estar firmadas por el Director del Departamento o Instituto, el Decano de la Facultad, el Rector y el Delegado de la Universidad ante el Consejo Interuniversitario, pero su presentación al Banco de la Nación requería las firmas del Presidente y el Secretario de la Comisión Asesora. La escrupulosidad del control queda reflejada en la siguiente anécdota. Tiempo después de concluido el Plan de Reequipamiento, Chedid fue citado por el Tribunal de Cuentas de la Nación. El funcionario que lo recibió le informó que tenía que firmar un documento como Secretario que había sido de la Comisión de Reequipamiento Universitario. Chedid se sentó para leer el documento, y con sorpresa vio que era un recibo ¡por \$2,50! El funcionario aclaró: “Con este recibo, Profesor Chedid, queda completado y cerrado, para el Tribunal de Cuentas, el Plan de Reequipamiento de la Universidades Nacionales. Lo felicito por la forma en que presentó Ud. la documentación.” El Plan de Reequipamiento fue uno de los “nuevos posibles”, a los que me referí al comienzo, que hubo de ser laboriosamente “construido” para dotar de material científico a nuestra Universidad.

El Plan de Reequipamiento nunca fue publicitado y quedó prácticamente ignorado. Daré un ejemplo nada gratificante. Una información periodística, durante la presidencia de Alfonsín, daba cuenta de la instalación de un telescopio en La Rioja, en una ceremonia en la cual estuvieron presentes el Presidente y el Secretario de Ciencia y Técnica, Manuel Sadosky. También participó el Dr. Saade, quien fuera Director del Observatorio Astronómico de La Plata y representante de esa universidad en la Comisión Interuniversitaria del Plan de Reequipamiento. Ninguna mención se hace en esa información de que el telescopio fue adquirido en 1966 con aquel Plan y que Saad Chedid, como Secretario de la Comisión, había viajado en esa fecha a Califor-

nia con Saade para formalizar la operación. Hubiera sido muy ilustrativo que se publicara por qué se tardó varias décadas en instalarlo, dando el crédito debido a cómo se realizó la compra.

III. EL INSTITUTO DE CÁLCULO Y SU COMPUTADORA

La historia comienza con una resolución del Decanato designando una comisión integrada por el Dr. Alberto González Domínguez, Jefe del Departamento de Matemáticas y el Dr. Manuel Sadosky, profesor del mismo Departamento, para planear la creación del Instituto y la compra de una computadora. Era obvio que el viejo edificio de la Facultad no podía ser sede de ese proyecto. Como paso inicial, le asignamos un lugar de privilegio en la construcción del primer pabellón de Ciudad Universitaria, y le dimos prioridad en la habilitación de ese sector del edificio. Luego vino la elección de la computadora. Este tema quedó en manos de la Comisión, y contó con el asesoramiento de Simon Altman, residente en Inglaterra, quien estaba de visita en el país por un período, y era el único con experiencia en el tema. Teníamos cubiertos todos los aspectos del proyecto. Faltaba un “pequeño detalle”: no teníamos presupuesto para la compra de la computadora. No obstante esa circunstancia, hice publicar el llamado a licitación sobre las bases que había diseñado Altman (que no eran otra cosa que la descripción de la computadora que él tenía en Inglaterra). De inmediato recibí la visita de González Domínguez y de Sadosky, ambos muy alarmados. El diálogo fue breve:

–¡Se publicó el llamado a licitación! Pero entonces, ¿sí hay dinero?

–No, ni un centavo

–¡Pero eso es delito! –exclamó González–. Es una estafa a los que se presentan.

–No, no es delito. Por lo menos no lo es hasta que se adjudique. *Es sólo un desafío y un elemento de presión para conseguir el dinero, de aquí a entonces.*

Mi plan, y mi confianza (¡no mucha!) se basaba en dividir la suma necesaria en dos partes: pedir la mitad al CONICET y la otra mitad al Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. Mi doble posición como *Presidente de la Comisión de Subsidios del CONICET* y en la *Comisión de Presupuesto y Administración* de la Universidad, me permitían conocer el manejo del presupuesto de ambas instituciones, y sabía cómo se podían liberar esas sumas.

En el CONICET el problema se presentaba muy difícil. La figura dominante de Houssay era un obstáculo muchas veces insalvable para llevar adelante proyectos a los cuales él se opusiera. Su rechazo a la compra de una computadora era terminante: “Yo obtuve el Premio Nobel sin necesidad de esos instrumentos tan costosos.”

Esta actitud contrastaba con la posición de Braun Menéndez, de quien sabíamos, por las conversaciones que Sadosky había mantenido con él, que sí apoyaba nuestro proyecto. Cuando llegaba el día de tratar el tema, en sesión del Directorio, nuestro análisis mostraba que los votos estaban equilibrados, con lo cual dada la influencia de la opinión de Houssay en el debate, y su doble voto como Presidente íbamos a perder. El último esfuerzo había que realizarlo con Braun, única persona a quien Houssay escuchaba. En una breve reunión, de manera un tanto dramatizada, le pedí a Braun que lo convenciera, *no de votar en contra de sus convicciones*, sino de abstenerse. A la hora de comenzar la sesión, Braun estaba encerrado con Houssay. La espera se hizo larga, hasta que llegó el anuncio de que Houssay no asistiría. Quedó de esa manera asegurado el cincuenta por ciento del precio de la computadora.

En el Consejo Superior de la Universidad, la discusión subió por momentos de tono. *El argumento decisivo fue que el Fondo Universitario había sido creado para proyectos de ese tipo, y que salvo la solicitud de la Facultad de Ciencias, no había pedidos pendientes de otras Facultades.* Así ganamos la votación. Recién entonces pudimos

extender el “Certificado de Nacimiento” al Instituto de Cálculo, cuyo desarrollo quedó en manos de Sadosky.

IV. EL CIENTIFICISMO Y LOS SUBSIDIOS

Se trata de un tema que nos dio muchos sinsabores, creando divisiones y antagonismos absurdos. Esto requiere intercalar aquí un comentario de tipo político (que deberá ser necesariamente breve) a riesgo de dar lugar a equívocos y caer en sobresimplificaciones, utilizando denominaciones que han perdido significación.

La política de la Universidad no estuvo, en aquel período, determinada por la pertenencia de sus miembros a algún partido político, como fue el caso en épocas posteriores. Los “reformistas”, que obteníamos mayoría en las elecciones, nos considerábamos herederos del movimiento de Córdoba de 1918, pero cubríamos un amplio espectro, desde el centro –y a veces centro derecha– hacia la izquierda, sin límites precisos con una “extrema izquierda” no unificada, que sí respondía a “líneas” partidarias. En ese espectro heterogéneo predominaban posiciones que podríamos caracterizar como de centro-izquierda.

En la derecha también había diferencias marcadas, desde representantes del viejo conservadurismo, que en muchas ocasiones apoyaron nuestras políticas, hasta los fascistas de la “Alianza Libertadora Nacionalista” con epicentro en la Facultad de Derecho.

Dentro de ese panorama se dio un curioso entendimiento, que nos sometió a ataques convergentes que provenían tanto de la izquierda como de la derecha.

Caricaturizando un tanto el análisis (aunque sin demasiada deformación), podría decir que aquéllos que nos disparaban desde la izquierda eran los que no entendían por qué hacíamos lo que hacíamos, mientras que quienes dirigían el fuego concentrado desde la derecha, sí se daban cuenta hacia dónde íbamos.

Aunque el ataque era común, los argumentos que invocaban eran diferentes y respondían a la ideología de cada sector. Desde la extrema izquierda, la lucha central era contra “el imperialismo norteamericano”, y los subsidios se combatían por considerarlos formas de penetración en el mundo universitario. También se consideraban parte del mismo plan imperialista las becas para estudios de posgrado, porque completarían la formación de generaciones plenas de admiración por el *American Way of Life*.

Es obvio que los ataques que recibíamos de la derecha no podían invocar los mismos argumentos. Sabíamos, por ejemplo, que el Decano de la Facultad de Derecho, Dr. Laplaza, había visitado al embajador de USA manifestándole su extrañeza de que Fundaciones norteamericanas dieran tanto apoyo a la Facultad de Ciencias “dominada” por los izquierdistas. Aprovechó asimismo la entrevista para acusarme de comunista y pedir que se me negara la visa para asistir a una conferencia científica. Está claro, entonces, que los argumentos que la derecha daba en público contra los subsidios que recibía la Facultad de Ciencias tenían que estar disfrazados. Ellos invocaban la defensa de las ciencias sociales y de las humanidades, contra el cientificismo y la preponderancia que estaban tomando las “ciencias duras”. Esta línea de argumentación encontró pronto aliados en varias Facultades, particularmente en Filosofía y Letras. Tuve la triste experiencia de tener que enfrentar, en el Consejo Superior, al Decano de esa Facultad, un prestigioso intelectual, que no tenía nada de derechista, pero que hacía causa común *en esa argumentación* con el Decano de lo que nosotros llamábamos la Facultad de *Derecha*.

Debo mencionar que la *primera visita* que yo hice a la *Fundación Ford*, en EEUU, *en acuerdo con Risieri Frondizi*, fue para gestionar el gran subsidio que tuvo Filosofía y Letras para establecer el Departamento de Sociología, cuando llegó el sociólogo italiano Gino Germani, de quien fueron discípulos la mayor

parte de los sociólogos que hoy representan en el país dicha disciplina.

Para concluir este tema deseo dejar sentado que la aceptación de los subsidios no implicó que nuestra política estuviera sometida a ningún imperialismo ni doctrina externa o interna. Para ilustrar esta afirmación, relataré tres episodios.

- Además de los subsidios para compra de material científico, la Fundación Ford dio dinero a la Facultad de Ciencias para becas externas. Abrimos una inscripción especial. Al día siguiente del cierre de la recepción de solicitudes, recibí la visita de la representante de la Fundación. El diálogo fue aproximadamente el siguiente:

–¿Podría ver la lista de los candidatos que se presentaron a las becas que hemos donado?

–Ud. disculpe, pero el análisis de los candidatos y su selección son problemas internos de la Facultad.

–Sí, bueno –contestó con una sonrisa forzada– pero ¡no olvide que el dinero para los becarios es nuestro!

–Perdón, nuevamente, pero aquí hay un malentendido. Nosotros consideramos que Uds. dieron dinero *a la Facultad* para que otorgara becas, *¡no a los becarios individualmente!* Si Uds. piensan que ese dinero les da derecho a intervenir en su elección, le ofrezco rectificar el proceso. Pediré al Consejo Directivo cancelar el concurso y devolver el dinero a la Fundación.

La señora se levantó y se fue sin despedirse. Al día siguiente llamó por teléfono para pedir disculpas, diciendo que había reflexionado sobre el tema y que reconocía y elogiaba la defensa de la autonomía universitaria. Es obvio que nunca más nos dieron dinero para becas.

Daré un segundo ejemplo, esta vez de otra Facultad.

- Un expediente que llegó al Consejo Superior aprobado por el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina se refería a la creación de un laboratorio donado por una institución oficial norteamericana (omitiré nombres). El Decano de la Facultad al

presentarlo hizo el elogio del proyecto y expresó el agradecimiento por el donativo. Me correspondió hacer el informe de la Comisión de Presupuesto y Administración. Me limité a leer, con voz deliberadamente pausada, párrafos de las dos páginas que contenían (en letra muy pequeña) *Bases y Condiciones* del otorgamiento del dinero para el laboratorio. Entre otras cosas se establecía que el personal del laboratorio debía ser nombrado con acuerdo de la institución donante, y que ninguna otra persona podía entrar sin recabar la autorización de dicha institución. Hubo un comienzo de discusión, pero el debate concluyó abruptamente, cuando pregunté al Rector si era aceptable para él que, siendo Rector de la Universidad, hubiera un laboratorio en una Facultad donde él no pudiera entrar sin permiso de Washington. El proyecto fue rechazado, pero hubo abstenciones.

Era indudable que a la Universidad se la vigilaba “desde afuera”. Pero sucedía lo mismo con el CONICET. Por eso creo que vale la pena dejar asentado un tercer episodio.

- En una oportunidad me visitó en el Decanato de la Facultad un personaje que se presentó como Delegado de la Comisión de Energía Atómica norteamericana ante la Comisión de Energía Atómica argentina. En ese momento me enteré que siempre hubo un “delegado” de ese tipo. El visitante sabía perfectamente quién era yo y qué es lo que hacía. Yo hablé de la Universidad sin nombrar al CONICET. En cierto punto de la conversación, cambiando el tema, se atrevió a decirme: “Ustedes en el CONICET acaban de otorgar las becas externas de este año. ¿Por qué dan becas a comunistas?”

Me levanté y fui a buscar la lista (fresquita) que tenía sobre mi escritorio y se la di, pidiéndole con cierta sorna que me dijera cuáles eran los comunistas. Sin titubear, sacó un lápiz y puso tildes en algunos nombres. Acto seguido, sin esperar mi reacción, preguntó: “¿Con qué criterio mandan Uds. becarios a EEUU, y también a países socialistas?” Ante la arrogancia y la insolencia del sujeto, contesté tratando de simular una son-

risa: “Tenemos un criterio muy preciso: si queremos que vuelvan anticomunistas, los mandamos a la Unión Soviética; y si queremos que vuelvan antinorteamericanos los mandamos a EEUU. En ambos casos vuelven contentos de estar en Argentina.” No le gustó la ironía.

He dado estos tres ejemplos para mostrar que el problema no estaba en los subsidios, sino en los intentos que hicieron los donantes por tener injerencia en las decisiones, y en el tipo de condicionamientos que se querían imponer. Esos dos aspectos fueron celosamente vigilados en la Facultad de Ciencias. A este respecto considero oportuno hacer la siguiente observación. En aquella época, la influencia norteamericana se manifestaba con características que dejaban un margen de maniobra que hoy no se tiene. El imperialismo actual, el más poderoso que haya existido en la Historia, actúa con tal omnipotencia y tal falta de escrúpulos, que obliga a muchos replanteos. Pero éste es sólo un pequeñísimo problema dentro del cuestionamiento que debemos hacer, frente al aberrante sistema neoliberal y globalizador al cual se han sometido nuestros gobiernos.

Voy a terminar este tema retomando el comienzo. La discusión sobre los subsidios fue absurda. Al inflar de manera desproporcionada su magnitud, nuestros detractores dieron la impresión de que la Facultad estaba siendo financiada por las Fundaciones. Con esto se pasó por alto la enorme contribución proveniente del manejo que hicimos del Fondo Universitario y del Plan de Reequipamiento. *El desarrollo de la Facultad lo financió el Estado, con una contribución secundaria de los subsidios.*

En cuanto al “cientificismo”, resulta paradójico (para utilizar un calificativo suave) que aquellos que nos condenaron (y continúan haciéndolo) por “cientificistas” son los mismos que se enorgullecieron por el desarrollo que adquirió la Facultad, y por el nivel de estudios y de las investigaciones que se realizaron. ¿No advierten la contradicción?

V. TRIBULACIONES DE LA RENOVACIÓN

Los concursos

El nivel científico que llegó a tener el cuerpo docente de la Facultad de Ciencias en su conjunto se debió en primer lugar a las posibilidades que se abrieron con la decisión de Babini de hacer “borrón y cuenta nueva” durante su gestión. Llamó a concurso al mínimo de los profesores necesarios para hacer funcionar los organismos de dirección. Eso permitió una renovación casi total, abriendo la puerta para la incorporación de nuevas generaciones. Quienes asumimos la dirección de los distintos Departamentos y constituimos el primer Consejo Directivo de “la nueva era” tuvimos la responsabilidad de abrir ampliamente los concursos y convocar jurados de nivel internacional. Pero esto no siempre evitó los problemas. Al nivel del Consejo Superior, tales problemas hicieron surgir, a veces inesperadamente, antagonismos ideológicos que permanecían latentes.

Tomaré como ejemplo el Departamento de Matemáticas, donde habían quedado dos únicos profesores concursados en la gestión de Babini: dos matemáticos de la talla de González Domínguez y Santaló. Realizado el concurso elevé al Consejo Superior, como Decano de la Facultad, la lista de los Profesores propuestos, que fue girada a la Comisión de Enseñanza. Pocos días después, Risieri me pide ir al Rectorado porque “miembros de esa Comisión” querían hablar conmigo en privado. Cuando llegué encontré a uno sólo de tales miembros, que era un conspicuo Profesor de la Facultad de Derecho. Con muchos circunloquios me señaló que no parecía conveniente aprobar la propuesta así como estaba, y que saliera publicada en los periódicos una lista de una decena de nombramientos con tales nombres... El diálogo subió de tono y lo corté abruptamente con términos que no voy a reproducir aquí, pero que relata Ce-rejido con toda crudeza en su libro *La Nuca de Houssay*. La Comisión envió a la reunión del Consejo un dictamen favorable

con una sola objeción: la propuesta de nombramiento de Gregorio Klimovsky violaba el Reglamento porque carecía de título universitario. En la discusión del dictamen alegué que efectivamente Klimovsky abandonó la carrera de Ingeniería a mitad de camino, pero a partir de allí se especializó (como autodidacta) en Lógica y Fundamentación de las Matemáticas, dominio en el cual no existía carrera en el país, y en el que había adquirido alta reputación como Profesor.

No tendría sentido extenderme aquí en otros tipos de incidentes que tuvimos en la Universidad con motivo de los concursos en diversas Facultades, pero hubo un episodio que nunca se hizo público, y en el cual la lucha ideológica afloró sin disfraces. Quizás convenga dejarlo asentado como testimonio para los historiadores.

En una oportunidad (no recuerdo la fecha pero podría reconstruirla) recibí un llamado telefónico del Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Dr. Chapman, para que fuera a verlo urgentemente porque estaba en una situación muy difícil. El tono alterado de un hombre a quien conocía como muy flemático indicaba que algo grave debía suceder. En el Decanato encontré a dos personas de inconfundible presencia militar, aunque vestidos de civil, que se presentaron sin ambigüedad como perteneciendo a la SIDE. El diálogo fue aproximadamente como sigue:

Chapman: -Le he pedido que viniera, como miembro del Consejo Superior de la Universidad, para tener un testigo de esto que está ocurriendo. Los señores me han manifestado que "no es admisible que Silvio Frondizi sea nombrado Profesor de la Universidad" (sic).

R.G.: -¿Cuál es la objeción? Silvio Frondizi ganó el concurso y con muy buen jurado.

SIDE: -Pero no puede ser nombrado.

R.G.: -¿Tienen Uds. un candidato mejor? Por favor traigan su curriculum.

SIDE: -No se trata de eso señor.

R.G.: -Entonces ¿de qué se trata?

SIDE: -De sus ideas.

R.G.: -Lamentablemente ese factor no lo podemos tomar en cuenta, porque nosotros debemos cumplir con la reglamentación de los concursos, y entre los antecedentes que hay que juzgar para evaluar a un candidato no figuran las ideas personales.

SIDE: -Ya vemos que con Ud. no se puede hablar.

Así terminó el diálogo. Dichos señores se levantaron y se fueron. El Decano de Ciencias Económicas quedó muy preocupado. No hubo ulterioridades. Pero cuando los agentes de la *Triple A* asesinaron a Silvio Frondizi años más tarde recordé vívidamente el diálogo y el rostro de los visitantes. Esa noche alguien me hizo saber que yo estaba en la misma lista.

La dedicación exclusiva

No fue, por cierto, una originalidad la idea de que una transformación profunda de una Facultad de Ciencias requería establecer una relación estrecha entre enseñanza e investigación, lo cual hacía imperativo que los profesores dedicaran el tiempo necesario a ambas actividades. La dedicación a la investigación era un lujo que sólo se lo permitían quienes tenían recursos propios u otras fuentes externas.

Aquí enfatizo, una vez más, que una cosa es tener buenas ideas y buenas intenciones, y otra es lograr los medios para llevar a cabo su realización. Pasar de las remuneraciones consignadas en los presupuestos para las partidas destinadas al pago de los docentes "por cátedra", a sueldos que permitieran la dedicación exclusiva a la docencia y la investigación, demandaba recursos que excedían en mucho las posibilidades del presupuesto normal de la Universidad.

Nos aventuramos a preparar cuidadosamente un proyecto de decreto por el cual se establecían partidas especiales, en

el presupuesto universitario, que permitieran la creación de cargos de dedicación exclusiva en distintos niveles.

Los decretos que se originaban en la Universidad debían ser firmados por el Ministro de Educación, en primera instancia, y luego por el Ministro de Economía, antes de ser llevados a la Presidencia de la República. La experiencia de obtener las firmas fue un tanto traumática en los varios períodos de inestabilidad política. En ocasiones tuvimos que rehacer, hasta dos veces, decretos que al llegar a la Presidencia eran inválidos, porque había renunciado alguno de los ministros firmantes. En cada caso había que volver a informar (y convencer) al nuevo ministro.

Con el decreto de dedicación exclusiva pensábamos que íbamos a tener un escollo difícil de salvar: el Ministro de Economía era el Ingeniero Alvaro Alsogaray, cuya trayectoria ideológica era bien conocida. Tuve, sin embargo, la fortuna de encontrar un aliado en el Jefe de la Casa Militar, el General Olascoaga, un Ingeniero Militar que había hecho un posgrado en Meteorología en la Universidad de Chicago, con quien mantenía muy buenas relaciones profesionales. Era Profesor de Instrumentos Meteorológicos en el Departamento de Meteorología de nuestra Facultad. Olascoaga, que mantenía una vieja amistad con Alsogaray, me acompañó al Ministerio y me presentó como un amigo. Algunos episodios de esa reunión, en la que obtuve la firma del decreto, son también relatados por Marcelino Cerejido, con su característico humor, en su libro *La Nuca de Houssay*.

VI. COMENTARIOS FINALES

En los breves relatos precedentes he puesto de relieve algunos nombres de personas que suelen pasar inadvertidos cuando se habla de la historia de la Universidad. La lista debería ser larga, y sería distinta a la que hubiera hecho en aquella época, pero

estoy escribiendo desde México, donde gozo de todas las posibilidades de trabajo académico que me fueron negadas en mi país, cuando con ingenua esperanza retornamos a Buenos Aires, con mi familia, después de la dictadura militar. Tuve entonces la dolorosa experiencia de ver cómo quienes fueron objeto de la discriminación racial o política (como relato en la Sección IV) contra la cual luché me la aplicaron impunemente a mí.

Digo esto no con resentimiento, sino para aclarar que excepto un par de documentos que me hizo llegar Chedid, no he tenido otra fuente fuera de mi propia memoria. En mis periódicas pero breves visitas a Buenos Aires, nunca he vuelto a hurgar en mis archivos que allí quedaron. Tengo vívidamente presentes hechos y personajes, pero fechas y nombres van quedando borrosos.

Muchas de las cosas que se hicieron hubieran sido mucho más difíciles, y a veces no realizables, sin un movimiento de estudiantes y de graduados jóvenes como el que apoyó y colaboró de manera entusiasta, creativa y efectiva. Puedo dar, como ejemplo objetivo, el hecho de que, en situaciones conflictivas, obtuvimos los votos necesarios en el Consejo Superior contando con mayoría de estudiantes y de graduados, y con minoría de profesores. También esto ocurrió en algunas Facultades. En otras, las cosas fueron muy diferentes. Quien lea las actas del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina podrá ver que muchas votaciones terminaban con la voz solitaria de aquel excepcional representante del movimiento de graduados que fue Lepanto Bianchi, diciendo: “Pido que conste en actas mi voto por la negativa.”

En Ciencias Exactas tuvimos estudiantes y graduados de ese calibre. Varios de ellos fueron Secretarios de la Facultad. Cómo no recordar a Pedro Saludjian (a quien llamábamos afectuosamente “Mahoma”) con sus extravagancias, exhibidas aun en las sesiones del Consejo, con su brillante inteligencia y capacidad de trabajo.

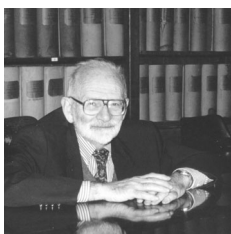
Pero también aquí se encuentran excepciones. Hubo una figura nada joven que sobresalió sobre todos, primero como Secretario de la Facultad de Ciencias y luego como Secretario de la Universidad: el Dr. Julio Simón. Lo conocí en Bahía Blanca. Formaba parte de un grupo de “notables” de la ciudad con quienes Fatone formó una especie de “patronato” de la Universidad. Tenía los modales y el lenguaje refinados de un miembro de la oligarquía, en extraña combinación con un espíritu vivaz, casi juvenil, y con increíble capacidad de trabajo. Me costó vencerlo de que viniera a Buenos Aires para ayudarnos.

La propuesta de su nombre como candidato a Secretario de la Facultad provocó un fuerte rechazo del sector estudiantil. Un grupo de ellos me visitó por la noche para comunicarme que nunca aceptarían a “un viejo” como Secretario. La discusión terminó cuando les manifesté que yo no iba a generar conflictos, pero que entonces buscaran otro Secretario y también otro Decano. En poquísimo tiempo Simón se granjeó la simpatía, la admiración y el respeto de estudiantes y profesores. Para mí fue un gran amigo, pero muchas veces me impacientaba cuando llegaba (diariamente, a primera hora) con su lista de asuntos pendientes y me reprochaba con tono imperativo que no hubiera contestado de inmediato algunas cartas o resuelto algunos expedientes. Cuando pasó a ser Secretario General de la Universidad, Risieri Frondizi me manifestó que la llegada del Dr. Simón había aliviado enormemente su trabajo y que se había ganado el respeto de todo el Consejo Superior.

Concluyo estos comentarios habiendo citado pocos nombres, a sabiendas de que hago injustas omisiones. Espero que otros escriban una historia más completa.

Un proceso innovador y conflictivo

TULIO HALPERÍN DONGHI



Los libros y artículos en los que Tulio Halperín Donghi se refiere a la Universidad de Buenos Aires y a las principales innovaciones realizadas a partir de 1955 son de consulta obligada para los intelectuales argentinos. Esta entrevista nos permite conocer su opinión actual sobre algunos puntos en particular. Por ejemplo sobre el movimiento estudiantil, que

al comienzo de esta etapa inaugurada en 1955 “se parecía mucho a una peña de muchachos y chicas inteligentes y decididos no sólo a impulsar el proceso de reformas, sino a aportar sus propios puntos de vista acerca de la dirección que éstas debían tomar”.

Tulio Halperín Donghi se recibió de abogado en 1952 y de profesor de historia en 1954, después de cursar la carrera a un ritmo vertiginoso, y en 1955 obtuvo el grado de Doctor en Historia de la Universidad de Buenos Aires. Años más tarde, entre 1960 y 1966, participó, como profesor Asociado del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, en el proyecto modernizador en el cual aparecieron nuevas carreras relacionadas a las ciencias del hombre. Entre ellas se destaca Sociología, que introdujo, a través de sus docentes y sus alumnos, nuevas inquietudes en la Facultad.

El derrumbe académico que se produjo a partir del golpe militar del general Onganía lo alejó de la Universidad de Buenos Aires por muchos años, durante los cuales se beneficiaron con sus aportes universidades como Harvard, Oxford y finalmente Berkeley.

Sus libros permiten acercarnos su opinión. Desde La Democracia de Masas, se refiere a la Universidad previa a 1955: “El sistema de enseñanza, que había sido depurado de elementos desafectos –de modo particularmente espectacular en la Universidad, varias veces intervenida y privada progresivamente de su autonomía por dos reformas sucesivas a la ley que la gobernaba– fue puesto al servicio del régimen.”

Desde Historia de la Universidad de Buenos Aires se refiere a los años inmediatamente posteriores a 1955: “No quiere decirse con esto que la tarea de reconstrucción universitaria resultara fácil; por el contrario, se presentaba como excepcionalmente compleja.”

Halperín Donghi accedió a contestar las preguntas que le enviamos a California, haciéndonos llegar a través del correo electrónico la opinión de un intelectual imprescindible para pensar nuestra sociedad. Unos meses después lo entrevistamos en Buenos Aires, entre los viejos libros y documentos que se conservan en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. En el mismo ámbito en el que alumnos privilegiados pueden, periódicamente, asistir a sus clases.

En la época que nos convoca, se renueva y moderniza la Universidad. La nueva legislación permite establecer el gobierno tripartito y el llamado a concursos, incluidos numerosos cargos con dedicación exclusiva. ¿Cuáles de estos hechos considera de mayor significación?

Cuando me incorporé como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA el proceso de innovación estaba ya lo bastante avanzado como para que la institución que encontré se pareciera muy poco a la que había conocido al cursar en ella la carrera de Historia a un ritmo vertiginoso y casi exclusivamente como alumno libre (aunque aprendí mucho, desde luego, en los cursos que tomé como regular con don Claudio Sánchez Albornoz y con Angel Castellán, y me ha quedado un excelente recuerdo del que ofrecía Freixas en Historia Antigua). Obviamente había cambiado del todo el clima político, que en los últimos años del primer peronismo se había hecho bastante asfixiante, y también comenzaban a hacerse sentir los efectos transformadores de las innovaciones citadas por ustedes, pero quizá más todavía el de una innovación muy importante que ustedes no mencionan: el reemplazo de los cursos anuales por cuatrimestrales. Este cambio apresuró en mayor medida de lo que suele reconocerse la superación de un estilo docente en el que, hasta la víspera, habían predominado las clases magistrales. El cambio operado por el régimen cuatrimestral tuvo aun mayor eficacia inmediata por la renovación en el elenco de pro-

fesores, junto con el abandono de la cautela con que, durante la época peronista tanto las autoridades universitarias como la mayor parte del personal docente, habían reaccionado frente a cualquier ambición renovadora de métodos o contenidos.

Pero aun más que todas esas innovaciones, lo que había ya cambiado a la Facultad hasta hacerla irreconocible fue la creación de las “carreras nuevas”. En primer término, desde luego, por la rápida expansión del alumnado, pero también por el enriquecimiento de perspectivas que ellas introdujeron. Quizá influyó menos la carrera de Psicología, una disciplina que, tal como era encarada, no tenía contactos demasiado estrechos con las restantes carreras de la Facultad, que la de Sociología, que sí los tenía muy obvios, y sobre todo con Historia.

¿Cuál fue la influencia del CONICET sobre los grupos de investigación de la Facultad de Filosofía y Letras?

En lo que respecta a la Facultad de Filosofía y Letras (cuyos campos de estudio no creo que el Dr. Houssay considerara altamente prioritarios) el CONICET gravitó sobre todo a través de sus becas al extranjero. Para 1966 la carrera de Investigador (y el sistema de becas externas e internas que se iban a transformar en antecelas para el ingreso en ella) estaban todavía en una etapa bastante temprana de su proceso de consolidación.

¿Qué cambios desea señalar en la carrera de Historia?

En la carrera de Historia no hubo un esfuerzo global por renovar sus contenidos. Pero aunque faltó una renovación sistemática, la de personal docente introdujo innovaciones muy importantes (pienso, por ejemplo, en todo lo que significó la presencia de A. Rosenvasser en Historia Antigua de Oriente, que ubicó a la Facultad, de un día para otro, en el más alto

nivel en un campo del que había estado del todo ausente hasta ese entonces).

En cuanto a la cátedra de Historia Social, nunca participé directamente en el dictado del curso general que daba José Luis Romero. Yo dictaba Historia Social Argentina, un curso optativo que no figuraba en el plan de estudios de Historia (ni de ninguna otra carrera), que fue bastante concurrido sobre todo por estudiantes de Sociología, cosa que me temo que no era muy bien vista por algunos colegas historiadores. En menor proporción, porque se trataba de un curso de la carrera de Historia, los alumnos de sociología asistieron al curso general de Historia Social con consecuencias muy positivas, ya que buena parte de los que formaban en las primeras camadas de esa “carrera nueva” habían alcanzado una madurez –no sólo en años– que era menos frecuente entre los estudiantes de las “carreras viejas”.

La cátedra de Historia Social tenía una organización muy flexible, con reuniones en que se discutía la marcha de los cursos docentes, pero también propuestas para las colecciones de fuentes, etc. Fue una experiencia muy intensa y enriquecedora, y luego de 1966 yo por lo menos sentí mucho su falta, aunque no siempre había estado libre de aristas conflictivas.

¿Existía un diálogo fluido entre los profesores y los alumnos durante las clases, aportando estos últimos sus propios puntos de vista o profundizando algunos temas? ¿Hasta qué punto se consultaban los textos en las bibliotecas?

En cuanto a participación estudiantil, mi experiencia se dio en dos contextos muy distintos: en Introducción a la Historia, un curso de primer año obligatorio para todas las carreras, la participación en clase de los estudiantes (que eran una multitud) era bastante ocasional. Lo más frecuente era que quien quisiera discutir algo en serio lo hiciera en el corredor, después de

clase, pero la inmensa mayoría se dedicaba a tomar apuntes a un ritmo frenético. La situación era muy distinta en Historia Social Argentina (o Americana), donde los alumnos eran mucho menos numerosos y más maduros. Allí había efectivamente diálogos, a menudo muy interesantes.

Sobre lectura de libros, me temo que en esa época comenzó algo que se acentuó después: la aceptación de las limitaciones de la biblioteca como un dato muy difícil de modificar, y la busca de paliativos mediante las publicaciones mimeografiadas de cátedra. Tanto en Historia Social como en Medieval éstas eran sumamente útiles y admirablemente elegidas, primero por Romero mismo y luego por él a partir de propuestas en parte surgidas de las reuniones de cátedra. Aquí predominaban las fuentes originales, aunque no faltaban artículos y algunos capítulos de libros. De este último tipo eran en cambio la mayor parte de los materiales en Sociología, donde las “fichas de Germani”, aunque de nuevo admirablemente elegidas, hacían que la experiencia de leer un libro desde la primera hasta la última página se hiciera menos frecuente de lo que hubiera sido deseable.

¿Cuál es su evaluación del protagonismo estudiantil en la UBA a partir de septiembre de 1955?

Ese papel protagónico lo desempeñó el movimiento estudiantil en un momento excepcional que fue a mi juicio, más una culminación de la etapa que se estaba liquidando que la inauguración de la que se iba a abrir de inmediato. En ella ese movimiento debería afrontar dilemas muy distintos. Los iba a ir enfrentando gradualmente, a medida que la solidaridad creada en la Universidad y en el país entre sectores que sólo habían tenido en común su oposición al régimen peronista, se fue desvaneciendo. El proceso de renovación y crecimiento masivo de

la Universidad avanzó en un contexto cada vez más polarizado, tanto en lo político como en lo ideológico.

La orientación reformista de la FUBA se enfrentó con la posición de la Iglesia Católica y sectores católicos tradicionales representados por el Ministro de Educación Atilio Dell’Oro Maini. ¿Cómo explica la coexistencia de sectores tan disímiles en la conducción de la educación superior?

Los grupos católicos tradicionales que habían tenido un papel importante en una revolución que triunfó con el lema de “Cristo vence” debieron aceptar la coexistencia con el movimiento reformista porque –como era notorio– el estudiantado universitario era uno de los pocos sectores en que ese triunfo había sido casi unánimemente bien recibido, gracias precisamente al papel que en él también había tenido el movimiento estudiantil reformista. Esto hubiera hecho muy difícil a los vencedores ignorar las preferencias de ese movimiento que les había asegurado el apoyo casi unánime del sector estudiantil universitario.

¿Cuáles considera usted que son las ventajas y las limitaciones de la participación estudiantil en el gobierno universitario?

En su origen, la participación estudiantil en el gobierno universitario (pues ésa comenzó por ser la demanda del movimiento reformista) se dio en reacción a la demasiado probada incapacidad de la universidad previa a la reforma para superar la tendencia al estancamiento tanto institucional como científico y académico. Esta tendencia al estancamiento volvió a ponerse de manifiesto cada vez que, bajo signos políticos que variaban en cada oportunidad, esa participación estudiantil fue eliminada. Esto me parece prueba suficiente de que desde el advenimiento del reformismo, tal eliminación se ha revelado siempre indeseable. Eliminar la participación estudiantil es por otra parte imposible en los hechos en un marco de democracia

constitucional, y en ausencia de un partido que, a más de ser capaz de conquistar la hegemonía casi monopólica de que gozó el primer peronismo, esté dispuesto a imponerla a sabiendas del alto costo político que ello supondría.

En cuanto a “las ventajas y limitaciones de este tipo de gobierno universitario” no creo que, en una universidad y un país que se transforman constantemente, sea posible ofrecer un balance de unas y otras que aspire a ser intemporalmente válido. La breve experiencia de 1955-1966, vista desde la Facultad de Filosofía, ofrece un buen ejemplo de esto. Cuando esa experiencia se abrió, en una facultad pequeña y con una historia de marginación y persecución apenas dejada atrás, el movimiento estudiantil se parecía mucho a una peña de muchachos y chicas inteligentes y decididos no sólo a impulsar el proceso de reformas, sino a aportar sus propios puntos de vista acerca de la dirección que éstas debían tomar. No es sorprendente entonces que los nombres que encontrábamos en la comisión directiva del Centro o en el comité de redacción de su revista (Jorge Lafforgue, Ernesto Laclau, Eliseo Verón, Emilio de Ipola, Susana Torrado, y cito sólo algunos de los que encontramos en el único número de *Centro* que tengo ahora a mano) hayamos seguido encontrándolos luego en otros contextos, ni que cuando me integré al Consejo de la Facultad me encontrara allí con Juan Carlos Torre y Osvaldo Guariglia, ambos en el papel de consejeros estudiantiles.

Bastó el crecimiento del cuerpo estudiantil para que todo eso cambiara rápidamente, porque ese cuerpo ahora más numeroso no podía sino introducir una distancia nueva entre el dirigente y la que comenzaba a ser vista como una masa que conquistar. La conversación cara a cara abrió paso a la propaganda por medio de carteles cada vez más estridentes, que reflejaban la radicalización de los conflictos políticos fuera de la Universidad y autorizaban a suponer que éstos repercutían

fuertemente en la masa estudiantil. Pero no era del todo así; y porque supo advertirlo, la lista cercana al Partido Comunista, ya atrincherada en el centro de estudiantes, logró conquistar la representación mayoritaria en el consejo directivo con un sencillo “slogan”, que si no recuerdo mal rezaba “mientras usted duerme (todavía no se usaba tutear a desconocidos) el centro trabaja: apuntes garantizados en 24 horas”. Un sindicalismo de servicio estaba naciendo, todavía muy lejano del que hoy ha introducido en el movimiento estudiantil redes “clientelares” parecidas a las que han venido a dominar cada vez más la vida política restaurada en 1983, pero aun más alejadas del estilo del movimiento que había emergido tras la caída del peronismo. Y desde luego, los nuevos delegados estudiantiles, aunque sabían bien su oficio y –como solía ocurrir con los comunistas– habían venido a servir una causa y no a servirse de ella, eran de trato decididamente menos interesante que los mencionados más arriba.

¿Cómo valora usted la experiencia de vinculación con el medio social a través del Departamento de Extensión Universitaria y qué opinión le merece la creación de Eudeba?

Creo que Extensión Universitaria tuvo un desempeño más que honorable, pero su impacto no puede compararse con el muy recordado de Eudeba, que guiada por Boris Spivacow dejó una huella muy honda en la vida porteña y argentina.

¿Cuáles fueron los motivos por los cuales los militares llevaron a cabo un ataque tan frontal y violento contra las universidades, en particular contra la UBA en 1966, poniendo final abrupto a la etapa reformista?

Curiosamente, ese final abrupto siguió a un mes de tuteos que mostraba que el gobierno militar no tenía muy claro qué debía

hacer con la Universidad, aunque no se le escapaba que debía hacer algo, luego de haber usado la denuncia de que la Universidad era marxista como uno de los temas principales en la campaña oficiosa que preparó el clima de opinión favorable al golpe que lo instaló en el poder. Y la iniciativa que finalmente tomó no fue exactamente la intervención, sino la derogación del Estatuto acompañada de la invitación a los rectores a seguir gobernando al margen de él. Parece inconcebible que quienes tomaron esa iniciativa esperaran que la invitación fuese aceptada, pero el testimonio del P. Castex en *El Escorial de Onganía* sugiere que por lo menos él sí lo esperaba, hasta tal punto que la reacción ante una medida en la que él había tenido bastante que ver, lo dejara tan desconcertado como para atinar sólo a explicarla retrospectivamente acudiendo al genio casi sobrenatural para la intriga que generosamente atribuyó al Dr. Rolando García. Creo por otra parte que la brutalidad desplegada en la ocasión por el general Fonseca, y por cierto no sólo por él (otras facultades a más de Exactas –y muy señaladamente Arquitectura– tuvieron que sufrir también lo suyo) se inspiraba en una visión del “problema universitario” que estaba lejos de ser exclusiva del ejército: las visiones maniqueas, ya sea que se las comparta sinceramente o que se recurra a ellas con intención de manipular, suelen inspirar conductas violentas, y convendría no olvidar que en la Argentina, antes de que las “formaciones especiales” de la izquierda peronista adoptaran una de esas visiones con consecuencias devastadoras, ya en 1966 la derecha había sido inducida por otra visión maniquea a tomar una decisión que ni aun hoy los responsables de ella saben cómo justificar.

Universidad y política

JUAN MANUEL BORTHAGARAY



Juan Manuel Borthagaray nos cuenta que a partir de 1955, siendo José Luis Romero Rector Interventor, el alumnado de la Facultad de Arquitectura, sin distinciones confesionales, quería replantear la enseñanza desde sus cimientos. Luego nos señala un itinerario a través de anécdotas como la “liberación del Colegio Nacional Buenos Aires”, pasando desde el bar Querandí en Perú y Moreno, al gran pabellón metálico de Figueroa Alcorta, a la competencia en los concursos, a una fiesta inolvidable con Edmundo Rivero y los Wawancó, hasta la “hora aciaga” en que, en junio de 1966, cayeron las instituciones de la República.

Juan Manuel Borthagaray se recibió de arquitecto en la Universidad de Buenos Aires.

Se inició en la docencia en 1955 con la reforma de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional del Litoral, donde fue Profesor Titular hasta 1959.

Desde 1962 hasta 1966 fue Profesor Titular Regular, Jefe de Taller de Diseño Arquitectónico de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Fueron Profesores Adjuntos del taller Justo Solsona, Mario Soto, Reinaldo Leiro y Marcos Winograd. El arquitecto Jorge Erbin fue Jefe de Trabajos Prácticos. Entre los alumnos que pasaron por el taller cabe citar a Javier Sánchez Gómez, Flora Manteola, Antonio Díaz, Rafael Viñoly, Jorge Lestard, Alberto Varas, Miguel Baudizzone, Mederico Faivre, y otros que luego fueron, a su vez,

profesores de la casa. Fue Consejero de la Facultad por el Claustro de Graduados y luego por el de Profesores.

En 1966 renunció a su cátedra y realizó actividades profesionales en el estudio Borthagaray, Gastellu, Marré. Es ganador de varios Concursos Nacionales de Anteproyectos.

En 1984 fue reincorporado. Fue elegido Decano de la Facultad de Arquitectura de la UBA para el período 1986-90 y reelegido para el de 1990-94.

Es Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires.

Hasta 1955, la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, fundada en 1948, poco tenía que ver con lo que pasaba en el mundo exterior.

En los orígenes de la enseñanza de la Arquitectura en Buenos Aires, que comenzó en una Escuela dependiente de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, hogar también de la carrera de Ingeniería, se desarrolló una polémica acerca del modelo a seguir. Las corrientes imperantes en aquel fin del siglo XIX se polarizaban, por una parte, en la tradición de la *École de Beaux-Arts* de París, y por la otra, en los vientos modernistas que produjeron la Secesión de la Academia de Viena y que soplaban con fuerza también en Alemania.

A favor del *Bon Gôut* imperante en Buenos Aires, triunfó la primera tendencia, y se contrataron dos jóvenes docentes de París, *los Anciens Élèves de l'École de Beaux-Arts Diplômés par le Gouvernement*, Karmann y Villeminot. Para 1945, pocos habían sido los arquitectos de nota a los cuales se debían los principales edificios de Buenos Aires que se habían dedicado a la docencia.

Entre aquellos que sí lo hicieron descolló el pionero Alfredo Christophersen, danés de nacimiento, que se casó con una señorita Anchorena. A él se deben numerosas e importantes obras, entre ellas la casa de sus suegros, actual Palacio San Martín. Christophersen fue una de la pocas excepciones al ser a la vez profesor y profesional de gran fama.

Buenos Aires cuenta con un excepcional patrimonio de arquitectura moderna de la década de 1930. Sin embargo, nin-

guno de sus autores fue profesor de la Escuela. Este bastión resistió impertérrito aun a la visita de Le Corbusier en 1929. Tampoco los grandes popes de la arquitectura clásica, de los cuales el paradigma fue Alejandro Bustillo, vinieron a ocupar las cátedras.

Hasta la intervención de 1955, ser moderno era ir contra la cultura oficial, a pesar de algunas acciones cuasi clandestinas de Eduardo Cattalano (más tarde *Dean* en el Instituto Tecnológico de Massachussets y con obras de renombre internacional), que pudo organizar un curso con la presencia de Marcel Breuer, un muy reconocido arquitecto y docente en Harvard, y de varios entonces jefes de trabajos prácticos, como Alfredo Casares, Alberto González Gandolfi, Germán Framiñán y otros.

Las obras de Le Corbusier, Gropius, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright y Alvar Aalto no eran tomadas como paradigmas en el discurso oficial. Tampoco la explosiva difusión internacional de la arquitectura moderna brasileña, que provocó un verdadero sarampión mundial en la inmediata posguerra, cuando las usinas europeas estaban explícitamente apagadas, suscitó algo más que la tolerancia profesoral ante los contagiados.

Sobre los finales del peronismo, las autoridades de la Facultad lograron, a través de la cooperación con Italia, la visita de dos eminencias: el Ingeniero Pier Luigi Nervi, mago del hormigón armado y diseñador de estructuras tan audaces como bellas, y el brillante crítico Bruno Zevi, autor de *Saber ver la Arquitectura*, aun hoy texto iniciático para despertar el amor a la disciplina y a sus monumentos.

La posición oficial del peronismo frente a la Arquitectura se reflejaba en Buenos Aires en el edificio de la Fundación Eva Perón, pero al mismo tiempo se había dado un fuerte impulso a la Universidad de Tucumán, cuya Facultad de Arquitectura fue de una excelencia legendaria, homenajeada por César Pelli, quien dice que egresó de la mejor escuela del mundo en ese

momento. A Tucumán habían ido a dar los maestros que faltaban en Buenos Aires.

La estruendosa ruptura de los otrora estrechos lazos de Perón con la Iglesia fue uno de los factores de mayor peso que precipitaron su caída. Esos días nos vieron juntos al gorilismo (que en el extenso arco que iba de los –¡horror!– *masones* de la Marina, hasta los izquierdosos, éramos laicos) con los sectores confesionales, donde apuntaba con cierta fuerza el humanismo, como corriente más progresista que buscaba desprenderse de aquellos que habían protagonizado episodios oscurantistas junto a sus socios políticos de ayer. Recordemos a Giordano Bruno Genta y el rapado de las alumnas de Paraná y aquella famosa estrofa del Ministro Oscar Ivanissevich: *El peronista es un ser de sexo definido / no le gustan abstractos, fauvistas ni cubistas...*

El gobierno de facto buscó satisfacer a los dos bandos, otorgando a Atilio Dell’Oro Maini el Ministerio de Educación y a José Luis Romero el Rectorado. Esto dio pie a que el entonces alumno de Arquitectura de Rosario (y hoy venerado hombre de ciencia) Alberto Cignoli, presidente a la vez del Centro de Estudiantes y de la Federación Universitaria Argentina, cursara un telegrama al Sr. Ministro con el siguiente texto: “Homenaje orientación democrática revolución decline cargo”.

Por aquellos días fui llamado a una convocatoria que me pareció sagrada: José Luis Romero había nombrado Interventor del Colegio Nacional de Buenos Aires a Risieri Frondizi. Un grupo de profesores y algunos alumnos resistieron la intervención, y alegando la defensa del honor del Colegio lo ocuparon, impidiendo el ingreso del Interventor que, cual un obispo con jurisdicción *in terris infidelibus*, debía contentarse con ejercer simbólicamente sus atribuciones desde el Rectorado de la Universidad en la calle Viamonte.

Frente a esta situación un grupo de ex alumnos del Colegio concibieron el plan de ingresar al edificio por las azoteas, contiguas a las de la Facultad de Ingeniería. Nos reunimos en

el famoso patio de Ingeniería alrededor de treinta conspiradores. Un alumno de Ingeniería dio la orden a un amedrentado ordenanza, en nombre del Centro de Estudiantes “La línea recta”, entidad de enorme prestigio, de que abriese la puerta de una escalera que daba a la terraza. Se corría toda clase de rumores en cuanto al número de ocupantes del Colegio, y hasta que estaban armados con los fusiles del polígono de tiro.

Llegados a la terraza, resultó que había que saltar un desnivel considerable, pero cuando se animó el primero, saltamos todos, corrimos hasta descender las escaleras y llegamos a la bedelía de planta baja, donde estaba el comando de los ocupantes. Éstos resultaron ser un venerable profesor, que protagonizó el único acto de violencia al asestar un bastonazo en la cabeza a un estudiante de Ingeniería (bastante amortiguado por la consabida capa de gomina de la época) y un pequeño grupo de alumnos, armados con bastones de gimnasia, que se rindieron pacíficamente.

El grupo libertador llamó a Risieri y a los diarios; media hora después se franqueaba la entrada al Rector Frondizi al Colegio que más tarde se convirtió en mixto, sin que se diera ninguna de las apocalípticas consecuencias que los opositores a la medida pronosticaban.

José Luis Romero nombró Decano Interventor de la Facultad a Alberto Prebisch, distinguido arquitecto vinculado al grupo de Victoria Ocampo y autor, entre otros impecables edificios, del cine Gran Rex. Pero no eran tiempos de calma. El alumnado, sin distinciones confesionales, quería replantear la enseñanza desde sus cimientos, refundar la Facultad y, llevado a situaciones de extremo jacobinismo, dispuso el cese de actividades y un estado de asamblea permanente, con toma del Decanato.

Para el inicio de clases de 1956 las cosas se habían normalizado. Se hicieron cambios en los programas de estudios, que requerían un *aggiornamento* largamente demorado. El eje de estos cambios podría resumirse como un alejamiento de la tradición

Beaux-Arts y un acercamiento a la del Bauhaus, la legendaria escuela de Arquitectura y Diseño fundada por Walter Gropius durante la República de Weimar, y cerrada por los nazis en su sede de Dessau (sus directores Gropius y Mies van der Rohe terminaron sus carreras en EEUU, donde concretaron importantísimos edificios).

Un grupo de ex profesores de la Bauhaus habían jugado importantes roles en el medio académico norteamericano: el propio Gropius y Marcel Breuer en la Escuela de Graduados de Harvard, Moholy Nagy fundó el Instituto de Diseño de Chicago, como continuación del Bauhaus, y Mies van der Rohe fue puesto al frente de la Escuela de Arquitectura del Instituto Tecnológico de Illinois.

Estas instituciones eran los referentes internacionales de la modernización, los locales la legendaria Escuela de Tucumán y los discípulos directos e indirectos de Le Corbusier.

Un cambio estructural importante, que perdura hasta nuestros días y que tomamos de la Facultad de Montevideo, fue la organización por talleres verticales. Hasta ese momento la disciplina troncal de la carrera, Arquitectura, se cursaba en cátedras anuales (Arq. I; Arq. II, etc). A partir de ese momento se instituyeron talleres a cargo de un Jefe donde se asistía a todos los cursos, a partir de uno introductorio, común a todos.

Pero la clave de la renovación no estuvo dada por los cambios de los planes de estudio, sino por la gran apertura de los cuadros docentes, tanto los convocados por las autoridades transitorias como los consagrados por los concursos definidos por el Estatuto Universitario.

Se incorporaron maestros como Wladimiro Acosta, Clorindo Testa (lamentablemente por poco tiempo), Carlos Coire, Odilia Suárez y Alfredo Martín, mientras que los pioneros Casares, González Gandolfi y Framiñán pasaron a ser titulares. En el área de representación los muy fuertes cambios estuvieron a cargo de César Janello, Rafael Onetto, Osvaldo Moro, Hirstz

Rotzait, Gastón Breyer, Oscar Crivelli y Carlos de la Cárcova; algo más tarde se incorporaría Carlos Méndez Mosquera. El maestro Mario Buschiazzo continuó a cargo del área de Historia, sobreviviendo por su indiscutida jerarquía a la carnicería general, y en el área de las Estructuras se incorporó Atilio Gallo, ingeniero estructuralista y docente excepcional, con un sentido de la belleza y de la pureza que entusiasmaba a muchedumbres de estudiantes.

Fueron tiempos de gran participación en los que se hizo necesario integrar de la noche a la mañana las agrupaciones de donde habrían de surgir los representantes de los claustros de estudiantes y graduados a los Consejos.

El *Querandí* es el café de la esquina de Perú y Moreno. Desde la mudanza de Exactas y Arquitectura a la Ciudad Universitaria es un café más. Por aquellos años era el ágora donde se ventilaba tanta política que lo convertía en un hervidero.

Luego de la derrota definitiva del eje totalitario había dejado de haber *nazis* y *cipayos*. El extraño (e improbable) matrimonio entre la Sinarquía Judía de Wall Street y la Camarilla Apátrida y Atea del Kremlin se había disuelto. Como en la guerra de los Roses los ex cónyuges pasaron del amor al odio más profundo. Los socios de ayer acumulaban arsenales de propaganda y ojivas nucleares.

Con la capacidad incomparable de los argentinos para importar conflictos ajenos, se acabaron las viejas categorías políticas, no hubo más peronistas, radicales, lomos negros, rosistas ni nada. La Guerra Fría atravesó todos los estratos.

Reformismo y humanismo, libre o laica apenas disfrazaban la gran división: *fachos* y *bolches*. No había términos medios, quien quiera que no fuese claramente una cosa era arrojado por los fieles de ésta a la categoría opuesta. Como en los divorcios, nos repartimos hasta el olimpo de los grandes maestros: Le Corbusier, Gropius y Mies van der Rohe, junto con todo el *International Style* eran más vale *bolches*; Frank Lloyd Wright in-

ventado por el crítico italiano Bruno Zevi como centro de la arquitectura *orgánica* (extraña propuesta totalmente ajena al maestro que nunca se dejó etiquetar) era enarbolado por los *fachos*, mientras que el finlandés Alvar Aalto era patrimonio común indivisible. Le Corbusier habría de plantear el mayor dilema: había construido un ministerio en Moscú y ganado el concurso internacional para el Palacio de los Soviets. Pero luego su capilla de Ronchamp y el Monasterio de La Tourette habrían de convertirse en las cumbres de la arquitectura religiosa católica moderna.

En realidad esto era insostenible y entró en crisis muy pronto, pero cuando nos dábamos con los carteles de la *laica* y la *libre* por la cabeza todo pudo ser. Los movimientos tenían sus capillas. Junto con otros nueve amigos habíamos fundado un grupo al que dimos el nada pretencioso nombre Organización Arquitectura Moderna, *oam* todo con minúscula. Era un grupo cerrado, más parecido al de Bloomsbury que a un soviets, y nuestras lecturas eran Bertrand Russell, los Huxley y Sartre. Nos nutríamos de Tomás Maldonado, a quien nuestro país no supo aprovechar. Cuando emigró, fue Rector de la Escuela Superior de Diseño de Ulm, en Alemania Federal, Profesor en la Universidad de Bolonia y Emérito del Politécnico de Milán.

Los integrantes del grupo *oam* fuimos Horacio Baliero, Juan M. Borthagaray, Francisco Bullrich, Alberto Casares, Alicia Cazzaniga, Gerardo Clusellas, Carmen Córdova, Jorge Goldemberg, Jorge Grisetti y Eduardo Polledo.

Marcos Winograd era el inspirador de un grupo auténtica, declarada y afiliadamente comunista, aunque nadie convencía a los *fachos* de que todos los demás *bolches* eran, en realidad, *cripto-comunistas*. Inclusive buenos contactos con EEUU no liberaban del estigma, pues eran los tiempos del senador Mac Carthy y, como todo el mundo sabía, ese país estaba lleno de comunistas.

Por su parte, los *fachos* tenían su propio cenáculo, la asociación Pedro de Montereau, el maestro masón (albañil) que di-

rigió la mayor parte de la construcción de la Catedral de Notre Dame de París, donde desarrollaron una intensa actividad cultural y donde sobresalían Horacio Pando, Iglesias Molli, Juan M. Llauro, Rafael Iglesia y, directa o indirectamente, muchos otros que tuvieron que ver con la elevación del nivel de la enseñanza y la práctica de la arquitectura.

Mientras tanto la Facultad iba madurando académicamente. Claudio Caveri y Jorge Ellis construyeron la iglesia de Fátima que despertó el respeto general, y debe decirse que, aunque éste fue un caso extremo, reformistas y humanistas íbamos aprendiendo a respetarnos a través de nuestras obras.

El primer decanato electo conforme al estatuto universitario fue el de Alfredo Casares, humanista, seguido por el de Carlos Coire, reformista, al que sucedió nuevamente Casares. Su Vicedecano, Horacio Pando, ocupaba el decanato en la “Noche de los bastones”. Puede decirse que la convivencia fue bastante civilizada.

Si la década del ‘56 al ‘66 fue, para mí, y lo digo sin ninguna duda, la época de oro de la Universidad, el período de los decanatos de Coire y Casares que pasamos en el gran pabellón metálico de Figueroa Alcorta, donde hoy está el estacionamiento del Centro Municipal de Exposiciones, fueron una época de oro dentro de otra época de oro.

Este pabellón fue reacondicionado por Rubén Tomasov, quien logró el colmo de un arquitecto: conformar a sus clientes, miles de arquitectos. Se logró un espacio convocante cuya especial configuración contribuyó mucho a darnos un espíritu de cuerpo por encima de las posiciones particulares. De hecho, la mejor fiesta de la Facultad en la década la organizaron los humanistas cuando ganaron una elección estudiantil. Cantó Edmundo Rivero, que no podía creer la unción cuasi religiosa con que le oímos entonar “Sur”, y bailamos con los Wawancó, la mejor orquesta de cumbia de todos los tiempos, integrada por chicos colombianos que estaban estudiando medicina en la UBA.

El pabellón tenía un enorme desarrollo en planta baja, y los recintos de los talleres daban todos a un amplio corredor central, que funcionaba a manera de ágora con la cafetería en su punto medio. El encuentro entre los docentes y alumnos de las distintas cátedras era cotidiano. Allí Casares y de Acosta formaron una generación de profesores jóvenes de recambio.

Una circunstancia muy importante se dio por entonces. Nunca hubo tantos Concursos Nacionales de Anteproyectos organizados por la Sociedad de Arquitectos como en aquellos años, que se correspondieron con las presidencias de Frondizi y de Illia. Muchos arquitectos alcanzamos notoriedad durante esa época, cosa imposible en otros momentos para quien no tuviese conexiones familiares y financieras de primer orden. También se construía bastante intensamente, de manera que la docencia tenía el *feed back* de la práctica.

Los alumnos veían a los profesores como modelos de una profesión cuya práctica parecía factible. El sistema de estudios entró en pleno funcionamiento en la segunda mitad de la década. Merece una mención muy especial el taller de Introducción, de dos años de duración, que dirigía Alfredo Ibarlucía. Personalmente no conozco una experiencia de enseñanza masiva más exitosa. Antes que nada Ibarlucía fue el arquitecto de su staff docente, a través de reuniones y formación permanente, con el auxilio de gente de Ciencias de la Educación y aplicando técnicas de dinámica de grupo. El equipo docente logró un nivel de calidad y eficiencia muy parejo, en medio de un gran espíritu de equipo.

El resultado fue que, cuando los estudiantes pasaban a tercer año y se inscribían en los talleres verticales, estaban instrumentados con una formación básica que permitía empezar a trabajar con un alto ritmo de exigencia y respuesta.

Los profesores, entonces jóvenes, como Soto y Rivarola, Llauro y Urgell, Caveri y Ellis, Solsona y su grupo, Erbin y el suyo (que se formaron con entonces estudiantes), el mío pro-

pio, y muchos más, nos sacábamos chispas en la seguidilla de concursos de proyectos de aquel tiempo.

Cada uno tenía un grupo de alumnos fanáticos que iban como bomberos a retirar las bases de los concursos en cuanto salían. La acumulación de talento y esfuerzo era infernal. Como muestra baste un botón; el que dibujaba las perspectivas del equipo de Solsona era Rafael Viñoly, el arquitecto del Forum de Tokio, obra que ganó en concurso internacional, para citar uno solo de sus trabajos.

Mientras tanto, se acumulaban nubarrones. De la vecina Facultad de Derecho vinieron en varias oportunidades grupos del Sindicato Universitario de Derecho, “barra bravas” provocadoras armadas que una vez nos dejaron un herido de bala. En julio de 1966 hubo “bastones largos” también en los pabellones de Figueroa Alcorta. El Decano Pando y el Vicedecano Méndez Mosquera, profesores y estudiantes fueron destinatarios del diluvio de bastonazos de la Guardia de Infantería de la Policía Federal.

Estos recuerdos al correr del *mouse* no pretenden ser una crónica ordenada ni completa del ciclo de la Facultad en aquella década. Faltan sin duda muchos nombres, ante cuyos dueños me excuso: la memoria ya no es lo que era. Sería un desagrado si pretendiese ser un autodidacta total, y omitiese un reconocimiento a los profesores de antes del ‘55 a los que, en diferentes grados, debo tramos de mi formación.

Como consecuencia de la intervención renunciamos muchos profesores. Creo que después de la Facultad de Exactas la nuestra fue una de las en que más, si no en la que más renunciantes hubo. ¿Hicimos bien?

A “la hora aciaga en que han caído todas las instituciones de la República” según las palabras de nuestro dignísimo Rector Hilario Fernández Long, muchos *fachos* y *bolches* nos encontramos hermanados en la defensa de una autonomía que en ese momento no fue un bien exclusivamente reformista, sino de propiedad compartida.

Queríamos tener una universidad de excelencia

MANUEL SADOSKY



Hablemos de cine, música, teatro, pedía Manuel Sadosky a los aspirantes a becas de la Fundación Einstein y en esas conversaciones, sin relación directa con las matemáticas, evaluaba las posibilidades que tenía el candidato de llegar a ser un buen docente o investigador. Desde la Comisión de Pedagogía de la Universidad, Sadosky usó libremente criterios innovadores para elevar el nivel de la enseñanza ya sea a través de los concursos para profesores, la departamentación en las facultades, el régimen cuatrimestral, la creación del Instituto de Cálculo.

Manuel Sadosky nació en Buenos Aires en 1914. En 1940 se doctoró en Ciencias Físicas y Matemáticas en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, realizando luego en Europa estudios de especialización en matemática aplicada.

Entre 1956 y 1966 fue profesor del Departamento de Matemática de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, de la cual fue Vicedecano. Participó en la creación del Instituto de Cálculo de dicha facultad, en el cual se instaló la primera gran computadora del país, realizándose importantes trabajos para la universidad y para otras entidades estatales. Fue director del Instituto de Cálculo desde su fundación hasta 1966.

Al renunciar a sus cargos en la UBA luego de la “Noche de los Bastones Largos” se trasladó a Uruguay, donde creó el Instituto de Cálculo

de Montevideo en la Universidad de la República, institución que lo nombró recientemente Doctor Honoris Causa.

Entre 1974 y 1979 trabajó en Venezuela y luego en Barcelona, donde se vinculó al Museo de Ciencias.

De regreso en la Argentina, entre 1983 y 1989 fue Secretario de Ciencia y Técnica de la Nación. En 1985 fue designado Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires.

Es autor de varios libros, entre ellos Cálculo Numérico y Gráfico y Cálculo Diferencial e Integral, muy difundidos entre los estudiantes de ciencias y de ingeniería.

¿Qué aspectos considera usted decisivos en la transformación de la Universidad de Buenos Aires a partir de 1955?

Bajo la ley 13.031, de 1947, la Universidad dependía del Poder Ejecutivo, y la participación de los estudiantes era limitada. Se formaban los llamados “buenos profesionales”, sin considerar necesaria la actividad científica y creativa.

Un ejemplo fue que Bernardo Houssay, Premio Nobel de Fisiología en 1947, no formaba parte del claustro de profesores y trabajaba fuera de la Facultad de Medicina, en el Instituto de Biología y Medicina Experimental.

Las autoridades universitarias no eran nombradas por sus méritos académicos, sino más bien por sus adhesiones políticas. Había un divorcio muy grande entre los intelectuales y científicos destacados y la Universidad.

En septiembre de 1955 los estudiantes, bajo el lema “Nosotros somos la Universidad”, tomaron las facultades, indicando su decisión de ser partícipes y protagonistas de la transformación. Propusieron una terna para el cargo de Rector normalizador: José Luis Romero, José Babini y Vicente Fatone, todos ellos de reconocidos méritos académicos y con un gran ascendiente moral por sus trayectorias de vida.

El gobierno designó a José Luis Romero, que encabezaba la terna y que era un militante socialista, con una posición muy equilibrada. Además de un gran historiador era un gran pro-

fesor de historia. Inició su carrera docente como maestro de escuela y luego fue profesor secundario y universitario.

Mis recuerdos de Romero se remontan a la época en que yo era alumno de la escuela normal y él, un poco mayor, aparecía como un mentor que enseñaba a mis compañeros y a mí cosas muy interesantes, con su carácter intelectual y metódico, por ejemplo cómo se forma una biblioteca. Esa inteligencia se expresó cabalmente cuando fue Rector.

La Universidad de Buenos Aires comenzó a transformarse, con la participación de los estudiantes, de los graduados y de una parte de los profesores. Lamentablemente, no todos los docentes entendían la trascendencia de los cambios, y quedaron a la zaga de las iniciativas que emprendieron, durante esa primera etapa, fundamentalmente los estudiantes.

Sin embargo, a pesar de las disparidades, es muy importante el hecho de que los tres claustros intervinieron en este proceso, dando a la vida universitaria un carácter más democrático y participativo que el que había tenido durante la época anterior.

Un decreto dejó en comisión a todos los profesores, para reestructurar la planta docente por vía de concursos, guiados por criterios verdaderamente académicos.

Las contradicciones de la política educativa

¿Qué orientación tuvo el gobierno de Aramburu en materia educativa?

Al mismo tiempo que nombraba Rector al socialista José Luis Romero, el gobierno había colocado en el Ministerio de Educación a Atilio Dell'Oro Maini, representante de los sectores nacionalistas y de la Iglesia Católica, que habían jugado un papel decisivo en el golpe de estado.

La tensión entre estas dos ideologías se manifestó cuando Dell'Oro Maini promovió la creación de universidades priva-

das, incluyendo las de orientación religiosa, como sería el caso de las católicas. Para eso el decreto ley 6.403 incluía el célebre artículo 28, dándoles la capacidad de emitir títulos académicos de validez oficial.

Esto motivó una polémica muy grande, con movilizaciones estudiantiles en contra de la ley, mientras por su lado los sectores católicos la defendían, argumentando que así se permitiría la libertad de opción en materia de enseñanza. Estos fueron los famosos enfrentamientos entre *laica* y *libre*, que signaron la lucha ideológica de aquella época en materia educativa.

Los reformistas pidieron la renuncia de Dell'Oro Maini y los católicos la de Romero. El general Aramburu optó por una solución salomónica: aceptar las dos renunciaciones, que en realidad nunca fueron presentadas formalmente. Sólo se resolvió el conflicto en el año 1958, cuando las universidades privadas fueron autorizadas a dar títulos habilitantes.

¿Qué ocurrió después de esas renunciaciones?

Alejandro Ceballos sucedió a José Luis Romero y se dieron las bases de la institucionalización de la Universidad, con la vigencia de las leyes Avellaneda y 6.403, que otorgaban participación a los distintos sectores en los órganos de gobierno universitario.

Primero se organizaron los tres claustros: profesores, graduados y estudiantes. En 1958 fue elegido Rector Risieri Frondizi, en una elección que aun no se realizó dentro de la Asamblea Universitaria, como sí lo serían las siguientes.

Risieri Frondizi tenía muchas ideas renovadoras y una gran personalidad. Estuvo muy enfrentado con su hermano Arturo, que era el Presidente de la Nación, con motivo del famoso artículo 28. Cada uno conservó sus posiciones. Risieri había trabajado anteriormente en universidades de EEUU y de Puerto Rico, donde adquirió una rica experiencia que luego

volcó en la Universidad de Buenos Aires durante su rectorado, con el apoyo de los estudiantes.

Fue en la Facultad de Ciencias Exactas donde mejor se interpretaron sus ideas. Por un lado, se intentó pivotar la Universidad alrededor de la docencia y de la investigación. Por otro, captar la vocación de los estudiantes y desarrollar sus centros de interés de una manera creativa, terminando con el concepto de las clases académicas.

El gobierno tripartito

¿Cómo se organizó el gobierno universitario?

Ante la insistencia fundamentalmente de los estudiantes, Rissieri Frondizi aceptó el gobierno tripartito. Algunos sectores reformistas proponían que fuera también igualitario, o sea con el mismo número de profesores, graduados y estudiantes. En el Consejo Superior existía paridad en la representación de los tres claustros, pero la mayoría era en realidad profesoral, porque también lo integraban los decanos de las facultades.

En 1957 se convocó la Asamblea Universitaria, que fue un ejemplo de democracia en el sentido más amplio, porque a pesar de las diferencias ideológicas se originaron discusiones muy interesantes, dentro de un marco de gran respeto mutuo.

Nuestro proyecto para el Estatuto era el de una universidad reformista, aunque los criterios de modernización y excelencia iban más allá de esa corriente ideológica.

Eduardo Braun Menéndez, un investigador de primer nivel muy vinculado al catolicismo, no compartía algunos de nuestros criterios. Sin embargo, cuando finalmente el Estatuto fue aprobado, pidió un voto de aplauso para los redactores, considerando que la normalización de la Universidad era en sí misma un gran avance. Fue una desgracia para la ciencia argentina que Braun Menéndez, poco después, falleciera en un accidente.

Entre los alumnos estaban los humanistas (de inspiración socialcristiana) y los reformistas (radicales, socialistas, izquierdistas e independientes). Ningún partido político podía reclamar la hegemonía en los organismos directivos y ni siquiera dentro de las principales tendencias. Se discutía mucho, pero conceptualmente, sin rivalidades ni caudillismos, confrontando argumentos ideológicos y proyectos alternativos, tanto para la Universidad como para el país.

Los enfrentamientos se agudizaron durante las luchas *Laica o Libre*, en 1958. Con el correr del tiempo, muchos estudiantes cambiaron de posición por un motivo u otro, pero siempre a partir de la discusión ideológica. Eso demostró lo fecundo que resultaba el método de trabajar conjuntamente, sin sectarismos, buscando soluciones para la enseñanza y para la ciencia a pesar de las discrepancias políticas.

El centro de gravedad de la vida de aquellas personas era la Universidad, y los delegados estudiantiles contribuyeron enormemente.

La Comisión de Pedagogía

¿Qué reformas se encararon con respecto a los métodos de enseñanza?

Se creó la Comisión de Pedagogía, con el objetivo de profundizar los fundamentos y la metodología de las carreras, analizando los planes de estudio e introduciendo los cambios necesarios para modernizarlos. Entre los primeros integrantes de esa comisión estaba Florentino Sanguinetti, un destacado hombre de letras que después fue Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, el padre del actual Rector. Lo recuerdo como un hombre competente y de muy buen humor. Otro integrante de mucho prestigio fue Eduardo Braun Menéndez, profesor de la Facultad de Medicina y colega de Houssay.

A mí me eligieron como director de la Comisión. García Vázquez, de Ciencias Económicas, representaba a los graduados y había una representante estudiantil.

Al terminar mi período me sucedió Sanguinetti. Se había generado un clima de mucho entusiasmo, todos trabajaban y no precisamente por el rédito económico, que en la Universidad de Buenos Aires siempre fue exiguo. El trabajo en esta comisión era *ad honorem*. No se trataba de cargos sino de cargas, que se aceptaban por el interés de hacer una universidad moderna. Cada uno volcó su experiencia, obtenida en muchos casos en universidades extranjeras, para permitir que se diera un salto cuántico, como dicen los físicos, o sea no un pequeño cambio sino un salto de categoría, un aumento cualitativo en los niveles de docencia y de investigación.

Nos preocupaba la duración de los estudios. Pudimos comprobar que los alumnos tardaban en recibirse mucho más de lo que se suponía necesario. Había carreras de cinco años y otras, como Medicina e Ingeniería, de seis, que, por distintos motivos, muchos cursaban en el doble de tiempo. Además, quizá más en algunas facultades, como Derecho, los alumnos ni siquiera asistían a las clases. Estudiaban solos y eran una máquina de dar exámenes. Los más capaces terminaban la carrera en poco tiempo y después ejercían la profesión, sin que quedaran vínculos con la Universidad. Para mí eran sólo nominalmente alumnos, no como entendíamos que debían ser. Tampoco se retenía a los mejores estudiantes, nombrándolos ayudantes de cátedra, para formar un semillero de profesores adjuntos entre quienes elegir los titulares.

Otro problema que vimos fue el desgranamiento. Eran pocos los estudiantes que llegaban a graduarse en proporción a los que ingresaban. En algunas carreras, con ciertos conocimientos básicos el estudiante que dejaba la facultad podía en-

trar a trabajar en una empresa, en tareas técnicas o auxiliares, pero en otras, como Medicina, era necesario graduarse para poder ejercer la profesión.

En estos problemas fue importante el aporte de los estudiantes y graduados que colaboraban con la Comisión de Pedagogía, por ejemplo Mariana Waisman, alumna de la carrera de Física, que es actualmente la única mujer miembro de la Academia de Ciencias Exactas y Naturales de la Argentina. Se la contrató por muy poco dinero y analizó muy eficazmente las razones de la ineficiencia del sistema en cuanto al tiempo de estudio y al porcentaje de graduación en los veinte o treinta años anteriores.

En esa época, los estudiantes se orientaban preferentemente hacia las carreras tradicionales. Había muchos en Ingeniería y muy pocos en Matemática, Física o Química. Pensábamos que había que formar gente en otras disciplinas no estrictamente profesionales.

¿Qué problemas se planteaban para la formación científica básica en las carreras profesionales?

Incluso para la formación de lo que algunos llamaban “buenos profesionales”, en las actividades liberales clásicas, había que dar una buena base científica y metodológica. Era necesario entender un mundo donde la teoría de la relatividad había aparecido cincuenta años antes. La concepción física y química del mundo había cambiado y también las ciencias básicas eran imprescindibles para entender los avances de la biología. Un ingeniero, un médico e incluso un abogado, necesitaban una formación acorde con ideas científicas y filosóficas que se transformaban rápidamente.

Los institutos para la investigación científica

Además de los métodos de enseñanza y de la duración de las carreras, ¿qué otras preocupaciones generales existían sobre la investigación?

Antes de 1955 existían institutos, como el de la Moneda o el Instituto Bancario en la Facultad de Ciencias Económicas, en los cuales no se realizaba investigación.

Tuvimos que cambiar ese concepto. Hacer entender que Instituto debía ser una denominación reservada a los lugares de investigación científica, tratando de que en cada facultad las especialidades se unieran en departamentos y dentro de esos departamentos existieran institutos destinados a un determinado campo de investigación.

Por ejemplo, cuando Luis Federico Leloir recibió el Premio Nobel de Química, dirigía el Instituto de Investigaciones Bioquímicas en la Facultad de Ciencias Exactas. Fue el primer instituto de investigación en química biológica dentro de la Universidad. Él había comenzado como discípulo de Bernardo Houssay, luego inició su propia línea de investigación y formó su grupo, que trabajaba en la fundación Campomar. Nosotros insistimos en que entrara a la Facultad de Ciencias Exactas, nos parecía importantísima su participación como profesor. Nos costó convencerlo, porque no quería tener obligaciones docentes o administrativas que lo distrajeran del campo de investigación al que se había consagrado. Finalmente aceptó entrar, con su grupo de trabajo.

A pesar de la oposición de un miembro del Consejo Superior, con Leloir se hizo una excepción: debido a sus descolantes antecedentes se lo nombró Profesor Extraordinario sin someterlo a concurso. Por cierto, nadie tenía dudas de que en caso de haberse organizado un concurso lo habría ganado. Su grupo estaba formado por científicos y profesores de primera línea, como Caputo y Cardini.

Varias veces lo visité en su instituto. Leloir trabajaba con una enorme dedicación y un gran rigor científico, pero era un hombre muy sobrio. Siempre usaba un guardapolvo gris, y al mediodía se reunía con sus colaboradores para almorzar.

Una anécdota trivial muestra cómo era su trato con quienes lo rodeaban: Leloir comía sándwichs preparados en su casa, en panes untados con abundante manteca. Pero antes de comerlos los abría y les sacaba la manteca. Un día le preguntaron por qué lo hacía. Contestó que prefería tomarse el trabajo de sacar la manteca antes que desairar las buenas intenciones de la empleada que se los preparaba, pues ella creía que le gustaban así.

Acompañando su profundidad científica con estos modales sencillos y nobles, Leloir formó investigadores de alto nivel, lo cual resultó muy importante para el desarrollo científico en la Facultad de Ciencias Exactas. Solamente se equivocó con César Milstein, quien luego ganaría también el Premio Nobel, pues no aceptó dirigir su tesis de doctorado, aduciendo que el laboratorio era muy chico y que ya tenía suficientes tesis.

Leloir confesó, frente a algunos de sus pares, que no aceptar a Milstein como tesista fue el error más grande de su vida, y luego, con el fino humor que lo caracterizaba, prometió enmendarse y que la próxima vez no volvería a cometer el mismo error.

Los concursos y la dedicación exclusiva

¿Cómo se aseguró el buen nivel de los docentes?

El decreto que dejó en comisión a los profesores fue la piedra angular de la reestructuración docente. La periodicidad de cátedra y la reglamentación de los concursos hicieron el resto. Esto último fue muy importante, porque se consideraban la labor docente, las publicaciones en revistas internacionales y la capacidad de formar discípulos, medida por la carrera de los mismos.

En la etapa anterior habían tenido mucho peso los grupos formados alrededor de ciertos profesores, que rivalizaban entre ellos. En la Facultad de Medicina, por ejemplo, los colaboradores o simpatizantes del Dr. Arce, que era el Decano, tenían mayor facilidad para llegar a profesores que los miembros del grupo de Houssay, que estaba rodeado por un grupo de investigadores y docentes de primerísima línea.

Esto cambió con los concursos, cuyos jurados fueron elegidos entre los más notables profesores e investigadores de cada especialidad, incluyendo científicos importantes del exterior cuando fue necesario.

Otra de las ideas novedosas que contribuyó mucho para transformar la Universidad en un centro de excelencia fue la dedicación exclusiva de los docentes. El primero en tenerla fue Houssay, quien puso esa condición para aceptar ser profesor de Fisiología, dedicándose a ello exclusivamente y no ejerciendo su profesión de médico en un consultorio. Tanto en este caso como en el de Leloir la Universidad se benefició enormemente con su dedicación y su talento.

En las facultades de Ciencias Exactas y Naturales, Medicina y Farmacia y Bioquímica se formaron grupos importantes con dedicación exclusiva. En otras facultades, como Ingeniería o Arquitectura, era beneficioso el contacto de los profesores con el ejercicio de la profesión, pero en todos los casos preconizamos la dedicación exclusiva en las materias de formación básica.

La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales

Además de su participación en la Universidad, háblenos de su intervención en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales.

Allí era donde me desempeñaba como profesor. El primer Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales fue José Babini, uno de los miembros de la terna que los estudiantes habían propuesto como candidatos a Rector.

Babini era un hombre excepcional. Aun siendo en ese momento una persona de bastante edad, tenía una sensibilidad especial para tratar con los jóvenes y una gran capacidad para conseguir que casi todas las decisiones del Consejo Directivo se aprobaran por unanimidad.

En las primeras elecciones después de aprobado el estatuto, Rolando V. García fue nombrado Decano, e imprimió a la Facultad una gran dinámica durante su gestión. El Consejo me eligió a mí como Vicedecano. García y yo nos entendíamos bien. A veces discutíamos, como es comprensible, pero se pudo hacer todo de manera muy homogénea. El conjunto del Consejo Directivo tenía mucho interés en que la Facultad de Ciencias alcanzara el mayor grado de excelencia posible.

Rolando García era un hombre joven, que había comenzado como maestro en la escuela normal. Hizo su carrera de Meteorología y recibió una beca para estudiar en EEUU. Allá, además de Meteorología, estudió Lógica con grandes profesores, tanto americanos como europeos. Por consiguiente, tenía una formación muy completa e ideas muy claras sobre cómo se podía construir con el esfuerzo de todos una universidad moderna.

Uno de nuestros objetivos fue dotar a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales con laboratorios para la enseñanza. En lugar de anuales, los cursos se organizaron semestralmente, para facilitar que cada materia se completara en un plazo no demasiado largo. Queríamos evitar que un alumno cursara materias de un año sin haber terminado de cursar o de rendir los exámenes del año anterior, porque en esas condiciones asistía a las clases sin entender con profundidad lo que se le estaba explicando. El carácter anual de las materias fue una de las causas de que en la época anterior se hubiera alargado el tiempo de cursado de las carreras.

También se establecieron los exámenes parciales, para hacer un seguimiento continuo de los conocimientos que se iban adquiriendo.

Queríamos tener una universidad de excelencia, con los mejores profesores, la mejor metodología de enseñanza y con investigación de avanzada. Y lo estábamos logrando.

Las becas de la Fundación Einstein

¿Qué tipo de becas se otorgaban?

Yo tenía a mi cargo la cátedra de Análisis I y no encontraba suficiente entusiasmo entre los alumnos. Traté de buscar las causas y encontré que el 65%, además de estudiar, tenía un trabajo para poder vivir. Eran ayudantes de cátedra, daban lecciones particulares o hacían otras tareas. Complementariamente estudiaban, daban exámenes y si eran inteligentes los aprobaban. Pero no estaban consagrados a aprender, que es lo que nosotros buscábamos. No queríamos clases académicas en las que el profesor expone y los alumnos escuchan, sino otra dinámica, abrir el diálogo, plantear problemas para que trataran de resolverlos, pensarán, consultaran.

Mi esposa, Cora Ratto, fue una mujer muy dinámica. Impulsó la formación de una fundación para otorgar becas a los buenos alumnos que tuvieran mayores necesidades económicas. Así nació la Fundación Alberto Einstein, sostenida económicamente por algunos empresarios y otras personas.

Tuvimos dificultades desde el principio. Cuando pedimos la personería jurídica nos objetaron la presencia de Cora Ratto, que había tenido una actuación destacada en organizaciones de izquierda anti nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco simpatizaba a las autoridades mi nombre y el de otras personas que habían militado en la izquierda. El informe policial fue que la Fundación era peligrosa y nos negaron la personería jurídica. Muchos de los que nos ayudaron al principio se retiraron, pero dos personas, Ballester y Fischer, siguieron apoyándonos.

¿Cómo se evaluaba a los aspirantes?

Tomábamos un examen oral. A veces yo les preguntaba: “¿Usted fue en estos días al cine? Cuente la película”. Según la respuesta del estudiante sobre la elección de la película y sus opiniones, obtenía pistas acerca de su forma de razonar, de sus intereses, de su cultura general. El tema no tenía relación directa con las matemáticas pero sí con las posibilidades de llegar a ser un buen profesor o investigador. Rodolfo Busch, un profesor destacado que integraba la comisión de evaluación, encontraba graciosa la forma en que yo hacía la evaluación. Lo cierto es que los alumnos becados rindieron más allá de nuestras expectativas. A ninguno le fue mal. Así mostramos que se podían hacer otras cosas que las estrictamente oficiales si el presupuesto, como pasa siempre, está por debajo de las necesidades.

Había profesores que actuaban como tutores de los alumnos becados, se preocupaban de que la biblioteca de la facultad tuviera los libros más importantes para seguir sus estudios, estaban al tanto de las fechas de los parciales, de cómo les había ido, de qué dificultades tenían. Eran realmente tutores como los de las universidades inglesas.

Estas becas facilitaron los estudios sobre todo a los que tenían vocación por las matemáticas, ya que en general el estudiantado se inclinaba más por química o física, que daban una salida laboral más segura. Fue notable el incremento del interés por matemáticas.

La orientación que implementamos hizo que los cursos de primer año fueran fáciles, o menos difíciles. Los estudiantes percibieron el cambio: ya no tenían profesores que repetían siempre un libro de texto o que hacían aprender de memoria demostraciones que ellos mismos no lograban explicar comprensiblemente.

Este nuevo enfoque hizo ver que parte del problema en Ciencias Exactas y quizás en otras facultades había sido la falta

de profesores que despertaran vocaciones. La mayor parte de los alumnos seguía Química, un poco por inercia o por tradición, hasta que llegaron profesores jóvenes, como Juan José Giambaggi, Carlos Varsavsky y Juan Roederer en Física, que cambiaron la tónica de la carrera. Fue un éxito muy grande.

El Instituto de Cálculo

¿Cómo surgió el Instituto de Cálculo?

En general, los matemáticos están más interesados en la teoría, en las demostraciones y en los teoremas difíciles. Cuanto más materia gris usaran y menos cálculos, mejor para ellos. Yo fui el único en esa época que se interesó en el cálculo.

En aquellos años se empezaba a hablar del alcance de la cibernética, y había gente que creía que se podían hacer aparatos o entes artificiales que imitaran la mente humana. El director del Instituto de Neurología del Hospital Francés, Alfredo Thompson, me pidió que escribiera un artículo sobre cibernética para una revista que él dirigía. En ese artículo expliqué que, efectivamente, se habían construido aparatos capaces de hacer complicadas operaciones matemáticas, pero que si al comando de la máquina no había un ser humano que manejara un teclado, la operación no se podía hacer, como tampoco se podía hacer sin el trabajo de los ingenieros o técnicos que la habían diseñado, construido y programado.

Una cosa es el cálculo automático, mecánico o electrónico, para el cual se diseñan máquinas poderosísimas, y otra es el ser humano que concibe, construye y maneja esas máquinas. Es él quien piensa y a él es a quien hay que cultivar. Desarrollé esa idea en aquel artículo y luego en otras publicaciones.

Alrededor de 1960 tuvimos la idea de proyectar un Instituto de Cálculo en la Facultad de Ciencias Exactas. Cuando se creó oficialmente, en 1962, fui designado director.

Rolando García, además de Decano, era Vicepresidente del CONICET, institución creada en 1958 y que tenía recursos económicos importantes, debido al interés del presidente Arturo Frondizi por el desarrollo científico. Vimos entonces la posibilidad de solicitar una partida de fondos para comprar una computadora. Sabíamos que el monto necesario podía llegar a los 400.000 dólares, cifra que casi le provoca un síncope al Dr. Houssay, presidente del CONICET. Por suerte, contamos con el apoyo de Eduardo Braun Menéndez, quien no sólo era un excelente investigador sino también hombre muy culto y de gran iniciativa, con criterios modernos. Él apoyó el pedido junto con Rolando García, se llamó a concurso y ganó una computadora inglesa marca Mercury.

Fue realmente fabuloso que se dedicara tanto dinero a la compra de la computadora. Tuvimos que preparar a las personas que la manejarían. Algunos trabajaron junto al ingeniero Ciancaglino, quien estaba armando su propia computadora y finalmente lo hizo. Aunque era una máquina muy primaria que solamente podía sumar, ese proyecto sirvió para adiestrar a varias personas, entre ellos a los ingenieros Jonás Pajuk y Oscar Mattiussi, quienes fueron becados a Manchester, la ciudad inglesa donde se estaba construyendo la Mercury. Allí observaron los detalles de armado y configuración de la máquina. Ambos eran muy inteligentes y cuando volvieron fueron una gran ayuda.

¿Cuáles fueron sus impresiones cuando llegó la máquina?

Fue la culminación de la primera etapa de una aventura muy linda y emocionante. En esa época todas las computadoras funcionaban con válvulas; todavía no existían los transistores. En este caso, debido a su gran capacidad de cálculo para lo que era usual entonces, se necesitaban muchas válvulas. La má-

quina era muy grande: medía dieciocho metros de largo. La llamábamos Clementina, porque emitía un sonido modulado que reproducía el tema de jazz Clementine. Tiempo después, la programaron para que también interpretara un tango, pero la computadora ya era conocida como Clementina, y así se la siguió llamando.

Los investigadores de las distintas áreas, físicos, químicos, sociólogos y otros, se dieron cuenta de la ayuda que significaba la computadora para sus cálculos. Su lenguaje original se llamaba *Autocode*, y dimos cursos incluso para gente del interior, de La Plata, Córdoba, Salta, Bahía Blanca y también del Uruguay. Esto último me brindó conexiones útiles cuando tuve que renunciar a la UBA en 1966, después de la Noche de los Bastones Largos.

¿Qué papel jugó el equipo humano que trabajaba con la Mercury?

El Instituto de Cálculo llegó a tener unas cien personas. Si bien al comienzo se trabajaba solamente en horarios diurnos, con el tiempo hubo grupos que trabajaban de noche. Eso solucionó algunos problemas de relación, ya que, como en todo grupo humano, había gente de carácter difícil. Cuando detecté que existían conflictos, sugerí que algunos hicieran el horario de 22 a 6, lo cual no sólo evitó los roces sino que permitió un aprovechamiento mayor de la computadora. Una de las personas que trabajaban de noche, perteneciente al grupo de Sistemas de Programación, utilizando unos pizarrones enormes inventó un lenguaje nuevo. Entonces la computadora podía utilizarse no sólo con el lenguaje que nos mandaron los ingleses sino con este otro, que se llamaba COMIC (Compilador del Instituto de Cálculo). Se dice actualmente que una computadora le ganó a Kasparov jugando al ajedrez. No es así. El que ganó fue un equipo humano, fabulosamente grande y de gran preparación,

que analizó perfectamente las jugadas de Kasparov y sus puntos débiles. Esa información vertida a la computadora fue la que le permitió ganar.

Algo parecido ocurrió en el Instituto de Cálculo, que fue un precursor de la computación en la Argentina. Existió un brillante grupo humano que supo utilizar las potencialidades de una poderosa máquina.

No sólo se realizaban tareas para la Universidad. También se prestaron servicios para otras instituciones estatales. Se abrió un abanico muy grande de posibilidades.

El grupo de Economía Matemática, que dirigió el doctor Oscar Varsavsky, tuvo carácter interdisciplinario, incluyendo a matemáticos, economistas, sociólogos y estadísticos. Elaboró dos modelos económicos, el Meic-0 y el Meic-1.

El grupo de Investigación Operativa se inició con el estudio del aprovechamiento de los ríos andinos por el método de modelos numéricos. Este estudio fue propuesto al Instituto de Cálculo por la Comisión Mixta del Consejo Federal de Inversiones (CFI) y la CEPAL. La dirección del trabajo estuvo a cargo de O. Varsavsky y J. Aráoz y fue uno de los primeros casos en el mundo de aplicación de la experimentación numérica al análisis de sistemas dinámicos complejos.

En el grupo de Estadística, con la dirección del profesor Sigfrido Mazza, se hicieron estudios para INTA, YPF, CONADE, Entel, Instituto Nacional de la Salud, Instituto de Sociología y otros. En el caso del INTA se trató de una colaboración permanente.

El grupo de Mecánica Aplicada, dirigido por el ingeniero Mario H. Gradowczyk, realizó trabajos sobre mecánica del sólido y mecánica de fluidos, en este último caso la erosión y el transporte de material de fondo en canales y cauces naturales, y en problemas inestacionarios en tuberías, en colaboración con Agua y Energía de la Nación.

El grupo de Análisis Numérico, bajo la dirección del ingeniero Pedro Zadunaisky, estudió la resolución de ecuaciones diferenciales relativas al cálculo de órbitas en mecánica celeste.

La sección de Lingüística Computacional, dirigida por la ingeniera Eugenia Fisher, encaró problemas de traducción automática y de estructura de la lengua española, en colaboración con la cátedra de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el Instituto Radiotécnico de Tucumán y el Instituto Matemático de Bahía Blanca, con el asesoramiento del profesor B. Vauquois, de la Universidad de Grenoble, Francia.

El grupo de Ingeniería Electrónica, dirigido por el ingeniero J. Pajuk, tuvo como primera y primordial tarea asegurar el funcionamiento del equipo Mercury, pero su trabajo excedió esos marcos. Entre otras tareas, diseñó un convertidor analógico-digital destinado al análisis de datos de origen neurológico del grupo de investigación del Hospital de Niños dirigido por el profesor Raúl Carrea.

También pudimos mandar técnicos y profesionales a perfeccionarse a Inglaterra y a EEUU, con becas del Consejo de Investigaciones. Fue una época brillante para el desarrollo de la matemática y de la tecnología al servicio del cálculo, que lamentablemente se frustró con el golpe militar de 1966.

La jerarquización de la enseñanza

ANA MARÍA BARRENECHEA



En esta entrevista, Ana María Barrenechea nos cuenta parte de su trayectoria en la Facultad de Filosofía y Letras a partir de 1958 y hasta 1966. Desde la cátedra de Gramática, acompañada por jefes de trabajos prácticos del nivel de Ofelia Kovacci y Enrique Pezzoni, enseñó a sus alumnos a indagar, preguntar, investigar. A conocer de un autor sus propios textos y también los vinculados a su obra. Los

estudiantes dejaron de utilizar apuntes y desaparecieron de los alrededores de la facultad las casas destinadas a venderlos.

Cesanteada por el régimen peronista, Ana María Barrenechea partió a EEUU de Norte América con una beca del Bryn Mawr College, donde, en 1956, obtuvo el Ph. D. en Literatura. En ese momento ya habían comenzado profundos cambios en la Universidad de Buenos Aires. En 1958 luego de una rica experiencia en el Colegio de Mexico bajo la dirección de Alfonso Reyes y de haber publicado “La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges”, ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras en la doble función de profesora de Gramática Castellana e Introducción a la Literatura y de Directora del Instituto de Filología.

Durante varios años, hasta 1966, buscará incansablemente ubicarse y ubicar a discípulos y colaboradores a la vanguardia del conocimiento. El avasallamiento de la Universidad por las fuerzas armadas dirigidas por el general Onganía la lleva a renunciar a sus cargos. En el extranjero, otras universidades se beneficiarán con su presencia. Recibe el reconocimiento in-

ternacional a través de premios y cargos otorgados en Academias y Sociedades de Lingüística que culminan con el nombramiento de Presidente de Honor de la Sociedad Internacional de Hispanística en el año 1980.

Es profesora emérita de la Universidad de Buenos Aires desde 1984. Ha formado a muchos y destacados discípulos, como lo atestiguan los numerosos trabajos de tesis que ha supervisado o dirigido.

A su despacho de Directora del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso, donde nos recibió cálidamente rodeada por libros y fotografías de los que fueron sus maestros, acuden, con sus carpetas, investigadores que desean consultar la opinión de la doctora Anita Barrenechea, como la llaman con respetuoso cariño.

¿Cómo fue su reingreso a la Universidad de Buenos Aires después de 1955?

Luego de haberme formado en Buenos Aires con Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña en el Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González” en la década de 1940, fui cesanteadada por el gobierno peronista. Estuve dos años en EEUU hasta que, en 1955, defendí mi tesis doctoral sobre “La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges” en el Bryn Mawr College de Filadelfia.

Volví a Buenos Aires después de la caída del gobierno peronista, cuando se retornaba al funcionamiento democrático de la Universidad y a la jerarquización de la enseñanza.

En ese momento el Rector Interventor era José Luis Romero y el Decano de Filosofía y Letras era Alberto Salas, un hombre excepcional en todo sentido. Había estudiado, creo, Antropología y posteriormente Historia. En esas épocas fatales anteriores al año 1955 no quiso formar parte del plantel docente de la Facultad y quedó solamente como profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí dictaba Historia Nacional, hasta que fue nombrado Decano por el Rector Romero.

¿Qué cátedra ocupó usted en ese momento?

Se acababa de crear la cátedra de Gramática, que cumplía la función de ser una Introducción al Estudio de la Lengua. Ya

existían las cátedras de Introducción a la Literatura, dictada por José María Monner Sans, de Introducción a la Historia e Introducción a la Filosofía, pero era imprescindible una cátedra de Gramática para estudiar lenguas clásicas y para poder traducir las obras en griego y en latín, que figuraban en los planes de estudio y eran muchas. Una vez que fui designada profesora, elaboré el programa del curso basándome en la experiencia adquirida con Amado Alonso, con Pedro Henríquez Ureña, y también con Raimundo y María Rosa Lida en la década anterior.

El curso de Gramática, a pesar de que no era obligatorio para todas las carreras, como lo eran las Introducciones, tenía 80 alumnos que asistían a las clases del profesor titular. Una resolución del Consejo Superior de la Universidad impuso, en abril de 1958, concursos para proveer cargos de auxiliares docentes. Cada vez más se privilegió la investigación, las publicaciones en revistas especializadas y se enriqueció el plantel docente, con jefes de trabajos prácticos del nivel de Ofelia Kovacci, Mabel M. de Rosetti y Enrique Pezzoni, entre otros.

Es importante destacar que los estudiantes dejaron de utilizar los apuntes como material de estudio y, como símbolo de ese cambio, desaparecieron las numerosas casas que se dedicaban a venderlos en los alrededores de la Facultad. La nueva orientación de la enseñanza exigía estudiar por libros, ya que los programas se adaptaban a nuevas corrientes que solamente podían consultarse en textos. Yo daba los modelos gramaticales fundamentales tal como los había desarrollado Amado Alonso, pero los iba enriqueciendo con nuevos aportes.

¿Cuáles eran esos nuevos enfoques?

En ese momento ya se conocían las obras de Ferdinand de Saussure y lingüistas posteriores como los de la escuela de Praga. Viajé a EEUU y a Oxford cuando se fundó la Asociación In-

ternacional de Hispanistas en 1962, donde me relacioné con otros teóricos del lenguaje y participé en varias discusiones que se habían presentado en el Congreso Internacional de Lingüística en EEUU. Después pasé un mes en Copenhague con el grupo de Louis Hjelmslev. Cuando volví pude volcar acá los conocimientos adquiridos sobre las corrientes modernas. Eran momentos de mucho cambio en lo que respecta al enfoque de la gramática, y el contacto directo a nivel internacional resultaba muy necesario.

También tuve a mi cargo, desde 1958, la dirección del Instituto de Filología y comencé a dictar clases en otra materia: Introducción a la Literatura. Esa cátedra estaba a cargo de José María Monner Sans, pero los alumnos eran aun más numerosos que en el curso de Gramática y solicitaron que se dividiera, para tener mayor posibilidad de asistir a las clases teóricas.

En Introducción a la Literatura se estudiaban autores en lengua española y se consideró un buen criterio tratar también autores de otras lenguas, siempre que existieran buenas traducciones.

Se elegían las mejores ediciones, con notas bibliográficas en caso de que las hubiera. Los alumnos aprendieron que no se podía opinar sobre un escritor si no se habían leído cuidadosamente sus textos, y –aunque esto parezca obvio– no solamente sus propios textos sino los vinculados con su obra. Cuando dimos Cervantes pensé que era necesario conocer bien los libros de caballería en los cuales se basa la historia de Don Quijote. De modo que acudí a José Luis Romero para que me ayudara a conocer mejor la historia de la institución y la literatura caballeresca. Y se insistió mucho para que los estudiantes hicieran investigación personal como forma de cumplir plenamente los objetivos del curso.

Cuando me consultaron acerca de la organización de la biblioteca, aproveché la experiencia que había adquirido en

EEUU, en cuyas bibliotecas había una sección donde se podían consultar las últimas publicaciones recibidas de cualquier especialidad. Además decidimos comprar revistas que no fueran puramente técnicas, por ejemplo *Sur*, y publicaciones europeas en diversas lenguas, para que aquellos que estuvieran estudiando esas lenguas pudieran acceder a los artículos que les interesaran.

¿Ese material estaba al alcance de los estudiantes?

Así es, aunque no se podían llevar las revistas a sus casas. Por otra parte, cada año cambiábamos los autores y los textos, con lo cual nos obligábamos a profundizar nuestro propio conocimiento. Recuerdo que un año introduje el comentario de los salmos de la Biblia, un tema que nunca se había tomado previamente. Para informarme fui al seminario de Villa Devoto, revisé la biblioteca, encontré biblias comentadas muy interesantes que fueron utilizadas para este trabajo, y recurrí a un especialista, el profesor de historia Ros.

También tomábamos autores en otras lenguas, como el caso de Walt Whitman o Virginia Woolf, que estaba traducida por Borges, de manera que, aunque los alumnos no pudieran leerlos en la lengua original tenían una excelente versión en español.

¿Cómo era la recepción del alumnado?

Los cursos intentaban ser exigentes, aunque –como ahora– no eran obligatorias las clases teóricas de los profesores titulares pero sí los trabajos prácticos, donde los alumnos debían elaborar estudios sobre distintas obras. Yo había elegido a través de concursos a muy buenos jefes de trabajos prácticos. Entre ellos se destacaba Enrique Pezzoni, que era de muchísima uti-

lidad cuando tratábamos de basarnos en textos no traducidos, porque era un traductor excelente y rápido. De todas maneras se exigía el estudio de dos idiomas. A mitad de la carrera debía darse examen de uno y al final del otro. A esos cursos asistieron alumnos o egresados de otras facultades, como Abogacía, Farmacia, Ciencias Económicas.

¿Cuál era la orientación de la enseñanza?

En todas las materias se trataba de que los alumnos llegaran a conocer profundamente los textos. Se los estimulaba a ser inquisitivos, a indagar, investigar, preguntar. Ésa es mi filosofía, que era compartida por otros profesores. Los alumnos siguieron asistiendo a las clases de las Introducciones cuando dejaron de ser obligatorias, incluso alumnos de otras carreras de la Facultad y de otras facultades, a quienes les interesaba recibir una formación integral y decidieron aprovechar las clases en calidad de oyentes.

Al aumentar el número de profesores con dedicación exclusiva, ¿se favoreció la investigación, incorporándola como condición natural del profesorado?

Yo trabajé con dedicación exclusiva y efectivamente este régimen permite concentrarse en las tareas de investigación y por otro lado destinarle el tiempo necesario a la docencia. La introducción de esa modalidad de trabajo fue una de las características destacables de esa época.

Risieri Frondizi hizo mucho, también, por el mejor desempeño de la Universidad. Hasta 1966 fue un período extraordinario para la Universidad de Buenos Aires.

En Filosofía y Letras trabajaron investigadores muy importantes. Uno de ellos fue Gino Germani, que organizó la carrera de Sociología y posteriormente el Departamento, hacien-

do una intensa tarea de difusión de la sociología científica moderna. Por otro lado, también fue muy importante que José Luis Romero fundara el Instituto de Historia Social.

Además se dieron becas para estudiantes y para graduados, que en muchos casos nos permitían conectarnos con colegas del exterior. Yo tuve la posibilidad de hacer varios viajes a congresos internacionales, aprobados democráticamente por el Consejo de la Facultad y luego por el Consejo Superior Universitario. El tratamiento de todos los temas por el Consejo tenía la ventaja de ser un mecanismo democrático, aunque a la vez era también burocrático, algo lento en la toma de resoluciones, como sucede con todo cuerpo colegiado.

La frecuencia de viajes y asistencia a congresos, ¿era una tónica general en la Facultad?

Sí, y no se otorgaban subsidios de viajes en forma arbitraria. En general la condición necesaria para avalar el pedido era que el solicitante llevara un trabajo propio para presentar en el congreso.

Nos ocupamos también de cuestiones que eran una novedad para la época. Un caso interesante fue cuando junto con el Dr. Manuel Sadosky se intentó que la computadora del Instituto de Cálculo de la Facultad de Ciencias Exactas hiciera traducciones. El proyecto fracasó; ni aun hoy se pueden traducir textos literarios con computadora, pero la experiencia fue enriquecedora para todos. La idea era estar en la avanzada, en la renovación constante del conocimiento.

¿Cuál fue su actitud en el año '66, después del golpe de Onganía y la Noche de los Bastones Largos?

Renuncié. Y junto con algunos de los profesores renunciantes fuimos a trabajar en el Instituto de Ciencias de la Educación,

formado por Gilda Lamarque de Romero Brest y asociado al Instituto Di Tella. Recuerdo que entre todos pagábamos el alquiler del edificio. El proyecto no fue exitoso a pesar de que Gilda era una mujer inteligente y había logrado atraer a valiosos profesores jóvenes.

Después de 1966, en la Facultad se volvió a estudiar por apuntes, bajó el nivel de la enseñanza y se perdieron muchos de los avances que tanto había costado implementar durante el período anterior.

¿Usted tuvo participación en la política universitaria, como consejera o en alguna otra función de gobierno?

Sí, fui consejera. Recuerdo que una de las modificaciones importantes que se planearon fue la nueva reglamentación del doctorado, pues no existía en ese momento una reglamentación adecuada. El trabajo dependía demasiado de la elección del tema y del director. El Consejo de la Facultad decidió elaborarla y por un tiempo se suspendieron los trabajos de tesis. La reglamentación era realmente necesaria, pero como todo cambio trajo el inconveniente de que por un tiempo fueron muchos los que se tuvieron que ir al exterior a hacer su tesis. Resultó trabajoso acordar los nuevos criterios, pues era necesario coincidir con las representaciones de profesores, graduados y alumnos, y esto a veces resultaba difícil. La reglamentación finalmente se aprobó cuando yo ya no era consejera.

Seguramente fue difícil aprobarla porque se trataba de una época de mucha efervescencia política estudiantil.

Así es, en el Consejo, por ejemplo, se daban discusiones muy duras, muy largas, a veces hasta la madrugada, por temas como el cientificismo y los subsidios del exterior. Las ciencias

sociales se convirtieron en blanco preferido de esa lucha, sobre todo cuando el Departamento de Sociología obtuvo un subsidio de la Fundación Ford.

¿Cómo valora usted el tema de la autonomía universitaria?

A mí me parece sumamente importante la autonomía universitaria y también que la enseñanza sea estatal y no confesional. Cuando se discutió la educación libre o la laica estuve a favor de la enseñanza laica, un tipo de enseñanza en la que podíamos entrar todos. Yo soy católica practicante, pero opino que las creencias no deben ser impuestas, y que la educación se enriquece con la presencia de personas de diferentes creencias, siempre que sepan debatirlas. Eso fue lo que sucedió muy fructíferamente durante ese período. Creo que este aspecto de la no confesionalidad es importante, porque el intercambio intelectual entre personas de distintas clases sociales o de distintas ideologías permite llegar a una mejor comprensión del mundo, a un mejor desarrollo cultural, y eso es lo que se da en la enseñanza estatal. Pero una enseñanza estatal independiente del poder político. Ésa es la importancia de la autonomía.

La época más feliz de mi vida

GREGORIO KLIMOVSKY



“¿Cómo nombran profesores titulares a gente tan joven?”, preguntó agriamente uno de los “fósiles”. Y como durante la década que nos ocupa conoció el placer de pelear por lo que consideraba justo, Gregorio Klimovsky encontró rápidamente la respuesta: “No se preocupe –le dijo–, la juventud es una enfermedad que se pasa con el tiempo.” Hubo grandes cambios a nivel pedagógico y científico a los

que Klimovsky se refiere en esta entrevista que, como en el caso de la edad de los profesores titulares, no se pudieron implementar sino después de arduas discusiones en el Consejo Superior Universitario.

Nacido en 1922, Gregorio Klimovsky realizó estudios de Matemática en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA y fue discípulo, entre otros, de Julio Rey Pastor, Vicente Fatone y Misha Cottlar.

A principio de 1956 fue nombrado profesor adjunto interino de Fundamentos de las Matemáticas en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, y a partir de noviembre del mismo año profesor titular con dedicación exclusiva del Departamento de Matemática de la misma facultad, con especialización en lógica, álgebra y teoría de conjuntos.

Al año siguiente ganó el concurso correspondiente para el mismo cargo, en el cual se desempeñó hasta su renuncia en 1966.

Durante el período que abarca este libro dictó también cursos de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras y entre 1965 y 1966 fue Director Interino del Instituto de Filosofía, cargo al cual también renunció luego de la Noche de los Bastones Largos.

Fue miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales entre 1962 y 1964 y del Consejo Superior de la UBA en representación de la minoría profesoral entre 1964 y 1966.

Luego de la restauración democrática de 1983, fue elegido Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, cargo en el cual se desempeñó hasta 1987.

A partir de esos años fue profesor de Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras y de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales, de Lógica Matemática en el CAECE, y de Filosofía, Epistemología y Ética en el Instituto Universitario de Ciencias Biomédicas de la Fundación Favalaro.

Su postura en defensa de los derechos humanos lo llevó a ser uno de los integrantes de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP).

Dictó cursos en universidades de Chile, Venezuela, México y Uruguay.

En 1986 recibió el Premio Konex de Platino en Lógica y Filosofía de la Ciencia, en 1989 el Premio de la Internacional Psicoanalítica y en 1996 el Premio Konex de Brillante.

Publicó Las desventuras del conocimiento científico, Buenos Aires, 1994, y La inexplicable sociedad, Buenos Aires, 1998, este último en colaboración con Cecilia Hidalgo.

¿Qué aspectos le parecieron más destacables en la UBA entre 1955 y 1966?

Una de mis vocaciones es la ciencia y la otra, la filosófica, se dirige a comprender cómo funciona la ciencia. Esto, que siempre me resultó agradable, significa saber epistemológicamente cuándo una teoría es mejor que otra, cómo se comparan los conocimientos y qué estructura tienen.

Entre 1955 y 1966 yo me ocupaba principalmente de Lógica y de Lógica Matemática. Mi experiencia en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales me mostró que para alcanzar el conocimiento debe haber buenos profesores, pero también debe facilitarse el ingreso de los alumnos y organizar la Universidad de modo que sea posible atenderlos convenientemente.

La combinación de esas circunstancias me permitió descubrir que tenía también vocación pedagógica, lo cual me hizo sentir muy satisfecho. Los colegas, los alumnos, el funcionamiento de las cátedras y de la Universidad me resultaron fascinantes. Facilitaban el progreso de la ciencia, de la ciencia argentina especialmente.

Esa forma de organización estaba prevista en el estatuto universitario de 1957, que otorgaba un autocontrol y una efectividad asombrosos. Fue una revolución, que superó la decadencia de la universidad argentina anterior a 1955, y cuando se tiene vocación de cambio y de mejoramiento y se ve una revolución en dirección a lo que se piensa, uno se siente fascinado.

Esa etapa fue para mí una combinación de vocaciones, pues a la científica y a la pedagógica se sumó también una vocación política, con respecto a algo importante para el porvenir de un país: el desarrollo de su ciencia y su tecnología.

Dentro del cambio descomunal que se produjo en la UBA, y en particular en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, fui una combinación de pedagogo y de alumno, porque aprendí muchas cosas a partir de mis colegas, y tuve también mucho contacto con el estudiantado, cosa que resultaba fácil en aquel momento. De allí salieron una cantidad de discípulos, que ahora son ya veteranos colegas.

Trabajar de esa forma permite sentir la aventura de estar vivo. Mi recuerdo es que esos tiempos fueron los más felices y los más intensos de mi vida, porque le encontrábamos sentido a nuestra tarea. Había felicidad pero también mucho trabajo: estaba de por medio el mejoramiento científico de la Universidad.

Estuve en la Facultad de Ciencias Exactas y después en la de Filosofía. Los cambios que implementamos fueron grandes. La dedicación exclusiva de los profesores significaba que se hacía investigación científica. En la actualidad a veces se otorga la dedicación exclusiva para darle al profesor cierta ventaja económica y de ese modo permitir que se quede en la docencia, como cuando es necesario viajar desde Buenos Aires a universidades del interior, y si no se paga más que una dedicación simple ni siquiera se puede costear el transporte y la estadía. En cambio, en aquella época la dedicación exclusiva era muy exigente, con presentación de informes anuales sobre lo investigado y las innovaciones que se habían hecho, con quién se estaba en contacto, similares a los informes que exige el CONICET y que ahora va a exigir la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica.

Publiqué mucho en aquel entonces. No libros, sino *papers*, artículos científicos novedosos, que es en realidad lo que enorgullece a un científico. El libro viene después y resume lo que ya

se ha aportado, de modo que como dice acertadamente Kuhn, a veces publicar libros va en descrédito del valor científico-innovador. Eso puede parecer exagerado y no del todo justo, pero ocurre efectivamente.

La resistencia de los sectores conservadores

¿Existía consenso entre los diferentes sectores sobre las transformaciones que se realizaban?

No, las innovaciones eran muy resistidas por las viejas generaciones y por los grupos de poder conservadores. Se trataba de una batalla difícil y que finalmente perdimos en 1966, cuando la Universidad volvió atrás en gran cantidad de aspectos.

Entre 1955 y 1966 desarrollamos una gran capacidad persuasiva y combativa. Fui miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas primero y después del Consejo Superior y durante mi actuación encontré una faceta de mi existencia que antes no sospechaba y que era el placer de pelear por lo que consideraba justo y que todavía sigo considerando justo.

En el Consejo Superior había que pelear por las nuevas concepciones pedagógicas y científicas. Existía un grupo reaccionario bastante fuerte, que se oponía a algunas innovaciones, por ejemplo al gobierno integrado por profesores, graduados y alumnos. Se objetaba que la Universidad fuera democrática, que se diera su propio gobierno. Lo mismo frente a los cambios de programas, a la admisión de nuevos profesores jóvenes en lugar de algunas figuras un tanto añejas. Era un sector numeroso, y recuerdo algunas discusiones con Marco Aurelio Risolía, Decano de la Facultad de Derecho. Risolía se decía democrático y se enojaba cuando indirectamente lo poníamos en duda. Sin embargo, quedó demostrada su postura cuando, apenas producido el golpe de Onganía, aceptó inmediate-

te formar parte de la Suprema Corte de Justicia de la dictadura militar. Este tipo de posturas no nos permitía tener una vida tranquila dentro de la Universidad.

El ambiente general era bueno, existían discusiones y debates muy interesantes, pero que diferían mucho según de qué facultad se tratara. La Facultad de Derecho era un nido reaccionario y no quiso tomar en cuenta las innovaciones, sobre todo en materia de institutos de investigación. Desde hacía varias décadas, generalmente los institutos se reducían a una ordenanza de creación, el nombramiento de un director, el otorgamiento de un local y finalmente un pequeño presupuesto para producir alguna revista o publicación. Pero esto es muy poco. Sin equipamiento y sin un proyecto para formar nuevos investigadores e interesar a los alumnos esos institutos eran inservibles.

La Facultad de Derecho era uno de los casos extremos, porque había once institutos, que consistían en una pequeña habitación con una puerta y un mueble con algunos libros, clásicos en general y antiguos en particular, sin actualizaciones ni información moderna. Se aprobó una ordenanza que disolvía todos los institutos existentes en la Universidad y se los creaba nuevamente, con la condición de que reunieran ciertas características, muy serias y severas.

Entre los pocos institutos que quedaron estaba el Instituto de Investigaciones Médicas que dirigía Alfredo Lanari, al cual recuerdo con mucho cariño y como un ejemplo digno de tenerse en cuenta. Este cambio provocó mucha resistencia por parte de los viejos profesores, a quienes llamábamos “fósiles”.

Otro problema fue que la prensa generó un ambiente adverso a la Universidad. Mi opinión actual sobre muchos de los órganos periodísticos es diferente a la que tenía en aquella época, e incluso colaboro en algunos con los que entonces estaba enojado. Hubo una campaña dirigida contra algo a lo cual yo no le veo ningún inconveniente: que la Universidad era un nido de

actividades políticas. Decían que se trataba de grupos sectarios y que el país estaba amenazado. No se empleaba la palabra *subversión*, pero políticamente éramos vistos con mucha antipatía.

La confrontación se acentuaba porque sobre todo los estudiantes y los graduados, frente a problemas internacionales importantes, como por ejemplo la invasión a Santo Domingo, hacían declaraciones muy fuertes. Los sectores universitarios que seguían la tradición, y que eran bastante grandes, se enojaban mucho y los diarios también. Uno de los más agresivos fue *La Nación*, que creo que hoy no tendría una actitud de ese tipo.

De modo que en el Consejo Superior teníamos que luchar primero por la cultura y por la ciencia, segundo por la estructura democrática de la Universidad y tercero por su función social, tanto desde el punto de vista político como de los trabajos que encarábamos. Un ejemplo fue el proyecto de la Isla Maciel, que provocó bastante oposición interna y una gran polémica. Se trataba de una investigación global sobre sus habitantes y sobre su organización social, para implementar medidas que favorecieran su nivel de vida. Incluso se aconsejó que formaran corporaciones, dándoles conciencia de sus defectos y de sus necesidades.

Otra cuestión que produjo paradójicamente muchas dificultades y enemistades fue la creación de Eudeba, la Editorial Universitaria de Buenos Aires, que fue una de las obras más importantes que encaró la UBA en esa época.

Eudeba publicaba libros científicos, vinculados con los programas de las materias, a precios muy baratos. Recuerdo el libro de química de Hiller, un volumen muy grueso impreso en papel rústico, que era una compilación de contribuciones científicas de punta y se vendía a un precio irrisorio comparado con libros similares. Además había colecciones, no solamente de maravillosa divulgación científica sino de rescate de la cultura argentina a partir de sus grandes contribuciones. Recuerdo la colección del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, en la

cual se publicaron textos de primera línea, los libros de Sarmiento y otros de fama comparable.

Las editoriales formales se sintieron muy enojadas, porque tenían un competidor descomunal tanto desde el punto de vista cultural como desde el punto de vista económico. Internamente, tuvimos mucha oposición por parte de los que irrespetuosamente llamé “los fósiles”, respetables por la antigüedad y porque a veces tenían su valor, pero con el inconveniente de que estaban científica y académicamente muertos. También en este caso Risolía era el campeón de las objeciones. Luchar contra ellos era realmente difícil.

Una innovación revolucionaria en los contenidos científicos

¿Cuáles considera usted que fueron las mayores innovaciones de esa época en materia de contenidos científicos?

Durante el gobierno peronista, la Universidad tenía una estructura y un funcionamiento muy rígidos, y aun desde antes el nombramiento de los profesores estaba en manos del Poder Ejecutivo. En algunos casos, la Universidad podía proponer una terna de candidatos, pero quien tenía la última palabra para elegir al profesor era el Poder Ejecutivo.

Esto pasaba también en Italia después de la Segunda Guerra Mundial. Miembros del Ministerio de Justicia o de la presidencia nombraban los profesores, lo cual no sólo está condicionado por las influencias políticas sino que en general lleva al nombramiento de gente de edad avanzada, de modo que se asegura una composición conservadora del profesorado.

Durante el peronismo la cuestión fue más delicada aun, porque para ser profesor lo primero que se necesitaba era estar afiliado al partido peronista. Recuerdo a un profesor de Físico-química de la Facultad de Medicina que llegó a decir cosas que son una vergüenza desde el punto de vista científico. Atribuyó falsamente a la ley de Boyle-Mariotte un enunciado muy pin-

toresco: “si aquí tenemos un recipiente que tiene tal presión y tal volumen y allí tenemos otro que tiene tales otras, el producto de la presión por el volumen de ambos es constante”, lo cual es falso porque se está atribuyendo esa propiedad a dos recipientes que nada tienen que ver entre sí.

Esto resulta inimaginable, pero lo dijo uno de los “distinguidos” profesores que había sido nombrado durante el peronismo.

Una de las transformaciones que permitieron llegar a lo que me gusta llamar “nuestra universidad”, a partir de los rectorados de José Luis Romero y de Alejandro Ceballos, fue que los profesores fueran nombrados por la propia Universidad, lo cual es un punto de partida para asegurar el elevamiento de los contenidos científicos.

Con esto comenzó un proceso de autonomía que alcanzó a todo el funcionamiento universitario. Así quedó establecido en el estatuto aprobado en 1957, para cuyos autores Eduardo Braun Menéndez pidió un voto de aplauso en la Asamblea Universitaria.

Otro punto son los programas de las materias, que hasta 1955 y aun en el ‘56 o ‘57, eran muy elementales y atrasados. Algunos habían quedado estancados en 1930 desde el punto de vista de la historia científica. Allí empezó otra guerra importante: la de modernizarlos.

También en Italia, poco después de la Segunda Guerra Mundial, los programas de estudio tenían que ser aprobados por el Parlamento, y se daban situaciones curiosas. Estaba naciendo la computación y había que preparar programas de lógica matemática, de lógica moderna. Los profesores de Filosofía se resistían: “nada de esas pavadas modernas; la lógica la hizo Aristóteles y hay que enseñar lógica aristotélica”.

Los estudiantes e investigadores de computación tenían que aprender el silogismo aristotélico, que no deja de ser interesante, pero que no tiene nada que ver con la teoría de la pro-

gramación científica ni con los diseños de circuitos, para lo cual se necesita otra lógica.

En el Parlamento italiano tenían mayoría los que no conocían los temas modernos, de modo que ganaron los aristotélicos. Menciono este ejemplo para avalar la idea de que la aprobación de los programas de estudio por el Consejo Superior Universitario fue un progreso realmente extraordinario.

Otro factor para la revolución en los contenidos fue que muchos estudiantes avanzados o graduados habían conseguido becas en el extranjero y volvían conociendo el estado de punta de la investigación científica. Propusimos a muchos de ellos como profesores, por ejemplo Nora Cohen y otros que tenían entre 27 y 30 años, lo cual permitía incorporar las novedades y producía una gran frescura en la relación con los estudiantes. Esto fue muy resistido. Nos decían: ¿cómo nombrar chiquilines como profesores titulares?

Recuerdo un diálogo con Francisco Laplaza, el Decano de Derecho anterior a Risolía, que protestó durante una reunión del Consejo Superior, diciendo que era inusitado que nombráramos gente tan joven. Yo le respondí que no se preocupara, porque la juventud es una enfermedad que se pasa con el tiempo; la gente que la padece se cura sola.

Por otro lado, encontramos las bibliotecas en un estado lamentable. Fueron modernizadas, para lo cual contribuyó también el CONICET luego de su fundación en 1958.

Con ese tema tuvimos algunos conflictos, porque la *Fundación Ford* y ciertos sectores de la administración norteamericana hicieron donaciones o concedieron subsidios para comprar libros. Esto no fue bien visto por los estudiantes, que decían que era una penetración ideológica.

En la Facultad de Ciencias Exactas se realizó una exposición del libro norteamericano. Estudiantes violaron las puertas y destruyeron los libros. Esto muestra cómo a veces el fanatismo apresurado comete las mismas barbaridades que después

cometió la dictadura de Onganía y el Proceso, cuando quemaron decenas o centenares de miles de libros.

Otro adelanto científico fue el de las donaciones que hicieron muchos organismos y el CONICET para comprar instrumentos nuevos. Este tema es siempre problemático, porque aparecen cada vez más instrumentos de avanzada que están ligados a nuevas técnicas del desarrollo científico. Mi opinión personal, que no todos comparten, es que las fábricas de instrumentos de precisión promueven la moda de comprarlos porque ése es su negocio.

También quiero mencionar que el programa de becas estudiantiles permitió que mucha gente pudiera financiar sus estudios. Eso también tuvo que ver con el progreso científico, porque gente de enormes condiciones, y recuerdo varios alumnos que fueron discípulos míos, pudieron hacer su carrera gracias a las becas y llegaron a ser profesores universitarios. Algunos de ellos, desgraciadamente, son profesores distinguidos pero de universidades de otros lugares del mundo. Aunque la humanidad es una sola; si se enseña y se trabaja por la ciencia en otro sitio eso también es válido, pero como argentino me rebelo ante el hecho de que gente que podría ejercer una gran influencia aquí deba irse al extranjero.

Además, había becas para que graduados jóvenes estudiaran en el extranjero o se perfeccionaran dentro del país. Los que regresaban del exterior cambiaban los programas y formaban nuevos grupos, aunque yo no siempre estaba contento con lo que pasaba, porque esos graduados se basaban en los modelos europeos y norteamericanos de universidad, nada aconsejables a veces para las necesidades de Argentina. Eso llevó a cambios ideológicos, pues por ejemplo algunos que eran poco menos que dirigentes reformistas se graduaban, recibían una beca, se iban a Europa o a EEUU y volvían como reaccionarios, creyendo que la investigación y el funcionamiento universitario tenían que ser iguales que allá.

La magnitud de los cambios que he descripto lleva a concluir que estábamos haciendo una revolución científica y la Facultad de Ciencias Exactas es un ejemplo paradigmático de aquella época. Cuando se decía que estábamos en una edad de oro no exagerábamos, porque la situación universitaria era muy diferente a lo que existía antes y a lo que existiría después. Durante las dictaduras militares todo eso fue deshecho.

En la actualidad en cierta medida se ha recuperado algo, pero hay menos presupuesto y existen muchos problemas. Por ejemplo, recientemente, junto con un colaborador, tuvimos que publicar un librito con las investigaciones y comunicaciones de uno de los grupos subsidiados por la Universidad, y pagamos de nuestro bolsillo la mitad del costo de la impresión, porque Eudeba no tenía fondos.

La inversión anterior a 1966 para formar graduados fue uno de los factores clave.

He mencionado algunos de los puntos que considero más significativos. Hay otras cosas, aunque no sean tan básicas. Por ejemplo, en algunas facultades se instituyó la organización departamental, lo cual también fue una revolución e indignó a algunos de los ya mencionados “fósiles”, porque rompía la tradición de que las cátedras son feudos.

En Ciencias Exactas el claustro de los profesores, graduados y alumnos se reunía al principio de cada semestre para determinar qué materias se iban a dictar y quién se iba a hacer cargo dentro del Departamento de dictar cada materia, lo cual era muy interesante, porque los docentes podían cambiar cada semestre.

Otro punto que tiene que ver con el nivel científico fue que se invitaba a profesores extranjeros de primera línea. Recuerdo en Matemática al francés Laurent Schwartz, que fue uno de los propulsores del Análisis Funcional, una parte de la Matemática que se aplica mucho para la teoría cuántica. Este

profesor vino a Buenos Aires y pudimos conocer lo que estaba aportando en ese momento a la ciencia. Si estos profesores venían por un semestre, podían dictar una de las materias del departamento. Por ejemplo, Análisis Matemático III fue dictada por Laurent Schwartz.

El gobierno tripartito

La forma de gobierno que se instituyó en esos años, ¿permitió un funcionamiento democrático de la Universidad?

A pesar de que se la acusaba de estar politizada, no había en la Universidad organizaciones estudiantiles que correspondieran, como ahora, cada una a un partido político diferente, como Franja Morada o Socialismo Popular. Lo que había eran reformistas y antirreformistas y se trabajaba de consuno, independientemente de la pertenencia partidaria. Esto le daba mucha fuerza al movimiento estudiantil.

Actualmente la FUBA y la FUA son bastante fuertes y pluralistas, pero en general los estudiantes están muy divididos y eso les resta fuerza para decidir cambios progresistas.

La organización tripartita del gobierno universitario no era de origen reformista como suele decirse. En 1918 se habló de una representación estudiantil, pero no era muy significativa. La forma en que la conocemos ahora se consiguió después.

Por su parte, la intervención de los graduados no estaba en los primeros programas reformistas. Apareció en Uruguay y después se incorporó acá. Desde el punto de vista teórico, aunque no siempre del práctico, esta forma de gobierno estaba muy bien. Los estudiantes podían opinar y decidir, como usuarios, y los graduados podían opinar sobre en qué medida lo que se les había enseñado correspondía a las necesidades de su profesión.

En el Consejo Superior había cinco representantes de los alumnos, cinco de los profesores, cinco de los graduados, y

además, los decanos, con lo cual los profesores tenían una representación fuerte. Sin embargo, los “fósiles” estaban en contra. ¿Cómo los estudiantes iban a opinar sobre el nombramiento de los profesores y sobre los planes de estudio?

Pero, justamente, en esa época que yo amo tanto, lo progresista, lo nuevo, se conseguía gracias a intervenciones bastante decisorias de los estudiantes. Un poco menos influían los graduados y también los profesores, generalmente a través de las minorías, como correspondía por la distribución de edades predominante entre quienes eran elegidos para los consejos. La forma en que estaban integrados sus órganos de gobierno daba a la fisonomía de la Universidad un aspecto totalmente distinto al tradicional.

Fui representante de los profesores hasta el golpe del '66. Los programas y los proyectos eran muy estudiados. Existió una Comisión de Enseñanza, de la que formé parte, integrada por miembros del Consejo Superior, donde se discutían los planes de investigación, los nombramientos, los antecedentes. Para cada nombramiento había que fundamentar por qué uno de los postulantes tenía mejores antecedentes que otro y qué valor tenían sus contribuciones a la ciencia. Antes, los nombramientos se fundamentaban únicamente por el prestigio, la edad y los antecedentes docentes. En el estatuto universitario se estableció que no se consideraba un antecedente especial la acumulación de cargos docentes. Lo que contaba era la investigación, la labor universitaria, la formación de discípulos.

Los centros de estudiantes eran muy fuertes y organizaban actividades culturales, que en cierto modo se retomaron en 1983, después de la dictadura militar.

Antes de 1966 había numerosas conferencias y mesas redondas, donde se discutían los programas de estudio, el nombramiento de profesores, el gobierno universitario o cuestiones de política. Había mucha política, pero enfocada como lo planteaba el estatuto universitario: la Universidad es un órgano de

discusión política, pero hecha desde un punto de vista objetivo y científico.

Es difícil deslindar exactamente cuándo esto es así o no, pero esa definición era realmente importante. La Universidad en aquel momento desempeñó un papel muy útil de preparación psicológica y cultural para formar funcionarios de gobierno, porque allí se aprendía a discutir los problemas, analizándolos. Independientemente de lo que pueda juzgarse sobre los méritos de algunos que se dedicaron luego a la política, era un aprendizaje para los egresados de la Universidad.

Sin embargo, faltaban algunas cosas, porque creo que el gobierno de una sociedad democrática no puede estar solamente en manos de un sector peculiar como la Universidad. También hubiera sido interesante, como en su momento se dio en otras universidades, por ejemplo la del Comahue, que hubiera una representación gremial en el gobierno. Con la salvedad de que el estatuto universitario debería establecer que ellos no tendrían que opinar sobre programas de estudio y nombramiento de profesores. Ése es el defecto que vi en el Comahue: algunas innovaciones en planes de estudio y en los nombramientos fueron un tanto perdidas por culpa de la representación gremial, que en el fondo por razones de conveniencia eran algo así como siervos del Decano.

La relación de la Universidad con la política y con la sociedad

¿Cómo se dio la relación con el medio social y con los grandes acontecimientos de la política nacional e internacional?

Existía un convencimiento según el cual una de las funciones de la Universidad era la de influir en la estructura social del país del cual formaba parte y ser un órgano de cambio social. Lo dice explícitamente aquel estatuto universitario.

Se daban cursos y se orientaba con respecto a esas cuestiones, lo cual era una actividad de los estudiantes y de los gra-

duados, pero también se daban cursos de posgrado sobre esos temas. Había investigadores que se ocupaban de política y de temas sociales o culturales tales como el que mencioné sobre la Isla Maciel o sobre los libros de Eudeba. Esa actitud también fue innovadora y nos costó cara en su momento.

Las diferencias entre las facultades

Los que usted llama “fósiles” no estaban solamente en la Facultad de Derecho. Por ejemplo los había en Medicina y en Farmacia, donde, por temor a los docentes de Ciencias Exactas, un sector de los profesores aseguraba que la Física para farmacéuticos sólo la saben los farmacéuticos. ¿Cómo influían estas heterogeneidades sobre las iniciativas innovadoras?

Los representantes de los profesores y los decanos estaban un poco divididos en bandos. Derecho era un caso extremo, pero no era mucho mejor Medicina, donde había gente a la que yo respetaba por sus méritos, pero que se acoplaba generalmente a las mociones de la Facultad de Derecho, como el caso de Osvaldo Fustinoni, a quien aprecio bastante y creo que es un hombre de sobrados méritos, pero con quien me enfrenté varias veces.

La Facultad de Agronomía era también difícil, porque en general en aquel entonces los alumnos típicos eran los hijos de los estancieros o representantes de ese sector de la sociedad.

Durante ese período, cosa que después no sucedió, otra Facultad con la cual a veces teníamos problemas era Arquitectura. De manera que las discusiones internas hacían que las cosas no fueran ni automáticas ni fáciles.

¿Ustedes consiguieron irradiar desde Ciencias Exactas criterios innovadores que contrarrestaran el interés puramente profesionalista de facultades como Medicina, Abogacía y Farmacia?

Las posturas dependían mucho de cada persona. Desde cierto punto de vista, Braun Menéndez era un hombre reaccionario,

por su pertenencia social, por ser él y su familia muy católicos y por su cercanía a la Universidad Católica de Buenos Aires. Sin embargo, desde el punto de vista científico y del funcionamiento democrático serio de la Universidad, fue una persona con la que se podía contar incondicionalmente. Muchas veces su intervención en las discusiones enojosas fue decisiva. Influyó bastante en la Comisión de Pedagogía y recuerdo con pena que, en los momentos difíciles, cuando había campaña contra la Universidad y debía pensarse en un nuevo Rector, la muerte accidental de Braun Menéndez y la muerte por enfermedad de Vicente Fatone, que eran dos candidatos posibles y muy sensatos, fue una verdadera desgracia. Digo esto a pesar de que respeto mucho también y quise bastante a Fernández Long, que era desde el punto de vista de su profesión un investigador científico serio. Lo interesante es que había algunos “reaccionarios progresistas” también.

Además de Ciencias Exactas, que era el sector paradigmático, ¿qué otras facultades tenían peso importante como elementos de vanguardia?

Es difícil definirlo. Algunos eran los enemigos importantes, como Risolía, pero en muchos casos sólo se sabía lo que algunos pensaban en el momento de votar. Por ejemplo, el Decano de la Facultad de Arquitectura era el arquitecto Pando, que coincidía con el movimiento humanista, bastante reaccionario, pero que en general votaba con nosotros. El humanismo en un momento ganó la mayoría estudiantil, así que había cuatro humanistas contra un reformista. Pero al final del período los cuatro humanistas nos apoyaban sistemáticamente, porque se daban cuenta de que la disyuntiva entre laica y libre no tenía por qué afectar la discusión sobre los problemas académicos y, con gran sorpresa nuestra, ganábamos las votaciones.

No era todo tan previsible. Algunos de esos delegados humanistas llegaron a tener bastante peso en la historia argentina y a ser economistas más o menos célebres, como Francisco

Mezzadri por ejemplo, que pertenecía a un sector progresista del humanismo, a diferencia de Miguel Angel Álvarez, más tradicional. Al final del período hubo una conjunción de reformistas y humanistas contra los “fósiles”.

Sobre las funciones de la Universidad se discutió que la principal es la formación de las profesiones a través de carreras largas, pero que tiene que haber también carreras cortas, por razones con las que yo en parte estoy de acuerdo. Primero por la incorporación laboral y segundo para aprovechar la deserción de estudiantes. Una carrera como Bachillerato en Ciencias Matemáticas, por ejemplo, permitiría dar un diploma luego del segundo año de la licenciatura en Matemática, que tenía cinco años. No ocurriría como ahora, que gran cantidad de estudiantes mal preparados en el ciclo básico desertan entre el segundo y el sexto año. En otras universidades, como CAECE, pueden obtener un título intermedio, que además tiene incumbencias bastante acotadas. Recuerdo que Mezzadri apoyó esta idea, pero Álvarez no, sosteniendo que la Universidad debía tener únicamente carreras profesionales largas.

En realidad, la Universidad da enseñanza en un cierto estilo y eso se puede aprovechar de diferentes formas, como con los cursos de posgrado, doctorados o maestrías que hay actualmente, o cursos de especialización o de introducción a ciertos tópicos, lo cual cumple una importante función social. Por ejemplo, en la Facultad de Ciencias Sociales se dan cerca de 100 o 200 cursos de posgrado de todos los niveles, o en otras facultades cursos de Derechos Humanos, Ética médica, Ética para economistas o para ingenieros.

Los fines de la Universidad

Algunos afirman que la concepción del período 1955-66 está perimida. ¿Qué opina usted sobre esa concepción y, en general, sobre la misión fundamental de la Universidad?

Esta pregunta me hace feliz, porque todos debemos confesar que tenemos un rincón del corazón algo reaccionario. En aquella época se decía que éramos científicistas. Yo diría que uno de los fines de la Universidad, además de conservar el patrimonio y la documentación, es formar investigadores y gente que, en su profesión o en su especialidad, esté académicamente situada en un alto nivel, porque si no es muy difícil que haya aplicaciones técnicas serias.

La tecnología en la actualidad no es, como antes, una cuestión empírica que pueda improvisarse sino que tiene que usar los aspectos más complicados y avanzados de la física, de la química, de la biología modernas. Por ejemplo, el transistor y en cierto modo también los chips no se podrían haber obtenido si no se hubiera aplicado la física de sólidos. Estaba implícita en esa tecnología nada menos que la mecánica cuántica. De modo que ahora la tecnología requiere tener detrás especialistas científicos de gran categoría.

Cierta ideología coloca como lo más importante el funcionamiento económico-laboral del país. Eso existe, pero en realidad no es un objetivo de lo que pudiéramos llamar las misiones del conocimiento.

La ciencia tiene varios valores. Por de pronto, es un bien intrínseco, como dicen los expertos en ética. Una cosa que vale por sí misma y por la importancia espiritual que tiene. Yo no tengo ningún miedo a hablar de esa manera. Me parece que el progreso científico desde el punto de vista puramente teórico es humanista, implica efectivamente lo humano, las actividades del espíritu.

También le doy mucha importancia a la belleza que tiene el conocimiento científico, que puede provocar hasta un éxtasis, aunque yo no iría a ver a un Ministro de Economía como Cavallo, por ejemplo, para tratar de entusiasmarlo para el progreso científico sobre la base de qué bello que es y mucho menos ir a decirle, como dijo el gran matemático Jacobi, que

una de las razones para dedicarse a las matemáticas es por el honor del espíritu humano. Porque si le fuera a pedir que aumente el presupuesto universitario por el honor del espíritu humano creo que no lo comprendería.

Sin una ciencia teórica muy fuerte, y eso se puede probar desde muchos puntos de vista, la humanidad no podría avanzar. La gente habla del genoma, pero no se da cuenta de todo lo que eso moviliza químicamente. Milstein lo dijo varias veces en forma clara, y también un candidato al premio Nobel, Pollak, que murió prematuramente: la Fisiología que utiliza la Medicina es hoy de hecho un 95% de Química. De manera que si no hay detrás una teoría química, los progresos tecnológicos en Medicina estarían limitados a veces solamente a la mejora de los aparatos, lo cual también exige ciencia teórica. De modo que el progreso científico teórico influye en la ciencia aplicada, que a su vez influye en el desarrollo tecnológico, que a su vez influye en el desarrollo económico, que a su vez tiene mucha influencia en el bienestar social. De manera que dejar de tener en cuenta la ciencia en todas sus especialidades es romper esta cadena de desarrollo.

Por el propio progreso tecnológico y por el servicio social que produce, es necesario que la ciencia no sea solamente la formación en especialidades extrañas como en algunas universidades privadas, y no solamente en ellas. No debería ocurrir que haya que formar especialistas como por ejemplo “ingenieros en salame”. Me parece que la universidad no tiene esa misión.

Se ha llevado esa teoría al extremo, que me parece gravísimo, de proponer que las carreras principales no tienen que ser largas, que la Ingeniería de cinco o seis años es absurda y que no tiene que pasar más allá de cuatro años. Si hay que construir una torre o montar una fábrica de acuerdo a las nuevas tecnologías cuatro años no alcanzan, porque se han ido agredando recursos tecnológicos que antes no existían. Por

ejemplo, toda carrera requiere un curso de Informática, y formación química de los ingenieros para la física de sólidos.

Hay materias que se van agregando, como ocurre en Sociología ahora, que incluye tres cursos de Estadística, lo cual desespera a los estudiantes a quienes no les gusta la matemática. Hay que saber muchas más cosas que antes.

Pero también reconozco que la Universidad tiene que tener cuidado con la formación de los estudiantes desde el punto de vista laboral, de modo que pienso en una Ingeniería de cinco o seis años y algunas carreras cortas subsidiarias de carácter tecnológico, como la de Maestro de Obras, así como puede uno especializarse en Geodesia pero puede previamente ser Agrimensor. Esa sería la política, pero que todo sea Agrimensura por ejemplo es un disparate. O que todo lo que tenga que ver con Medicina se transforme en Enfermería, tampoco, aunque por ejemplo en EEUU la Enfermería tiene mucha más jerarquía que entre nosotros, incluye un doctorado y existe una revista realmente interesante que se llama *Investigaciones en Enfermería*.

Creo que además hay que promover que haya más Doctores en Medicina, porque en realidad el título de grado es médico. En nuestro país, en gran medida el desarrollo de las investigaciones en Medicina se debe a Houssay, una persona que tuvo características positivas y negativas, pero que formó una escuela muy grande, de la cual fueron parte Braun Menéndez, Leloir y otros. Cereijido es parte de esa herencia.

¿Por qué usted, al referirse a la necesidad de un alto nivel científico, dijo que su opinión es algo reaccionaria?

Porque por sostener estas ideas algunos nos acusaban de científicos, y ese calificativo llevaba implícita una crítica. Pero en realidad creo que esto que pensaba y aun ahora pienso no es reaccionario.

¿Usted considera que lo bueno de aquella Universidad murió en 1966?

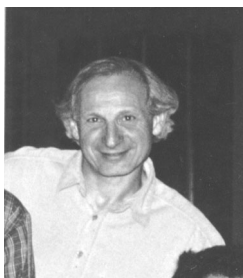
No todo. He conocido el ambiente cultural de otras ciudades importantes, como París y Bruselas o incluso de países como la Unión Soviética, y comparando con esas experiencias creo que el entusiasmo por lo espiritual y el deseo de hacer cosas positivas por parte de los argentinos es grande. Basta ver por ejemplo la cartelera actual de espectáculos. Es sorprendente.

Además, las innovaciones culturales que aparecen en el mundo llegan aquí muy poco después y se dispone de información bastante rica. Una vez un profesor belga me dijo que lo bueno de los argentinos es el entusiasmo que ponemos en las tareas culturales.

Cuando hablamos de las malas universidades actuales de Argentina, cosa que yo comparto para algunas del interior y para algunas privadas, hay que tener en cuenta cómo son las universidades en otros países. Por ejemplo, en EEUU a cualquiera que se le ocurra una idea disparatada, como por ejemplo la adquisición de salud mediante la astrología, y quiera hacer una universidad sobre eso, puede hacerlo. Las universidades estatales, en cambio, son bastante buenas. Por ejemplo las de Los Angeles y San Francisco, que conozco bien. Pero en realidad lo que existe en EEUU es una gran cantidad de colegios secundarios y algunas universidades modestas. Sus programas de estudio y el desarrollo de sus alumnos, aunque parezca mentira, son muy inferiores a los de las universidades argentinas actuales. Mucho de lo que se dice, por ejemplo a través de comentadores radiales, sobre el “escándalo” de la universidad argentina es exagerado. Hay muchos defectos, pero hay que hacer justicia a lo que se hace, y también en este sentido, con todos sus peros, la universidad argentina merece ser defendida.

Cientificismo y pensamiento independiente

ALEJANDRO KACELNIK



En uno de sus viajes a la Argentina, Alex Kacelnik –como lo conocen la mayoría de sus colegas– abrió espacio entre sus obligaciones para recordar con nosotros sus años como estudiante de Biología en la Facultad de Ciencias Exactas de 1964 a 1966. Escuchamos sus recuerdos y reflexiones acerca de la influencia de esa época en su carrera y también sobre los conflictos vividos, como el de valorar apasionadamente el conocimiento científico y el pensamiento crítico y al mismo tiempo militar en un grupo estudiantil “anticientificista”. Su pensamiento inquisitivo descubre en la actualidad ese conflicto entre la “ilusión modernista en el desarrollo científico” y un cierto activismo político-social, cuando estas posiciones se consideran totalizadoras. Le propusimos que escribiera esas ideas. Accedió con generosidad. He aquí el resultado.

Alex Kacelnik estudió Biología en la Universidad de Buenos Aires entre 1964 y 1969. En la actualidad, a los 56 años, es profesor de Ecología del Comportamiento en la Universidad de Oxford, y coordina un grupo interdisciplinario de investigación en el Instituto de Estudios Avanzados en Berlín, sobre el tema “Las Ciencias Del Riesgo”.

Luego de completar su licenciatura en Biología, Kacelnik trabajó en el Laboratorio de Fisiología del Comportamiento del Instituto de Biología y Medicina Experimental hasta 1974, cuando viajó a Inglaterra, para integrarse al centro de estudios de comportamiento animal creado por Niko Tinbergen. Luego de completar su doctorado en 1979, retornó a Buenos

Aires, pero su retorno, en medio del "proceso", habría de ser breve. Al cabo de menos de un año, junto con su familia, partió nuevamente, esta vez hacia Groningen, en Holanda, periodo seguido por un retorno temporario a Oxford (1982-86) y luego una mudanza tambien temporaria a Cambridge, donde actuó como "Fellow" del King's College hasta 1990. Luego se instaló una vez más en Oxford, donde reside actualmente.

Alejandro Kacelnik es el fundador y director del centro de investigaciones en Ecología del Comportamiento del Departamento de Zoología en la Universidad de Oxford. En el curso de su carrera publicó más de un centenar de artículos originales en revistas de prestigio internacional, supervisó más de veinte tesis de doctorado y presentó trabajos de investigación en innumerables conferencias internacionales. Además de como investigador del comportamiento animal, Kacelnik es conocido por su enseñanza de principios de biología evolutiva a audiencias interdisciplinarias, actividad que en la Argentina lo llevó a relacionarse con las asociaciones psicoanalíticas de Buenos Aires (APDEBA) y Argentina (APA) y en el exterior a dar conferencias en foros tan diversos como la American Economics Association o la Society for Quantitative Analysis of Behavior. Fue profesor visitante en las universidades de Lyon, Indiana, Leiden y Buenos Aires.

Sus temas de investigación en la actualidad incluyen las adaptaciones cognitivas relacionadas al uso de herramientas, la aplicación de principios de economía experimental a animales y la aplicación de teorías derivadas de la biología del comportamiento a la toma de decisiones en contextos industriales y comerciales.

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.

BORGES

Advertencia: El presente capítulo está basado en una conversación que mantuve con los compiladores de este volumen. No responde a un plan o estructura precisa, y es posible que algunas de las afirmaciones sufran una doble distorsión debido a que la única fuente utilizada fueron mis recuerdos de hace más de 35 años y a que la adaptación de nuestro diálogo al formato presente requirió algunos cambios y muchas tachaduras. Espero que este limitado aporte, pese a su subjetividad, agregue algo a la reconstrucción y balance de una experiencia histórica importante.

La experiencia universitaria de los años 1955 a 1966 en Buenos Aires, que constituye el foco de este esfuerzo conjunto, me tocó brevemente, pero en un momento crucial de mi desarrollo intelectual y académico, que habría de marcarme por el resto de mi vida.

A diferencia de otros autores que contribuyen a este volumen, que han sido docentes e investigadores en ese período, yo apenas experimenté el final de esa época, como un estudiante muy joven. Hice el curso de ingreso a Ciencias Exactas cuando lo dirigía Eduardo Flichman en 1964, mientras cursaba el quinto año del bachillerato en el Colegio Nacional Bartolomé Mitre. Luego estudié Biología, carrera que completé

cinco años mas tarde. Al cabo de un año y medio como estudiante de grado, ocurrió el golpe de estado de Onganía, que habría de marcar definitivamente a toda mi generación.

Completando este breve resumen biográfico, que quizás aclare mi ubicación en este proyecto, debería agregar que durante mi licenciatura, y por unos tres años luego de terminarla, trabajé en Fisiología del Comportamiento en el Instituto de Biología y Medicina Experimental, bajo la tutela del Doctor Enrique Teodoro Segura, un laboratorio donde más de un estudiante o graduado maltratado por el sistema recibió acogida y educación científica. En 1974 viajé a Oxford como becario del British Council, con planes de retornar a la Argentina en 1976, pero una vez más el país fue sacudido por un golpe militar, esta vez el de Videla, lo que determinó que mi esposa y yo nos quedásemos en Oxford, primero temporariamente, y luego en forma permanente. O sea que la mitad de mi vida ha transcurrido desde el momento en que dejé el país.

Pero esa primera mitad que viví en la Argentina, y particularmente esos dos años y medio de la Universidad pre-Onganía, creo que me han marcado intelectualmente al menos tanto como el resto de mi vida.

La Universidad que viví de 1964 a 1966 fue una experiencia extraordinariamente intensa. El Curso de Ingreso era un hervidero de ideas nuevas, de intentos de innovación en el plano académico, y nosotros, los alumnos, éramos conscientes de eso. Recuerdo que, como el curso era muy masivo, se utilizaba un circuito cerrado de televisión para las clases teóricas de Física, y esto se discutía enormemente, por la novedad del método. Había quien criticaba (con fundamento, por cierto) la falta de contacto personal docente-alumno durante las clases teóricas, pero al menos en mi recuerdo, eso se compensaba por las numerosas clases prácticas (muchas en horarios nocturnos), donde discutíamos los conceptos con docentes “en vivo”.

Recuerdo esas iniciativas como parte de un espíritu innovador que se perdió por completo en la época posterior. Curiosamente, estas innovaciones docentes se debían al impulso de intelectuales preocupados profundamente por la investigación científica original, y que afortunadamente para nosotros también consideraban parte de su proyecto la búsqueda de originalidad en la docencia. Eso es algo que no he visto en general en mi experiencia posterior en Europa. Lo que suele ocurrir es que los investigadores dedicados prioritariamente a la producción original de conocimiento científico ven a la docencia como una obligación que hay que cumplir y que los distrae de su tarea principal. Mentes dinámicas y con alta motivación en el plano científico más de una vez se acostumbran a una docencia rutinaria que los saca del paso para permitir el regreso al laboratorio. En los últimos años la presión por la productividad, en términos de *papers*, se ha incrementado brutalmente a nivel mundial, y esto actúa en contra del interés en la docencia. Eso pasa también en la Argentina. Para que alguien sea juzgado como un científico meritorio, es necesario que produzca un cierto número de *papers* en revistas que tienen significación internacional, con un sistema cuidadoso de aceptación de los trabajos.

Esta dualidad, este conflicto, diríamos entre la dedicación a la investigación y a la docencia es realmente lamentable, pues en mi opinión en el caso de la formación de científicos, cuyo principal destino es la producción de conocimiento, es fundamental que los profesores ilustren con su palabra y su actividad el vínculo entre la praxis científica directa y la educación. Para formar investigadores es necesario transmitirles un enfoque crítico, vivo. El docente, más que presentar lo que está en los libros de texto, debe comentar con los estudiantes las distintas versiones o teorías que coexisten en un momento dado y que no es posible conocer siendo sólo un espectador. El do-

cente puede enseñar ciencia en la medida de su propia participación en el trabajo de producción científica.

El pensamiento independiente

Retornando a mi experiencia, pienso que en esos primeros dos años y medio de mis estudios en Ciencias Exactas, entre 1964 y 1966, toda la información que recibíamos estaba presentada de una manera que incluía la controversia y la posible discusión. En la orientación general de la Facultad existían criterios que yo en parte criticaba y combatía, y a eso me referiré más adelante, pero para mí, en mi formación hubo una divisoria de aguas crucial: por dos años y medio experimenté algo fundamental, que era el respeto y el estímulo por el pensamiento independiente, que se daba tanto a nivel científico como político. A partir del golpe de Onganía, en cambio, exactamente aquello era lo que molestaba a las autoridades: que en la Universidad pudiera existir un pensamiento independiente de cualquiera de sus participantes, ya fueran académicos o estudiantes. El ataque a la Universidad fue precisamente, me parece a mí, porque sus miembros, incluidos los estudiantes, al vivir en un clima de libertad y respeto intelectual, se manifestaban en numerosos grupos políticos, con una enorme diversidad de posturas.

Esta historia de la diversidad merece un párrafo aparte. Cuando hablo con colegas de mi edad formados en otros países, ya sea en los EEUU o en Europa, y juntos recordamos los años '60, coincidimos en que nuestra generación es un producto de las transiciones culturales ocurridas en esa década, y esto en algún sentido es una perogrullada pues como grupo de edad nos convertimos en adultos en ese período, pero hay aspectos de tal identificación que son interesantes. Mis colegas del Norte identifican como aspectos salientes de esa época la música contemporánea o la irrupción de la droga, en particular la mari-

huana, o la aparición de las corrientes *hippies* o la revolución sexual. Para quienes recordamos aquellos años de estudiantes en Buenos Aires, en cambio, estos aspectos son secundarios. La revolución sexual, por ejemplo, no era un asunto destacado, porque éramos liberados sexualmente y tomábamos eso con naturalidad. No teníamos conflictos al respecto, salvo con nuestros padres, de quienes sentíamos que necesitábamos escondernos, pero no vivíamos esto como un conflicto importante. Tampoco experimentábamos con drogas. Yo no recuerdo ninguno de mis compañeros, ningún estudiante, que haya sufrido problemas de adicción. Mientras tanto, en California éstas eran las cuestiones más salientes, o al menos lo son en el recuerdo de miembros de mi generación. No recuerdo tampoco problemas de alcoholismo entre los estudiantes, ni siquiera excesivos consumos de alcohol.

Lo que tiñe en cambio las memorias es el fermento político, que dominaba alianzas y enfrentamientos, afectos y enemistades, admiraciones y desprecios.

Nuestras discusiones se daban en primer lugar entre las distintas vertientes del marxismo leninismo y el desarrollismo, sobre las distintas posturas de interpretación de la historia social y sobre todo del futuro de la sociedad. A la luz de la memoria algunas de las cuestiones que causaban grandes diferencias hoy me resultan algo cómicas. Discutíamos con aspavientos, por ejemplo, si tal o cual grupo estudiantil era “historicista”, “obrerista”, “centrista”, “frentepopulista”, o “correa de transmisión de la pequeña burguesía”. Pese a que en el recuerdo y visto lo que ocurrió luego es tentador disminuir la validez de esas discusiones, las sigo considerando de enorme valor. Me pregunto cuánto ha cambiado esto para los estudiantes que entran a la universidad hoy en día, en Oxford, Stanford, Princeton o la misma Universidad de Buenos Aires. ¿Seguirán discutiendo y enojándose con acusaciones de “historicista”, “obrerista” o, al menos “postmodernista”? Espero que así sea.

Un tema privilegiado era naturalmente la revolución social (de cuyo advenimiento pocos dudábamos) y su carácter, es decir si habría de ser por etapas, democrática u obrera.

El cientificismo

Pero no sólo nos concentrábamos en asuntos de inspiración más o menos universal; había un problema, muy concreto, que era tema de discusión y acción cotidiana, el así llamado cientificismo.

En relación a esto recuerdo haber vivido una contradicción muy fuerte. Por un lado, sentía pasión por lo que era mi incipiente inserción en el proceso de generación de conocimiento científico y de pensamiento crítico. Por el otro, mi postura política se inscribía firmemente en el anticientificismo, pues participaba de una agrupación que se definía, desde el mismo nombre, como “antiimperialista y anticientificista”. Dentro mismo de la agrupación se generaban conflictos, porque cuando alguna de las manifestaciones políticas frecuentes en esa época coincidía con un período de exámenes, junto con otros compañeros del sector más estudioso argumentábamos culpablemente que “no puedo ir a la manifestación porque tengo que estudiar”. Nuestros compañeros de agrupación política atacaban a quienes hacían esos planteos por cientificistas, quizás confundiendo el cientificismo con afinidad por la ciencia, pero al poco tiempo nos reivindicaban por tener una postura supuestamente coherente. Esa tensión entre la participación política y el estudio como una forma de aceptación del “establishment” era cotidiana.

Para muchos de los activistas, el objetivo fundamental era la llamada “universidad roja”, es decir, aquella cuyo impacto fundamental fuera ser agente de cambio social y no el de producir conocimiento o educación dentro del sistema social presente.

Estos recuerdos se aplican a un sector de la izquierda más radicalizada, formado principalmente por estudiantes de los primeros años, que tenían una visión predominantemente política de la actividad estudiantil y universitaria. Pero a medida que se avanzaba en la carrera, aparecían estudiantes, inclusive de izquierda, que entraban en la categoría de “cientis” en la jerga cotidiana, es decir aquellos que, en la interpretación de entonces, hacían concesiones al cientificismo. Vale la pena destacar que, aun cuando ahora resulta fácil identificar las exageraciones e ingenuidades que subyacían algunas de estas posiciones, yo creo que había elementos rescatables e importantes en la oposición al cientificismo de esa época. A mi juicio era (y aún es) valioso el reconocimiento de que los graves problemas sociales y económicos que enfrentan nuestro país y el mundo en general no se resolverán puramente con desarrollos tecnológicos y científicos. Esto es particularmente cierto para economías dependientes como la de la Argentina.

Sobre este tema existen dos posturas extremas que se pueden utilizar como referencia. Un extremo sin duda ingenuo es plantear que el desarrollo científico no cumple ninguna función en la mejora de las condiciones de vida de los más necesitados, puesto que sólo el cambio del sistema social puede alcanzar este objetivo, y el otro, igualmente ingenuo pero además en muchos casos interesado y deshonesto, es defender la ilusión modernista de que el desarrollo científico es el camino del progreso, y que la ciencia puede reemplazar al activismo político y a la preocupación social.

Creo que en ese par de años a los que me estoy refiriendo la reacción de un sector del estudiantado en contra del cientificismo tenía justificación. Porque había efectivamente una ilusión, en algunos sectores muy importantes de los científicos, la de que el desarrollo económico y tecnológico iba a resolver los problemas sociales, en particular la dependencia respecto de

las economías más poderosas. El caso más claro, que nosotros ya discutíamos en esa época y que sospecho debe estar vigente aun hoy en día, era el mal de Chagas.

Los estudiantes de biología discutíamos si la solución que liberaría a nuestra población rural de esta terrible enfermedad provendría del descubrimiento de los mecanismos biológicos, moleculares, del desarrollo del parásito y el consecuente descubrimiento de una cura o una vacuna, o si sería primariamente debida a mejorar el revestimiento de las paredes de las casas de los pobres. Porque ya se sabía que la vinchuca vive en ambientes domésticos, en los techos de paja o en las paredes sin revoque, por lo que las familias con viviendas apropiadas prácticamente no sufren de esta enfermedad, mientras que los pobres que viven en condiciones precarias sí. Se trata, como tantas otras, de una enfermedad de la pobreza. Por eso nosotros decíamos que invertir en este país una gran cantidad de esfuerzo en el estudio científico del mal de Chagas era distraer las prioridades de los grandes problemas: no era falta de conocimiento lo que demoraba la solución, era la organización social y económica.

Naturalmente sería ridículo negar la contribución que la ciencia hace a la salud y el bienestar públicos: sólo conocemos el ciclo de vida de la vinchuca (y sus hábitos de refugiarse en las cavidades del adobe, por ejemplo) gracias a los estudios científicos, ecológicos, poblacionales sobre ese tema. También es importantísimo entender la respuesta inmunológica de nuestro cuerpo al parásito, y usar modelos experimentales en otras especies para desarrollar estrategias de prevención y cura. Sería absurdo negarlo y estoy seguro de que ese no fue nunca el eje de la confrontación. Pero también sería equivocado e incluso mal intencionado negar que la gran incidencia del problema de salud que se nos presentaba en ese momento estaba vinculada a las condiciones socioeconómicas de vida de la población. Un

cambio en el nivel de prosperidad, de calidad habitacional, hubiese decrecido la incidencia del mal de Chagas muchísimo más que un descubrimiento puntual de carácter biológico.

La conciencia de que existen estos dos aspectos es fundamental, y es una constante de todos los estudios que se han hecho sobre historia de la salud pública. Lo que me interesa enfatizar es el hecho de que en la Universidad que me tocó vivir allá por los años '60 estos temas eran motivo de debate no sólo entre estudiantes sino entre éstos y los docentes, a quienes su situación de investigadores y en muchos casos sus concepciones políticas llevaban a enfatizar la importancia del avance técnico y científico. El debate sobre Chagas, que he usado como ejemplo, se extendía a aspectos más generales, no necesariamente en el ámbito de la salud.

Esos conflictos de perspectivas y de intereses continúan en la actualidad, porque gran parte de la investigación, por ejemplo contra el SIDA, está hecha por empresas de medicamentos a las cuales, en realidad, las motiva la defensa de sus intereses económicos, y éstos están vinculados a la producción de nuevos avances técnicos patentables y no de intervenciones sociales que suelen tener mayor impacto.

No sólo puede argumentarse que no siempre son la ciencia y la técnica las que por su cuenta mejoran las condiciones de vida, sino que en muchos casos, cuando éstas hacen grandes contribuciones no es por la ruta de generar cambios en salud o economía sino a través del progreso intelectual y cultural. Muchas veces los avances científicos se transmiten a las condiciones de vida con demoras de décadas, pero mientras tanto ejercen influencia por otras rutas.

En mi campo de investigación, pienso que una de las contribuciones más importantes que ha hecho la Biología es la teoría de selección natural, que ha ubicado al hombre en la naturaleza, filosófica e intelectualmente. La teoría de evolución por

selección natural nos permite tener una comprensión materialista de dónde nos ubicamos, y esto ha atacado, destruido, el ideal narcisista del hombre como centro del universo y de la naturaleza.

Pero ese aporte fundamental, en realidad, no ha sido agente causal de grandes cambios desde el punto de vista productivo o médico. Es cierto que podemos decir que entendemos cómo funciona el desarrollo de cepas de bacterias resistentes a los antibióticos en el contexto de la teoría darwiniana. Pero lo podríamos entender en forma puntual sin referencia a la verdad fundamental de la evolución como proceso universal. Darwin mismo, para desarrollar su teoría, se inspiró en la evolución de los animales domésticos que los criadores efectuaban por medio de la selección. Darwin en algunos casos se refiere al conocimiento tecnológico de su época para justificar sus propuestas universales. Por ejemplo, pese a desconocer la genética, anticipa las teorías actuales de evolución por selección indirecta sobre la base de observar que los criadores de ganado pueden incrementar la presencia de ciertos tipos de carnes observadas en animales ya faenados de sus tropillas, haciendo reproducirse a parientes de animales que, por estar muertos, ya no se reproducirían.

Darwin desarrolló su teoría científica a partir del conocimiento tecnológico, y no al revés. Es decir que ya había aplicaciones tecnológicas de lo que hoy en día entendemos es la selección genética antes de que fuese formulada la teoría que la explica y extiende. Formular la teoría significó una contribución a la cultura, al desarrollo intelectual de la humanidad, pero no fue la causante inmediata de una mejora técnica.

Lo que estoy rescatando aquí es que, sin disminuir el papel central del progreso científico, no pienso que se deba esperar que a través de la ciencia la humanidad elimine sus injusticias, y esto es lo que en aquellos días acusábamos al cientificismo de expresar.

Ciencia y política

Volviendo a mis recuerdos del período que nos interesa, diría que para mi formación personal, durante los años que siguieron al '66, a partir de la Noche de los Bastones Largos, aprendí a pensar por oposición, porque a través del contraste era posible ver cómo en el período anterior el énfasis había estado en la discusión, en el respeto a las diferencias. Antes del golpe las discusiones eran extremadamente robustas, y a veces no nos respetábamos mucho, pero las interacciones eran productivas, dinámicas, basadas en ideas. La discusión con las autoridades de la facultad sobre el tema del cientificismo era posible porque hasta algún punto, aunque no lo supiésemos, la agenda de nuestras diferencias presuponía una coincidencia en ideales de justicia social. Todo eso se perdió, dramática e imperdonablemente, con el golpe militar.

Quizás sea de interés recordar la situación vivida en Exactas durante el mes de julio de 1966, cuando ya se había dado el golpe de estado del 28 de junio, y cuando aún no se habían intervenido las universidades, cosa que ocurrió el 29 de julio. Durante ese mes nos dimos cuenta de que, a pesar de las diferencias existentes entre los distintos sectores de estudiantes y de docentes, lo que perdíamos como conjunto superaba notablemente las diferencias ideológicas que nos separaban. Los únicos que no se preocuparon ni entraron en el debate fueron aquellos docentes de sectores de derecha, que vislumbraban ventajas personales dentro del nuevo régimen.

Antes del golpe debatíamos tanto ciencia como política entre estudiantes y docentes. Nuestros docentes habían regresado poco tiempo antes de Cornell, de París, de Berlín; en casi todas las disciplinas se discutía con libertad y se cuestionaba la información recibida. Había por supuesto sectores que no sólo no participaban, sino que tramaban la destrucción de esa atmósfera. Entre esos sectores, es importante decirlo, no se con-

taba la derecha moderada, el humanismo, del cual era miembro el propio Fernández Long, que rechazó la intervención a la Universidad.

Recuerdo gente de las carreras de Geología y Biología, que eran activistas de una derecha autoritaria e incluso fascista y otros que tenían simplemente una actitud pasiva, no se interesaban en las novedades y eran académicamente muy atrasados. Aunque no creo que esto deba aceptarse como una regla general, en ese momento histórico en nuestra facultad el atraso político coincidía con el pensamiento científico más pobre. Un caso característico se dio en Biología con algunos docentes que representaban una forma muy clásica de la taxonomía, casi diría gente con un enfoque “filatélico” de esta disciplina.

Para entender por qué es que la taxonomía no puede contentarse con los enfoques clásicos es necesario pensar en cuál es la tarea que enfrenta esta disciplina. Si tenemos en cuenta que hoy se conocen entre dos y tres millones de especies y se supone que en total pueden existir entre diez y treinta millones, no es posible, sin una teoría organizadora, describir una especie tras otra. Describiendo especies una a una por sus diferencias morfológicas no se forma un sistema de pensamiento multiplicativo que sirva para comprender la naturaleza. Sin embargo, el papel de la teoría no es inmediatamente obvio: recuerdo profesores que nos decían que antes de pensar en problemas teóricos en ecología era necesario catalogar las especies existentes. Como esta tarea es interminable, el papel de la teoría quedaba postergado indefinidamente. La razón para mencionar este punto es la coincidencia, al menos en biología, entre una actitud reaccionaria en los planos político y científico. Ignoro, pero me interesaría saber, si lo mismo ocurría, y si aún ocurre, en otras disciplinas. Me consta que no es así en muchas ramas de la Biología contemporánea. Por citar un ejemplo de alto perfil mediático, es bien sabido que sectores de izquierda, en una defensa in-

genua de la ideológicamente deseable posibilidad de cambio social ilimitado, se han opuesto indiscriminadamente a la Sociobiología y sus intentos de entender las bases biológicas de la conducta social humana. En este caso, la izquierda ha tomado un papel reaccionario desde el punto de vista científico, con repercusiones de aquellos tiempos en que los partidos comunistas debían defender las posturas *lysenkianas* contra la genética.

Cuando en ese mes de julio vimos que se venían las cosas abajo, comprendimos que la ciencia que habíamos empezado a vislumbrar iba a ser reemplazada por un enfoque mediocre y autoritario, y creo que vimos claro por qué la mediocridad se vale del autoritarismo. Debatir, convencer, requiere argumentos.

Recuerdo nuestra inquietud cuando se discutía si la policía iba o no iba a entrar a la Facultad, cuando ya sabíamos que se produciría una intervención a la Universidad. La noche previa al 29 de julio estábamos en Perú 222, en el Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales. Se entraba a la Facultad por un pasillo ancho y hacia la izquierda se subía por una escalera hasta una pequeña habitación de no más de 2 m x 4 m, donde estaba el Centro de Estudiantes de Biología. Los centros de Física, Matemática y Meteorología estaban sobre el pasillo de entrada, a la derecha, y si no me equivoco el de Química unos metros más adelante, también sobre la derecha.

En los centros de estudiantes las distintas agrupaciones tenían cada una un rinconcito con nuestros papeles. Había una mesa en el medio, donde se fumaba y discutíamos. Yo nunca fumé y recuerdo con algo de espanto esa atmósfera cerrada y francamente tóxica. Era un ambiente conspirativo e íntimo, porque se vivía la ilusión de estar en un territorio liberado: la dictadura arrasaba a la sociedad desde el portón de Perú 222 hacia fuera, pero puertas adentro aun reinaba la libertad política. En los ámbitos de los centros tanto se formaban las parejas románticas estudiantiles como se discutía de política o se inter-

pretaba el significado profundo de la tira cotidiana de Mafalda. También estaban los que utilizaban ese lugar para estudiar o preparaban sus “parcialitos” sentados a la misma mesa.

Esa noche, la víspera de la irrupción de los “bastones largos”, quemamos papeles, todo el material que no queríamos que cayera en manos de la policía, ante la posibilidad de que entraran en el Centro. Se hicieron hogueras en el patio de Perú 222, y allí se arrojaban todos los papeles posiblemente comprometedores. Eran simplemente volantes estudiantiles, que probablemente contenían protestas contra la dictadura, pero todo el material político se consideraba peligroso. No estoy muy seguro de cuál era nuestra intención al quemar esos papeles. Probablemente se incluían las listas electorales, donde estaban los nombres de los dirigentes y activistas estudiantiles.

Aunque faltaba una década para conocer el nivel criminal de la junta de Videla, ya entonces se habían experimentado el encarcelamiento de personas, la brutalidad policial, el odio al pensamiento independiente y la acción gremial, etc. etc. Había razones de sobra para ser cautelosos.

El viernes 29, al anochecer, me fui a cenar a la casa de los padres de mi novia, que vivían en el centro. Comí allí y volví con la intención de hacer guardia, formando parte del conjunto de estudiantes que iba a quedarse toda la noche con la Facultad tomada para defenderla de una posible irrupción policial. No se esperaba un ataque violento del carácter del que ocurrió. Cuando regresé y me acerqué al edificio de la Facultad, delante de mí llegaron los camiones celulares de la policía. Recuerdo muy bien que estacionaron pegando directamente la parte trasera del camión, como si fuera la manga de desembarco de un aeropuerto, contra la puerta de Perú 222, y comenzaron a bajar esas sombras que vistas a la distancia parecían seres de otro planeta, intimidando con sus cascos, con sus palos, con sus armas.

Había varias personas afuera, frente a la Facultad. Comenzamos a escuchar gritos y lo que a nosotros nos parecía que eran disparos de armas de fuego, y que deben haber sido las bombas lacrimógenas. Creíamos que estaba ocurriendo en el interior una matanza de nuestros compañeros y, además, la destrucción de nuestra vida. Era una especie de *kristalnacht* lo que enfrentábamos, la “Noche de los Cristales Rotos”, cuando la Gestapo salió a destruir desde las sinagogas y los negocios judíos hasta las bibliotecas y locales de los partidos políticos opositores.

Por un momento, quienes estábamos presenciando aquello desde la calle, viendo y escuchando todo desde una distancia muy corta, pensamos en la posibilidad de escapar, porque no se sabía exactamente qué iba a ocurrir luego. Otra posibilidad era tratar de simular que éramos peatones que habíamos pasado casualmente por el lugar, que fue lo que yo hice, junto con otros. Nos quedamos allí como si fuésemos transeúntes circunstanciales, mirando impotentes lo que le estaba ocurriendo a nuestros amigos y en realidad a nuestra propia vida. Allí, delante de nosotros, estaba cambiando todo.

Recuerdo que vi salir a Rolando García caminando. Él estaba libre, pero creo que tenía la frente algo ensangrentada. Cuatro o cinco estudiantes nos reunimos a su alrededor y conversó con nosotros sobre lo que estaba ocurriendo.

De ese momento recuerdo una emoción, algo muy personal. Recuerdo mi cambio, porque Rolando –todos lo conocíamos como Rolando, aunque yo nunca lo había tratado personalmente– era la figura clave del cientificismo, nuestro adversario, pero de pronto, en esa circunstancia, se había transformado en nuestro aliado más cercano. Mientras estábamos allí con él pensábamos: “lo que él representa es lo que queremos defender”.

Si se me perdona un sesgo algo freudiano, yo diría que veíamos a Rolando y “el cientificismo” como un adolescente ve

a un progenitor frente al que tiene que definirse, en el sentido de que era una generación que nosotros ciertamente respetábamos y considerábamos valiosa. Pese a oponernos, no pensábamos en ese grupo como mediocre o anti-democrático, cosa que sí ocurrió con quienes los siguieron. El aspecto que no veíamos, al menos como conjunto, era cómo, para poder desarrollar ese clima intelectual, ese mundo de investigación científica que valorábamos, no había otro camino que apelar a subsidios y fondos aportados por organizaciones internacionales, que nosotros mirábamos con total desconfianza.

Sin lugar a dudas quienes criticábamos al cientificismo sólo operábamos con una parte de la ecuación. Pedíamos un desarrollo científico avanzado, una actividad intelectual crítica y queríamos que nuestros docentes fueran científicos ellos mismos y los admirábamos por eso, pero al mismo tiempo no queríamos que admitieran fondos provenientes del “imperialismo” o que promovieran el rol de la ciencia en el cambio social hasta el punto de desviar la atención correspondiente a la acción política. Al mismo tiempo, también es cierto que aquello de que acusábamos a las autoridades científicas tenía fundamento, y se expresaba políticamente en las varias corrientes “desarrollistas” que confiaban que el desarrollo tecnológico de la economía, cualquiera que fuese su mecanismo, daría lugar a mayor independencia nacional y en consecuencia mayor bienestar o justicia social. Eso nunca fue cierto, ni entonces ni ahora.

Un debate paralelo al del cientificismo se producía alrededor de la noción de “ciencia nacional y popular” como oposición a la ciencia a secas, una postura que posteriormente otros sectores, como los Montoneros, mantuvieron frente a otras expresiones culturales, incluido el arte. La noción de cultura nacional y popular se originó en los movimientos nacionalistas, entre ellos el peronismo, y planteaba una oposición a la integración científica argentina en el aparato social de producción cultural dominado por los países europeos y EEUU. Yo siempre

lo vi como una defensa de la mediocridad y una forma de control burocrático de la inteligencia. Sin embargo, una vez más, es necesario señalar tanto los aspectos absurdos y negativos del planteo como útil el examinar si había algo rescatable en ese paquete. Aunque los descubrimientos científicos son tan objetivos como los criterios de la época en que ocurren lo permiten, la ciencia por supuesto no se desarrolla independientemente de las ideologías dominantes. Los temas de investigación, la forma de las preguntas y la naturaleza de las respuestas, todo ello se vincula a las posturas ideológicas, a menudo inconscientes, de los científicos. Pero el reclamo de responder a eso desarrollando una ciencia aislada y ligada a los movimientos nacionales es y siempre fue ingenuo y contraproducente. El progreso científico sería imposible en los marcos técnicos y teóricos de un solo país, y el planteo de ciencia nacional y popular en realidad pese a ser presentado en un marco de liberación nacional, planteaba una mayor subordinación de la ciencia a las ideologías.

Los subsidios

Uno de los cuestionamientos contra las autoridades había sido con respecto al dinero que se recibía de fundaciones externas. Se discutía si el financiamiento externo implicaba una subordinación a los intereses imperialistas. Yo creo que efectivamente los condicionamientos existían, así como existen hoy en día. Actualmente estos condicionamientos son aun más acentuados, porque en la concepción económica neoliberal difundida en todo el mundo, la tendencia que existe es achicar el Estado y dejar las decisiones en manos del mercado. Como consecuencia, la investigación misma, y la vida académica que la acompaña, quedan en las manos invisibles del mercado, que, naturalmente, no invierte esfuerzos en áreas de investigación tales como aquéllas cuya contribución es el re-centramiento filosófico del ser humano con relación a la naturaleza, como

mencionábamos antes para el caso de la teoría de la selección natural. El mercado favorece a la ciencia que resulta en productos para la industria electrónica, a la industria farmacéutica o a la que fuere que suministre los fondos, en los cortos plazos que pueden ser de interés a una empresa.

El camino para conseguir que la ciencia oriente su pesquisa hacia temas que son de interés social de largo plazo es que el Estado se haga cargo de administrar los fondos para sostener la investigación en áreas que no tienen un resultado económico a corto plazo y en las cuales las empresas van a mostrar menor interés. Es natural y lógico que sea el Estado, que representa el interés de largo plazo de la comunidad, quien en realidad fomente esas formas de investigación. Y lo mismo pasa con respecto a la educación o la salud pública. En lenguaje económico, una gran cantidad de productos culturales son lo que se llama un “bien común” que sólo pueden promoverse mediante el esfuerzo conjunto de la sociedad a través de fondos recaudados como impuestos. El conflicto de siempre es la lucha entre la responsabilidad estatal y la burocracia que resulta del poder estatal: hemos visto en nuestro país (y en muchos otros) cómo el control estatal a menudo resulta en el favorecimiento de sectores aliados a los gobiernos del momento. El ideal de financiamiento estatal y administración democrática no es fácil de alcanzar. Estas reflexiones, motivadas por el recuerdo de los debates estudiantiles de los años ‘60, no implican que yo tome, dadas las circunstancias reales en que nos movemos, una postura negativa respecto a la utilización de subsidios de origen industrial, sólo una defensa de la necesidad de defender la supervivencia de los fondos educacionales y científicos estratégicos administrados por el estado, que son los que están amenazados.

Recordemos que hay distintos tipos de subsidio privado a la investigación. Los laboratorios de la esfera pública a veces entran en acuerdos con empresas para hacer investigación de

carácter tecnológico más que científico, en desarrollos que a esa empresa le resulten importantes. La empresa pone el dinero, y al hacerse la investigación no sólo se obtiene el producto buscado, sino que se cumple un papel de formación, porque aparecen estudiantes de doctorado y se desarrollan laboratorios, cuyos resultados se extienden e influyen sobre el resto de la actividad. En los rincones de esa investigación tecnológica ocurre también investigación científica que no tendría lugar sin la presencia de esos fondos.

Aunque nunca he regresado a estudiar el tema en detalle, creo que se puede afirmar que la investigación que se producía antes del '66 con financiamiento externo cubría una variedad de esquemas. La mayor parte era publicada en medios de acceso público con control por pares y por lo tanto tenía valor social, pero también se afirmaba, y creo que era cierto, que algunos laboratorios bien financiados trabajaban con fondos de la NASA para producir informes secretos que serían utilizados exclusivamente con fines militares o al menos desconocidos, sin aportes locales más que para incrementar la dependencia. En esos casos, en realidad el sistema estatal, con sus insumos en educación e infraestructura física y humana está subsidiando a quien aparece otorgando el subsidio y que consigue, a bajo costo, mano de obra intelectual avanzada.

Concluyo aquí estas reflexiones. Para hacer historia no hay recetas, pero el balance crítico de nuestra propia experiencia puede ayudar a cometer errores diferentes en la próxima oportunidad. Si tengo una certeza, es que ese período estudiantil, entre 1964 y 1966, me marcó a mí y a mi generación en forma indeleble, y que pese a todas sus atrocidades, si se me diera la oportunidad de elegir, volvería a vivir en la época en que me tocó vivir.

Facultad de Derecho: interrogantes de un reformista

RICARDO MONNER SANS



De lo universitario se pasaba a lo nacional, de lo nacional a lo internacional, dice Ricardo Monner Sans, quien se refiere a la relación entre la vida universitaria y lo que sucedía fuera de la Facultad y también a la forma en que los hechos políticos fueron modificando su modo de pensar. En aquellos años cambió su posición, y pasó de ser fundador del AER (Ateneo de Estudios Reformistas) al MUR (Movimiento Universitario Reformista),

con posiciones más renovadoras, en una época en la que, dentro de la universidad, se estimulaba la lucha de las ideas. Con su personal estilo incisivo, nos plantea en este capítulo algunos interrogantes motivados por la difícil militancia estudiantil en la Facultad de Derecho.

Ricardo Monner Sans nació en 1936 y se recibió de abogado en 1959 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

Integró el consejo directivo de la facultad en representación de los alumnos entre 1958 y 1959.

Dictó cursos en la UBA, en la Universidad del Museo Social Argentino, en la Asociación de Abogados de Buenos Aires, escribió notas y fue columnista en diferentes radios.

Militó en partidos socialistas y cesó en toda actividad partidaria en 1968. Nunca, en cambio, abandonó la preocupación política, entendiendo que el Derecho puede ser un arma útil en favor del interés público, es decir, como instrumento para la realización democrática.

Defendió a presos políticos y gremiales en tiempos institucionales y durante las dictaduras militares. Participó como único representante latinoamericano del Congreso Internacional sobre Derechos Humanos de 2000 en Toronto (Canadá).

Fue iniciador de numerosas causas destinadas a dar a conocer el uso discrecional de los dineros públicos y las sospechadas conductas de funcionarios como Domingo Cavallo, Matilde Menéndez, Víctor Alderete, María Julia Alsogaray, Carlos Corach, José Luis Machinea.

Solicitó la investigación, por posible delito de apología del crimen, del ex subcomisario Luis Patti, de Emilio Massera, uno de los comandantes de la última dictadura militar, y de la revista Tiempo Militar.

Con la acción judicial por la venta ilegal de armas a Ecuador, Croacia y Bosnia provocó las renunciaciones del entonces Ministro de Defensa y del Jefe de la Fuerza Aérea. En su momento estuvieron presos por esta causa el ex presidente Carlos Menem, el ex Ministro de Defensa Antonio Erman González y Emir Yoma.

Es letrado patrocinante de las familias de los trabajadores desaparecidos desde 1975 de la planta automotriz de Mercedes Benz en la Argentina.

Ingresé en el Colegio Nacional de Buenos Aires en 1949. Mi abuelo Ricardo había sido allí profesor; mi padre lo era. Mi generación iba a recibirse en el final de 1954, porque el Colegio tenía seis años de curso lectivo obligatorio. Mi padre me “sugirió” –entiéndase, me ordenó– que diera el sexto año libre y ello explica por qué, en aquel temprano abril del ‘54, yo ingresaba en la por entonces conocida como Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

El peronismo de 1953 nos venía pisando los talones, se decía en casa. Razón había: mi padre había quedado cesante en sus cátedras universitarias y mi madre como profesora de Historia. Era menester orillar una probable expulsión mía como alumno. Y por ello lo del sexto año libre.

Desde ese perfil antiperonista familiar se gestó mi modo de ver por entonces las cosas. Una generación, la de mis padres, marcada a fuego por la Guerra Española y la Segunda Guerra Mundial. Perón era una suerte de Franco más Hitler más Mussolini. Y las fuerzas “buenas” eran las de la Unión Democrática del ‘46. La Argentina maniquea –lo entendí en los ‘60/’70– iba a ser un tema de mayor responsabilidad de los sectores cultos, instruidos, bien pensantes, que de los sectores que, en la puja industrializadora del ‘30/’40, iban a aparecer desordenadamente en la escena argentina. Un coronel acaudilló, por un cúmulo de circunstancias –la historia es también un cúmulo de circunstancias, muchas de las veces casuales–, aquello que

desde la aristocracia del pensamiento iba a ser bautizado como el “cabecita negra”. El pensamiento seguía añorando lo extranjero, mientras lo que por aquí se producía era de la industria “flor de ceibo”. Cabecitas negras e industria flor de ceibo tiñeron el lenguaje de aquel tiempo, donde lo culto era “la libertad y la democracia” y lo inculto era “la tiranía”. La Segunda Tiranía, porque la primera era adjudicada a Juan Manuel de Rosas.

Participé, de modo menor, en alguna apoyatura civil en el golpe de estado de 1955, aunque no sufrí persecuciones –de las de entonces, que vistas hoy serían cosa de niños de pecho– en ese tramo de 1954/55. No digo que no las hubiera. Yo no las viví. ¿Suerte, desinformación, desencuentro con la realidad? ¿O realidad? Que éramos conspiradores a nuestra manera, se sobreentiende. Pero que yo hubiera sido víctima –como aquella bala que me perforó la pierna derecha en noviembre del ‘51, durante la clausura de la campaña Balbín-Frondizi– de riesgosa persecución cotidiana y personal, no. La simbología de la bala no implicó el armado del esquema del terror, esquema que luego algunos (que habían sido peronistas) predicaron para traspasarse al golpismo desde una visión retardataria.

En setiembre de 1955 tomábamos las facultades de la Universidad de Buenos Aires y el futuro nos sonreía: así lo creíamos. A las grupas de lo que otros tenían muy claro –el golpismo–, nosotros nos creímos por un rato los protagonistas de aquella Reforma Universitaria de 1918 que había subrayado que el sujeto universitario principal era el estudiante. Puesto hoy en perspectiva, mientras el país post-1955 respondía a los intereses internacionales y nacionales más reaccionarios, el reformismo universitario iba a crecer “algo al costado” de todo aquello, generando fórmulas de democratización interna (concursos, cátedras paralelas, gobierno tripartito, ingreso irrestricto) que permitían el crecimiento hacia momentos de excelencia a los que nunca se pudo volver.

Curioso: el golpismo de 1955 nos agrupó a los que pensábamos un país mejor para los más y a los que trabajaban para la extranjerización total en visión claramente reaccionaria.

El tramo de 1955 en adelante es el tiempo que empieza a rodar al compás del desgranamiento del antiperonismo. Nos iba a sacudir que lo militar se escindiera (Lonardi versus Aramburu) y que en lo civil empezaran a gestarse pensamientos disímiles, o a evidenciarse lo que pudo estar preexistentemente oculto: el radicalismo comenzaba a mostrarse en dos aspectos centrales (nacieron en el '57 el balbinismo de un lado y el frondicismo del otro); el socialismo iba a tener expresiones internas galopantemente contrapuestas; el conservadurismo iba a mostrar vertientes impensadas en los tiempos del antiperonismo genérico.

Por fuera de la Facultad pasaba un nuevo país y un mundo que pujaba por ser diferente. Por dentro del pasillo y del aula universitaria transitaba algo de todo aquello, aunque intermediado desde el esfuerzo intelectualizador. Agotar el repertorio de lo que por entonces ocurría es imposible. Apuesto a pinceladas, y con brocha muy gorda.

Nuevos agrupamientos y lucha de ideas

El antiperonismo que en el '55 sumó ateos al esfuerzo “derrocante” de sectores importantes de la Iglesia Católica, en su desgranamiento ulterior iba a advertir –mi caso fue el de muchos– que detrás de libertad contra totalitarismo, se ocultaba una batalla diferente. El peronismo no había traído conciencia de clase pero sí sensación de clase. Y muchos desde el antiperonismo lo que en realidad sentían era una postura antiobrera, ganadera y pastoril. Y desde la Facultad, los que predicábamos el reformismo, sumábamos dos alas: el MUR –Movimiento Universitario Reformista– y el AER –Ateneo de Estudios Reformistas– (al principio) y ARD –Agrupación Reformista de

Derecho- (después). Fundé AER y ARD, junto con otros amigos, porque el MUR nos parecía algo “izquierdoso”, muy creyendo de la mano del incipiente frondicismo. MUR tenía en su seno a comunistas, y la postguerra y la naciente guerra fría nos estaban alejando: en el principio, pervivía mi concepción occidental, sin advertir qué significaba una palabra que, pronunciada como “imperialismo”, me parecía servir para justificar la existencia del mundo soviético y de los comunismos locales. Fuimos –yo fui– inicialmente fiel a mi antiperonismo “globalizador” y fiel a la creencia de que, derrotada la Alemania nazi, la libertad y la democracia quedaban bajo la custodia de EEUU, Gran Bretaña y Francia; nunca, por entonces, se hablaba de los muertos soviéticos y de cómo finalmente se resolvió la contienda.

Mi revisión crítica consistió en abandonar ARD (el reformismo universitario de la Facultad, liberal y antiperonista) y pasarme a MUR (el reformismo que se iba planteando nuevas cosas que me comenzaban a importar). Empezaba, lentamente, a cruzar la calle. No me daba cuenta. Tampoco me daba cuenta de que en ese tímido cruzar, ingresaba yo en crisis respecto a padres que, necesariamente, tenían que quedar aferrados a un tiempo anterior, el que ya cambiaba.

Lucha de ideas. Pero donde leíamos y tratábamos de entender. También, digámoslo con honestidad: leíamos desde aquel ángulo en que podíamos nutrir nuestras baterías polémicas, para ganarle al otro. Éramos jóvenes y desde ese balcón juvenil inflábamos las camisas al viento, siempre con deseos de ganar. Asambleas, asambleas, asambleas. Vivíamos en estado permanente de asambleas en el movimiento estudiantil, porque el mundo lo teníamos en nuestras manos y porque la Argentina tranquila permitía que, un poco por trabajo y otro poco por los padres, hubiera elemental dinero para las elementales cosas de aquel tiempo.

Y en aquel tiempo –¡por favor!– aquél a quien le importara el dinero quedaba fuera de los debates centrales. Debates que incluían un fuerte crecimiento del movimiento humanista –con el tiempo, el adversario real del reformismo– no sólo por la influencia de una Iglesia Católica que había tenido preeminencia en el soporte ideológico para la caída de Juan Domingo Perón. El humanismo iba a ser una forma expresiva de la Democracia Cristiana que se venía instalando en el país desde poco tiempo antes de dicha caída.

Los humanistas eran “los otros”. Creciendo, aunque en el Consejo Directivo de la Facultad que integré –ya normalizada en el ‘58, cuando a la Universidad accede Risieri Frondizi– fuimos mayoría los electos desde el reformismo (MUR) y minoría los que venían desde el humanismo. Peleábamos por casi todo, porque era cuestión de oponerse siempre. Convengamos en que para el ejercicio intelectual de la pelea leíamos y leíamos (la pelea a balazos va a ocurrir después, por la aparición de un SUD –Sindicato Universitario de Derecho– a quien se le endilgó creencias filonazis, pero ya por entonces estoy saliendo de la Facultad). Leíamos fundamentalmente lo que se producía por fuera de la Facultad, pero que nos conmovía y mucho.

El nacionalismo ilustrado publicaba cosas sustantivas desde *Azul y Blanco*: Marcelo Sánchez Sorondo (mi ex profesor de Historia Constitucional Argentina), Mario Amadeo, el “Bebe” Goyeneche, entre varios. Leíamos también aquello, y en homenaje a la verdad histórica quede dicho que fue en aquel semanario del nacionalismo cuando por primera vez recalé en una idea que iba a tener profunda consecuencia en mi formación –claro que desde otra vereda–: la diferencia entre legalidad y legitimidad.

De su lado, la izquierda cercana al comunismo editaba *Pro-pósitos*, aquel formidable esfuerzo de un intelectual de envergadura como fue Leónidas Barletta.

El Partido en que yo militaba desde 1955 –el Partido Socialista a secas, porque las divisiones se van a producir en

1957/58– publicaba *La Vanguardia*, donde era muy difícil que mecháramos cosas que la hicieran desacelerar su antiperonismo “atrasado”. Desde el radicalismo no sólo se producía la división en el Congreso de Tucumán (Balbín con el radicalismo “del Pueblo”; Frondizi con los radicales intransigentes), sino que se producía un singular crecimiento de la influencia frondicista.

El desarrollismo

Arturo Frondizi venía de dejar huellas importantes en la concepción del autoabastecimiento petrolero desde la vereda nacional. *Política y Petróleo* era libro que nos resultaba imperdible, pero misteriosamente desaparecido de las librerías cuando Frondizi triunfa en febrero del '58. Cerca de él crecía un movimiento de gente de singular inteligencia. La Revista *Qué* (en realidad: *Qué sucedió en 7 días*), comandada por Rogelio Frigerio, iba a producir una polémica interna dentro del frondicismo saldada –a mi modo de ver– por lo que luego se dio en llamar el “frigerismo”. Pero allí, en el incipiente debate que gestó lo que luego se llamó el desarrollismo, pasaban ideas de envergadura. Las que podían gustarnos y las otras, pero todas con sustancia.

La ideología de *Qué* gana por lejos a aquella formidable publicación de los intelectuales del progresismo frondicista que, comandados –entre otros– por David Viñas, publicaban *Contorno*. (Algún día habrá que pedir a alguien de aquel intento ideológico de envergadura, que nos regale el cómo y el por qué de una posta donde todos los núcleos de pertenencia... pensaban.)

Con vértigo mental, nos impactaron cosas aparentemente disímiles: el pacto Perón-Frondizi, idealizado como alpagatas + libros; el descubrimiento concreto de qué era el imperialismo (Guatemala, Jacobo Arbenz y Castillo Armas); la esperanza en el APRA peruano; la latinoamericanización argentina; la divisa entre enseñanza libre y laica, debate –yo ya fuera de la Facultad– que va a instalar Frondizi mientras en el Congreso Na-

cional se abrían las puertas normativas para el ingreso de compañías extranjeras en la explotación del petróleo; el desarrollo “a cualquier precio”, contra la idea de que siempre el Estado tiene que contener un mínimo de ética, y que el incremento productivo no necesariamente conlleva la democratización del esfuerzo productivo y de la distribución del producido.

La Argentina había gozado de libertad de dependencia porque, por haber sido colonia inglesa y quedar Gran Bretaña malherida, EEUU, preocupados por la ejecutoria del Plan Marshall en Europa, habían postergado su avance por estas latitudes. La presencia estadounidense, en su envío ulterior, nos iba a hacer simpatizar con los otros. Si la Unión Soviética aparecía como agredida por EEUU y nosotros también, lo universitario progresista debía –casi por mecanicismo– pensar en términos pro-comunistas. Y, aunque yo ya fuera de la Facultad y aunque el PC cubano no hubiera intervenido en la gesta de Fidel, el crecimiento de la Revolución Cubana iba a tener un ingrediente superlativo en el crecimiento de aquella vocación antiimperialista.

Desde el Partido Socialista del ‘58 nos llamaban los jóvenes profundicistas. Independientemente de la provocación que el uso del presunto anatema significaba, es cierto que el frondicismo era –por entonces– el que más ideas había puesto sobre la mesa para discutir. La más atractiva: la unidad de intelectuales y obreros nos llevaría a superar la antinomia entre peronistas y antiperonistas. Y el desarrollismo nos llevaría a saltar desde la desordenada industria liviana del peronismo del ‘46/’55 a una industria de base, a una industria de industrias. “Usando” a EEUU, íbamos a lograr equipararnos en el empuje del desarrollo.

Democracia y poder profesoral en la Facultad de Derecho

¿Era la Facultad eso, más que eso, menos que todo eso? Qué difícil es contestarlo hoy desde la perspectiva de entonces. Hoy

me parece que en el Consejo Directivo –fui consejero por los estudiantes en 1959– nos parecía que el progresismo pasaba por la necesaria oposición a la mayoría profesoral. ¿Porque eran nombres –en Derecho– vinculados a la aristocracia agrícola-ganadera o, simplemente, porque eran profesores? Era una postura de sustancia o era un maniqueísmo donde la patronal eran los profesores (mayoría por estatuto universitario y con lapso de mandato más prolongado) y nosotros el proletariado?

Obsérvese cómo se definían algunas antinomias. Cuando yo ingreso al Consejo en 1959 era Decano el Dr. Aquiles Guaglianone, un civilista de fuste. Guaglianone era socio de Marco Aurelio Risolía, notable y temible profesor de Contratos (3er. curso de Derecho Civil), quien en 1966 pasaría a ser miembro de la Corte Suprema “electa” por el golpe militar de Onganía. Ambos parecían tener el “poder profesoral”. Correspondía, al iniciarse 1959, elegir nuevo Decano y los votos no nos daban para poner en la línea de combate para la opción a un hombre que nos parecía de fuste: Guillermo Ahumada, profesor de Derecho Financiero, autor de un Tratado de su materia en el que volcaba la idea de que el presupuesto nacional debía estar pensado para los más y no para los menos y de que en la definición de la política del impuesto se advertía si un Estado quería proteger a los más débiles o enriquecer a los más fuertes. La suma de los votos de la minoría profesoral, de la minoría de egresados (Ismael Viñas, el abogado, el hermano del formidable David Viñas) y de nuestra mayoría estudiantil, nos dejaba sin imponer Decano. Por dos votos: 9 ellos, 7 nosotros.

Uno de los integrantes de nuestra mayoría estudiantil (Eduardo Jozami), trajo la versión de que uno de los profesores de la mayoría (Walter Beveraggi Allende), que por cierto no tenía vocación alguna para votar por Ahumada, tenía resentimientos con Risolía. Un voto menos, nos dijimos, pero no un voto más para nosotros. Beveraggi Allende nos recibió tomando mate en su estudio de Diagonal Norte, donde concurríamos

para sondear si la versión era exacta y, en todo caso, cuál era la predilección de él entre los profesores de la minoría. Porque para nosotros los profesores de la minoría –en cuanto aliados posibles– eran todos buenos; los profesores de la mayoría –con candidato de perfil muy duro: Risolía– eran nuestros enemigos o, con la sensación de entonces, eran nuestros adversarios. Beveraggi nos refirmó en la conversación su oposición a Risolía (con el tiempo íbamos a saber que por una cuestión meramente personal) y dijo que entre los profesores de la minoría el destacable era Francisco Laplaza, hombre de Derecho Penal.

Entusiasmados con el posible empate –que llevaría a sorteo y a la connatural esperanza cifrada en el azar– provocado por la desertión de Beveraggi y la posibilidad de “sumarlo a nosotros”, montamos seguramente de manera inconsciente –Strasser, Jozami y yo, consejeros por MUR en la mayoría estudiantil– la tesis de que la derrota del “poder profesoral” de Risolía y Guaglianone era, *per se*, una victoria. Laplaza no era nuestro candidato, pero lo otro se sobreponía a cualquier circunstancia.

En la sesión del Consejo Directivo en que se debía elegir Decano se logró el ansiado empate. Luego, el bolillero para el sorteo. Resultado: “pusimos” el Decano. La suerte acompañó al nombre de Francisco Laplaza. Ganamos. ¿Ganamos?

En el andar de las sesiones del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho –yo me había recibido y por tanto entendí que al promediar 1959 debía ya retirarme y dejar paso a mi suplente– iba a advertir la cercanía ideológica entre Laplaza y Risolía y la diferencia intelectual y conductiva en favor de este último. Nosotros, los ultraístas de ese momento, habíamos admitido que un sólo hombre, Walter Beveraggi Allende, fuera el gran elector. ¿La democracia consistía en derrotar a la presumible dictadura profesoral desde el sólo dedo de un hombre que no acompañaba a nuestro candidato, colocando a otro con quien tampoco coincidíamos?

Universidad y sociedad

Vivíamos en 1959 las consecuencias de aquel septiembre de 1955: la llamada Revolución Libertadora. El lector recordará que, tras tomar nosotros las facultades de la Universidad de Buenos Aires, el poder militar antiperonista (antiperonista del último tramo, pues Rojas y Aramburu habían tenido mil cosas con el General Perón), quiso no jugarse todo a la carta de la derecha intelectual de entonces, por ejemplo Atilio Dell’Oro Maini, inteligentísimo personaje que accedió al Ministerio de Educación con el auspicio y empuje de un factor de poder como entonces era la Iglesia Católica. Como contrapartida, a nosotros se nos otorgaba “la revolución universitaria”.

Nace en 1955 como Rector Interventor de la UBA una figura del progresismo: José Luis Romero, brillante intelectual, culto, socialista, no creyente y, por lo demás, claramente enroldado en el reformismo universitario (en 1958, Romero va a jugarse en favor de lo que sería el Partido Socialista Argentino, con desmedro de lo que expresaba la derecha de Américo Ghioldi y Nicolás Repetto –el Partido Socialista Democrático–).

Nosotros creímos –Romero también– que a pesar de que predicábamos que la Universidad debía no ser una isla y debía estar abierta a todos y que era menester forjar la alianza obrero estudiantil, era necesario afianzar “lo universitario”. Ese afianzamiento en la práctica operaba como una autoexclusión. Es que lo estudiantil de entonces era, objetivamente, antiperonista, en cuanto desde allí –y más allá del cada uno y del cada cual– se vivía un consciente o inconsciente antiobrerismo. Al país real le pasaban cosas como los fusilamientos de 1956 o la división del movimiento obrero –“las 32” gorilas contra “las 62” peronistas– y, sin embargo, no pasábamos de la toma de algunas posiciones internas en asambleas. Luchábamos por lo universitario, que todavía contaba con buen presupuesto –iba

a contar durante un buen rato con un muy buen presupuesto— y donde se podían mejorar muchísimas cosas.

José Luis Romero y Risieri Frondizi —uno impuesto por las armas triunfantes de septiembre de 1955, a las que adheríamos desde lo ya dicho; otro impuesto por la abrumadora Asamblea Universitaria que se celebró en la Facultad de Medicina— implicaban el progreso universitario. En esa Asamblea votamos por Risieri Frondizi, mi padre —José María Monner Sans, que ingresaba como Decano electo en la Facultad de Filosofía y Letras— y yo, en carácter de representante de los estudiantes en la Facultad de Derecho.

Y esa línea es la que va a perdurar hasta 1966, cuando la Noche de los Bastones Largos desaloja al progresismo.

Mi tramo como estudiante fue desde abril del '54 a diciembre del '58. Al alejarme de la Facultad al promediar el '59 y no volver a ella sino muchísimos años después, seguí el desarrollo entre el '59 y el '66 por los amigos, por mi familia, por los diarios, por mi pertenencia partidaria de entonces en el socialismo de izquierda. Sentía ambivalencia: el “cientificismo” universitario crecía de manera riquísima, pero yo no alcanzaba a comprender en qué punto no se producía la ligazón amada desde el reformismo entre pueblo y estudiantina. ¿Era posible y no lo advertíamos? ¿Era imposible? De pronto crecía la más pura ortodoxia contestataria —el trotskismo de entonces, por ejemplo— dentro de la Facultad y, en cada elección, sufría de escualidez supina en punto a votos. (Muchos trotskistas de entonces y muchos hombres de otras pertenencias de la máxima izquierda devinieron afamados abogados, hoy con preferente atención de empresas multinacionales.)

Hoy me pregunto “contra quién” tomábamos las facultades, y yo personalmente no tengo respuesta. Si ingresábamos desde el visto bueno del poder militar, ¿podíamos creer que era por aquello de que desde la Reforma el sujeto principal en la

Universidad era el estudiante? No acierto en una única respuesta, porque la confluencia en el gopismo tenía vertientes entre sí antinómicas, no expresadas, larvadas en su desarrollo ulterior. Y porque creo que a mí, con 18 años en septiembre de 1955, me seducía también mi propio protagonismo personal. Yo entonces terminaba primer año de la Facultad, por lo que mi personal respuesta y mis intransferibles dudas pueden estar muy lejos de ser aquello que pensaban los que por entonces eran algo mayores.

El “asambleísmo” se había instalado. ¿Era una forma de democracia directa que ensayábamos, sin saber qué era la directa democracia? ¿Era que nos sentíamos artífices del tiempo que se construía? Se discutía de todo. De lo universitario se pasaba a lo nacional, de lo nacional se transitaba hacia lo internacional. Venía Hungría de 1956 con lo que ello implicaba como desmedro de prestigio para el bloque de la URSS y se instalaba un debate sustancial donde –al ir creciendo en algunos de nosotros una conciencia muy claramente antiimperialista– “comprábamos” con alguna rapidez que todo lo antisoviético era manejado por la CIA.

El lector ensayará entender qué ligazón podía existir entre el episodio Francisco Laplaza y el tema internacional. Ensayará entender qué ligazón podía existir entre lo que nos contaban quién había sido Sandino y el manejo de la orden del día y el despacho de comisiones en el Consejo Directivo. Ensayará comprender qué vínculos podían anudarse entre rescatar al primitivo Haya de la Torre –no el de después–, con la discusión para conformar las comisiones de estudio; o entre nuestra visión del Plan Marshall y la Guerra Fría, con el tema de quién manejaba la Revista de la Facultad.

Es probable que en esos ensayos, a ese lector le queden –como hoy me quedan a mí– la sensación emocional y la sensación intelectual.

Lo emocional: todo estaba por ser hecho y de allí nuestro optimismo omnificador. En el fondo, éramos positivistas sin saberlo, en cuanto presumíamos el progreso rectilíneo, sin quebraduras.

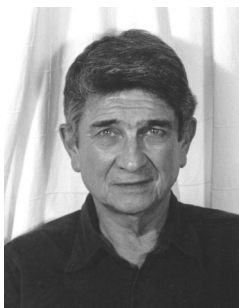
Lo intelectual: sólo el saber democratiza de veras.

No éramos “clientes” de universidades donde lo esencial es la rentabilidad empresaria. Éramos alumnos que veníamos con la implícita idea de cobrarle a la sociedad el derecho a la educación, predicando –algunos– que al salir de la Universidad pasábamos de ser acreedores a constituirmos en deudores de un tiempo mejor. Nos ganó la idea de que la Universidad de Buenos Aires era perfectible y que nosotros contribuíamos a la perfección: fortalecer la cultura era expandirla –des-aristocratizarla–; desplegar la ciencia y el conocimiento era afianzar la ética –porque la ética individual, sin engarce en la ética del compromiso social, es mirarse al espejo para que todo siga como está–; profundizar las vertientes del pensamiento y de la inteligencia era explicarlas en el contexto del compromiso con la solidaridad.

Compromiso y solidaridad con quien estaba dentro de la Universidad, claro, pero mucho más con quienes no podían llegar a ella.

Estábamos enamorados de la ciencia y la cultura

ANTONIO BARRUTIA



Quiénes lo conocen a través de su ininterrumpido bregar en pos del triunfo de los postulados reformistas en la universidad, coinciden en que Antonio Barrutia guarda fiel memoria de los acontecimientos principales de la historia universitaria. Nos habían dicho que es un archivo actualizado y que facilita el trabajo por la generosidad con que se presta a la consulta. En este capítulo, basado en una entrevista plasmada al son de recuerdos tras-

lados al ahora, sin retacear la emoción de las antiguas luchas y sus logros, nos demostró que su fama estaba bien fundada.

Luego de participar como estudiante en la conflictiva época anterior a 1955 y en los primeros años de la renovación de la Universidad de Buenos Aires, Antonio Barrutia se recibió de médico en 1960 y se especializó en psicoanálisis en la Asociación Psicoanalítica Argentina, egresando en 1969 con el título de Médico Psicoanalista.

Es “miembro didacta” de la Asociación Psicoanalítica Argentina y “miembro fundador y analista de formación” de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis. En 1979 fue fundador de ADEP (Asociación de Estudios Epistemológicos del Psicoanálisis).

Ocupó diferentes cargos en el Centro Universitario de Medicina (CUM) y en la FUBA desde 1954; fue Secretario General de FUA en 1957; representante estudiantil en la Comisión de Pedagogía Universitaria de la UBA en 1958, y miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina por la mayoría estudiantil reformista entre 1958 y 1959.

En 1961 fundó el Movimiento Universitario Reformista de Graduados de Medicina; entre 1998 y 2000, fue miembro del Consejo Directivo de la Facultad por la minoría reformista de graduados; entre 2000 y 2002 miembro del Consejo Superior de la UBA, reelegido para el mismo cargo en 2002.

Desde las luchas estudiantiles de la década del '50 hasta su participación actual en el gobierno universitario, Antonio Barrutia ha mantenido una firme trayectoria en defensa de la educación y la ciencia.

¿Cuál fue su participación en las luchas estudiantiles previas al golpe militar de 1955 e inmediatamente posteriores?

El grupo reformista al que yo pertenecía integraba la FUBA y habíamos logrado la mayoría en casi todos los centros de estudiantes. En octubre de 1954 regía el “estado de guerra interno”, con una falta total de libertades públicas. Fueron clausurados los centros y encarcelados más de ciento veinte estudiantes. Estuve preso por “alteración del orden público” y a los 21 días me dejaron en libertad. Sin haber siquiera salido del Cuadro Quinto de la cárcel, me volvieron a detener “a disposición del Poder Ejecutivo”, condición en la que no se aceptaban recursos de *habeas corpus* ni abogados defensores.

Estuve cuatro meses preso y casi un año sin poder cursar materias ni rendir exámenes. Habían retirado los legajos de algunos dirigentes estudiantiles. No figurábamos como alumnos; algo totalmente ilegal que sucedió bajo el decanato del neurocirujano Raúl Matera y el Rector Jorge Taiana. Pude continuar mis estudios cuando faltaban pocos días para la Revolución Libertadora y algunos funcionarios temían seguir implementando medidas represivas.

Entre febrero y marzo de 1955 habíamos salido en libertad y muchos nos comprometimos con el golpe de estado, como única manera de recuperar los derechos perdidos y el funcionamiento democrático de las instituciones. Éramos cons-

cientes de que nuestra tarea implementaría ideas maduras durante nuestra lucha.

Ese año dedicamos bastante esfuerzo en realizar un congreso de estudios universitarios en la clandestinidad. Los reformistas queríamos instaurar el gobierno tripartito por considerarlo el mejor instrumento para los cambios que llevaran la Universidad a un nivel internacional. En este objetivo estábamos plenamente de acuerdo con los humanistas. Pensábamos que dos de los claustros, el de profesores y el de graduados, habían abandonado la defensa de los ideales de la Universidad y que eso nos obligaba a asumir por un tiempo la representación de los tres claustros.

El lema “nosotros somos la universidad” nos movilizó y nos dio sustento en un primer momento. Los grupos que participamos en el golpe tomamos la Universidad de Buenos Aires y las facultades sin ninguna dificultad ni violencia. No hubo actos de resistencia ni de oposición. Fui uno de los militantes del Centro de Estudiantes de Medicina que tomó la Facultad. FUBA como institución mantuvo, con nuestro apoyo, su posición antigolpista.

Constituido el nuevo gobierno nos subordinamos a la dirección de FUBA. Cada uno de los presidentes de los centros contribuyó desde su facultad a mantener el orden y la actividad ocupando de hecho las funciones de rector, vicerrector, decanos o vicedecanos. Los estudiantes manejamos la Universidad desde unos días antes de que asumiera la presidencia el general Lonardi y por veinte días, hasta entregarla a José Luis Romero, el Rector Interventor propuesto por nosotros. Durante ese lapso se reanudaron las actividades docentes.

El proyecto de construir una Universidad científica, rigurosa y profundamente democrática no fue solamente de nuestro grupo reformista. Lo compartían los estudiantes humanistas, que pertenecían a una corriente predominantemente católica y

fundamentalmente teocentrista y grupos de graduados y profesores, generalmente minoritarios, que provenían de muy distantes corrientes ideológicas. Nos unió ese proyecto y no nos dividió la ideología política, porque todos actuaron con mucha nobleza. Queríamos cambiar la sociedad en su conjunto y pensábamos que desde la educación y la cultura se podía intervenir y provocar ese proceso, construyendo una sociedad mejor con códigos, vínculos e instituciones más justas e igualitarias.

¿Quiénes fueron los candidatos de los estudiantes para dirigir la Universidad y la Facultad de Medicina?

Los estudiantes presentamos al Poder Ejecutivo de facto una terna para Rector compuesta por José Luis Romero, José Babiní y Vicente Fatone, y una terna para Decano de la Facultad encabezada por Nerio Rojas.

Los humanistas, liderados por el presidente del centro de Medicina, Carlos Alberto Velazco Suárez, apoyaron sin reticencias las candidaturas de José Luis Romero y Nerio Rojas, ambos reformistas. Carlos Alberto fue un presidente excepcional, totalmente ecuaníme. La mayor parte de las veces los dirigentes humanistas y reformistas votábamos juntos, y ese acuerdo fue muy fructífero. Los lazos de amistad que se formaron fueron muy intensos y no se rompieron totalmente a pesar de las discrepancias que iban a surgir en el futuro.

El Poder Ejecutivo respetó el orden establecido en las ternas y nombró a José Luis Romero Rector Interventor y a Nerio Rojas Decano de Medicina. Logramos que se nombraran ocho de los decanos que propusimos y perdimos solamente en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde la derecha logró imponerse.

Nerio Rojas gobernó con una junta consultiva en la que estuvieron Carlos Canitrot y Carlos Alberto Velasco Suárez. No siempre estuvimos de acuerdo con Nerio Rojas, sobre todo en

las impugnaciones al nombramiento de profesores, que estaban previstas en el decreto ley 6.403 de 1955. Nosotros tratamos de que se basaran en situaciones concretas y objetivas que hacían a lo ético. Por ejemplo, un motivo de impugnación no definitivo fue haber adherido a la reelección de Perón. Lo que considerábamos sancionable no era la adhesión misma sino haberlo hecho sabiendo que era uno de los instrumentos para dejar cesantes a los pocos profesores que se negaban a firmar.

Las impugnaciones se trataban en la junta consultiva, pero Nerio Rojas creó una instancia en la cual el profesor podía defenderse en una entrevista decisoria a solas con él. Malévola-mente nosotros decíamos que él le levantaba la impugnación a sus amigos, lo cual en parte pudo ser cierto. Nerio Rojas podía decir, con fundamento, que conocía la historia de la Facultad y evaluar si era útil perdonar alguna falla ética menor para no perder una figura con mérito académico. He de agregar que si bien ayudó a levantar algunas impugnaciones, él no propició ninguna.

¿Qué balance hace del primer período del rectorado?

Recuerdo con mucho cariño y admiración a José Luis Romero. Él tuvo gran influencia sobre los estudiantes de mi generación a través del Instituto Libre de Estudios Superiores y de la revista *Imago Mundi*, que había fundado y dirigía. Durante su actuación como Rector Interventor, con el conjunto de los claustros se establecieron las ideas básicas del modelo de universidad que se iba a implementar más tarde con Risieri Frondizi. Recuerdo haberlo encontrado una noche en una cervecería clásica, charlando con Orfila Reynal sobre la forma de hacer en Argentina algo similar al Fondo de Cultura Económica que su amigo dirigía en México. En ese momento se estaba gestando la idea de fundar Eudeba.

El intervalo que cubrió Ceballos a raíz de la renuncia de José Luis Romero podemos considerarlo una meseta sin grandes caídas.

Antes de que él asumiera, me tocó hacer una de las cosas más singulares de mi vida. Los estudiantes de Medicina decidieron en una asamblea multitudinaria que Ceballos no debería reemplazar a Romero y me encomendaron encabezar una delegación para ir a decirselo. Nos recibió en su casa, junto nada menos que a Saavedra Lamas, premio Nobel de la Paz. Estaban festejando el nombramiento y no iban a imaginar que yo fuera a comenzar un encendido discurso pidiéndole que en nombre de su pasado reformista no aceptara sustituir a Romero. Ceballos se quedó mudo, se fue poniendo pálido y Saavedra Lamas salvó la situación diciendo: "Me gusta por lo vibrante. Cómo se nota que son jóvenes." Con esa frase consiguió distender la situación. Ceballos dijo que no iba a renunciar y nosotros pudimos retirarnos con dignidad y sin provocar incidentes.

¿Cuál fue su intervención en el momento de la reorganización de la Universidad?

En diciembre de 1957 los representantes de los tres claustros constituidos sobre los nuevos padrones y elecciones previas, votaron a las autoridades universitarias que tendrían la misión de reorganizar la Universidad de Buenos Aires, poner en marcha las nuevas leyes y crear los estatutos.

Los dirigentes estudiantiles de Medicina pertenecientes a FUBA, entre otros, propusimos para Rector a Risieri Frondizi. Era el candidato capaz de continuar y consolidar las reformas iniciadas por Romero. Risieri Frondizi resultó electo con el apoyo de la minoría de los profesores de Medicina. La mayoría de los profesores en Medicina fue siempre reaccionaria, resistente a los cambios.

Junto a la candidatura de Risieri Frondizi para Rector surgió la de Florencio Escardó para Decano, también con el apoyo de la minoría de los profesores, después de que la elección de Alfredo Lanari fuera impugnada por los profesores de la mayoría por considerarla incompatible con su condición de docente con dedicación exclusiva.

Florencio Escardó fue el primer Decano (reorganizador) elegido por el nuevo claustro reformista. Su mandato, al igual que el primero de Risieri Frondizi, era por un año. Escardó era un intelectual con gran capacidad de liderazgo, muy brillante y expeditivo, capaz incluso de conducir una asamblea de estudiantes. En un año como Decano consiguió hacer más reformas que otros en cuatro años.

Desde febrero a noviembre de 1958 fui miembro de la Comisión de Pedagogía Universitaria y desde noviembre del '58 hasta octubre del '59 del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina por la mayoría estudiantil reformista. También participé en la Asamblea Universitaria que aprobó el Estatuto y eligió a Risieri Frondizi por cuatro años.

El período comprendido entre los años 1955 y 1958 fue para la Facultad de Medicina y la mayoría de las facultades el más importante en el proceso de reformas hacia la idea común de una Universidad rigurosa, científica y profundamente democrática, modelo que rigió desde 1955 a 1966.

¿Qué ideas se discutían en la Facultad de Medicina?

Se dirimían aspectos esenciales, como el enfoque de la medicina y la estructura docente, en particular la forma de implementar la enseñanza.

La Medicina en la Argentina tenía una fuerte tradición francesa, clásica, en un momento en el que ésta ya no estaba a la vanguardia de los adelantos científicos y tecnológicos. Nuestro objetivo era una Universidad actualizada y científica y conse-

cuentemente cambiar el modelo de enseñanza con clases magistrales como manera de transmitir los conocimientos. Queríamos transformar las aulas en talleres y laboratorios.

Hubo un interregno en que los médicos con más base científica tenían formación alemana, comenzando a explicar las patologías basándose en los nuevos conocimientos de Fisiología y dando origen a la Fisiopatología. Lanari, luego director del Instituto de Investigaciones Clínicas, había comenzado su formación en Alemania.

Después lideró los cambios la Medicina de EEUU, donde hacía 60 años que tenían un sistema de residentes. La gran lucha se dio entre la antigua corriente clásica y los que proponían actualizarse con la pujante corriente moderna. Por eso nos unimos, apoyando ese proyecto por encima de diferencias en la ideología política.

Ser progresista era buscar la actualización de la Universidad. Los factores revolucionarios del cambio fueron por un lado incluir la investigación como parte de la función docente y del fortalecimiento de la base científica; por otro la dedicación exclusiva y semi exclusiva de profesores y ayudantes en los tres ciclos, con predominancia en el básico.

La Medicina no es Medicina si no tiene base científica, aunque los médicos no seamos científicos, ni lo sean la Medicina en sí misma ni su ejercicio. El pensamiento tiene que poseer bases racionales y una cierta fundamentación empírica, o sea de corroboración. Como decía Popper: posibilidad de "falsación". Aunque los médicos no seamos científicos ni hagamos ciencia, tenemos que hacer buena Medicina, que requiere de tecnología y ésta, a su vez, como toda tecnología moderna, tiene que tener base científica. La medicina a la vez es arte, el médico también es un artesano que debe usar su artesanía sin contradecir las reglas científicas predominantes o paradigmáticas.

Que lo que haga sea útil o no, es otra cosa, porque aunque uno se apoye en la ciencia, se llama también conocimiento a

ciertas formas de percibir aspectos parciales de la realidad que todavía no tienen corroboración científica, pero que en algún momento tendrán que tenerla. En ese sentido soy fuertemente “popperiano”, tengo la impresión de que cualquier enunciado para ser científico tiene que poder ser refutado. Si yo digo algo que no puede ser refutado, puede ser verdad, pero es metafísica o religión o ideología, no ciencia.

Soy de los que se inclinan a diferenciar entre ciencia, política e ideología, aunque a raíz de esta posición algunos me consideran liberal burgués. Pero para mí son niveles distintos: el ideólogo defiende una idea; el político defiende la realización de sus ideas; el científico busca la verdad, aunque ésta se vuelva en contra de sus objetivos o ideas.

Aquél era un momento de cambio científico y, sin saberlo, nosotros estábamos enamorados de la cultura. Encarábamos con el mismo criterio de excelencia las transformaciones en la enseñanza de las llamadas ciencias duras y de las ciencias humanísticas o sociales, que para nosotros no estaban escindidas.

¿Cuáles fueron los cambios en la Universidad que más facilitaron los cambios en la Facultad de Medicina?

El Primer Censo Universitario permitió obtener información sobre las principales causas de deserción estudiantil. Los cambios se generaron a partir de la coordinación y el asesoramiento de los distintos cursos de ingreso y sistemas de admisión, el estudio y la implementación de las condiciones de regularidad y la departamentalización en lugar del sistema de cátedras.

Al igual que Risieri Frondizi, teníamos una idea unitaria de universidad y bregábamos para que no fuera una suma de Facultades, manejada cada una como un feudo donde mandara un caudillo. Trabajé, como representante estudiantil, en la Comisión de Pedagogía de la Universidad, que constituían Eduardo Braun Menéndez, Manuel Sadosky y Jorge Graciarena. Éra-

mos partidarios de la departamentalización en las facultades, pero también de que esa estructura se trasladara a la Universidad, por ejemplo creando un Departamento de Biología o de Historia a nivel de toda la Universidad. Sin buscarlo, coincidimos muchísimo con Manuel Sadosky, con Gregorio Klimovsky, grupo que más tarde lideró Rolando García, quien se destacó en las reformas hechas en la Facultad de Ciencias Exactas.

Desde nuestro punto de vista, Manolo Sadosky fue un hombre muy importante. Tenía la virtud de unir lo imposible, consensuando posiciones que parecían irreductibles. Lo hacía sin ceder en nada y sin perder la dignidad, conversando, escuchando. En cambio era más difícil discutir con Rolando García y no lográbamos convencerlo fácilmente, lo que en nada disminuía el respeto y cariño que le teníamos.

Risieri fue indudablemente un gran Rector, que supo llevar coherentemente el proyecto junto al grupo de profesores de Ciencias Exactas, que es una Facultad científica, y a una minoría de profesores de Medicina, que procuraron que las materias básicas alcanzaran un alto nivel científico. El proyecto, iniciado por José Luis Romero y sustentado desde Filosofía y Letras por pensadores como Gino Germani, Gilda y Jorge Romero Brest, Frida Schultz de Mantovani, Juan Mantovani, Ana Barennechea, Francisco Romero y tantos otros, incluía también la formación de buenos profesionales en las distintas facultades y transformaciones fundamentales en las áreas humanísticas.

La creación de las carreras de Psicología, Sociología, Economía, Administración y la Escuela de Salud Pública, quedan como testimonio de los objetivos alcanzados.

¿Qué cambios señalaría como fundamentales en la Facultad de Medicina?

El núcleo organizador en Medicina, raíz inicial y semilla del cambio, fue lo que todos llaman el grupo de Houssay, que no sólo comprendía a los fisiólogos. Eran minoría en el claustro de

profesores, pero tenían mucho prestigio. Entre ellos sobresalían Eduardo Braun Menéndez, Eduardo De Robertis, Alfredo Lanari, Mario Brea, Eduardo Mancini, Parodi, Deulofeu, Florencio Escardó. El apoyo que recibió Escardó de esos profesores durante su decanato, y muy especialmente de Braun Menéndez, fue fundamental para que se produjera el cambio académico.

A pesar de ser reformistas, muchas veces entablábamos mejor diálogo con profesores de una línea política conservadora. Conocí a un Houssay que no correspondía a la fama de ogro que le habían hecho. Tuve el privilegio de discutir con él dos proyectos nacidos en la Secretaría de Pedagogía de la Universidad, acerca del curso de ingreso y de los requisitos para ser alumno regular. Braun Menéndez o Sadosky, uno de los dos, me pidió que hablara con Houssay la forma de implementarlos en Medicina. Yo no había sido ayudante de su cátedra como muchos de mis compañeros. Houssay aceptó discutir los proyectos conmigo y me recibió en su casa, donde los estudiamos profundamente. Su esposa no estaba bien de salud y a cada rato lo llamaba desde el piso de arriba para pedirle algo. Ése fue el Houssay que yo conocí.

En Medicina fuimos partidarios del curso de ingreso, para alcanzar el nivel necesario para entrar a la Facultad. No se trataba de establecer cupos. En cuanto a las condiciones de regularidad, es un problema que hasta hoy no ha recibido una solución integral.

En el Instituto de Cirugía del Hospital de Clínicas dirigido por Mario Brea se trabajó por primera vez con la bomba para circulación extra corpórea. Vinieron dos ingenieros suecos a enseñar cómo se manejaba. El Instituto de Investigaciones Tisiológicas pasó a ser el Instituto de Investigaciones Médicas hacia fines de 1957 y, junto al de Cirugía y al Hospital de Niños con Florencio Escardó y Carlos Gianantonio, constituyeron el núcleo central de la transformación en Medicina y fueron pioneros en instalar un meritorio sistema de residentes.

Ya me he referido a la dedicación exclusiva y semi exclusiva y al fortalecimiento de la investigación científica. La implementación de un número significativo de becas estudiantiles y de posgrado, externas e internas, con posterior incorporación obligatoria a la docencia y a la investigación dentro de la Universidad fue muy productiva. La introducción de tecnología de punta en Cirugía Cardiovascular Central y Periférica y en Salud Pública por ex becarios lo testimonian. Desde el punto de vista humanístico, se incorporaron en los tres niveles del plan de estudios materias relacionadas con los aspectos psicológicos y sociales de la Medicina. Se introdujo el psicoanálisis y se lo integró a la psiquiatría clásica.

También fueron importantes las residencias médicas. Las primeras se organizaron con Mario Brea en cirugía y con Alfredo Lanari en clínica.

Carlos Gianantonio las había creado en el hospital de Niños a partir de las guardias. Gianantonio, Alfredo Lanari, Mario Brea, Jorge Firmat y Henry Teitelbaum, que habían trabajado en EEUU en hospitales con residencias, constituyeron un comité que estableció las condiciones indispensables para que un hospital tuviera residentes: que hubiera jefes hasta las 6 de la tarde, algunos con dedicación exclusiva; un ateneo anátomo-clínico semanal como se hacía en el Instituto con Lanari, o por lo menos mensual; y un número determinado de autopsias mensuales que corroboraran los diagnósticos y tratamientos previos. Ese era el marco científico que se le quiso poner a las residencias. Jorge Firmat organizó el Cemic junto a Ezequiel Holmberg y Samy Bosch, a partir de una idea de Braun Menéndez, y consiguieron concretarlo en una sala del Hospital Rivadavia.

Las residencias en el Instituto de Investigaciones Médicas y en el Cemic fueron indudablemente de las mejores. En las salas en que funcionaban bien desaparecía el médico que iba a tomar café, entraba a las 9 de la mañana y se iba a las 11.

Otra idea básica fue la de las unidades hospitalarias. Propusimos un plan de estudios con un ciclo básico fuerte, un ciclo pre-clínico y otro final clínico, a partir de Semiología, que se cursara en unidades hospitalarias. Se reemplazaron dos materias inmensas, Patología Clínica y Patología Quirúrgica (interna y externa), totalmente enciclopedistas, por cursadas prácticas de Clínica Médica y Quirúrgica. Si era posible en un solo hospital o un núcleo de hospitales que formaran parte de la unidad hospitalaria y estuvieran cerca. En el Hospital de Clínicas, el Instituto de Investigaciones Médicas, el Cemic, el Hospital Rawson, el Hospital Ramos Mejía, el Fernández, el Argerich o el San Martín. Son las que recuerdo. Apoyamos un proyecto para que de las mejores unidades hospitalarias surgieran escuelas de Medicina dependiendo de la Facultad, como el Instituto y el Cemic, que tenían un encargado de docencia pero dependían administrativamente de la Facultad. Hicieron época.

Otra medida trascendente fue la constitución y el funcionamiento del Departamento de Graduados.

¿Cómo surgió la Escuela de Salud Pública?

Fue idea de Risieri. En Medicina el que más contribuyó a instrumentarla fue Carlos Canitrot, que se había formado con una beca externa de la Universidad de Buenos Aires en una Maestría en Salud en Berkeley, universidad que estaba a la vanguardia en medicina sanitaria. Fue el primer especialista del país en esa disciplina, con una rigurosa formación de posgrado. Varias generaciones de profesionales de diversas carreras complementaron su formación y la implementaron en instituciones públicas.

¿Qué influencia tuvo en la Facultad de Medicina la llamada lucha laica-libre?

Tuvo dos momentos muy diferentes. El primero durante el gobierno de Aramburu, y se ganó, a costa de la renuncia de Ro-

mero. El segundo, en el gobierno de Frondizi, se ganó en la calle y en la opinión pública, pero se perdió en el parlamento.

En 1956, el Ministro de Educación Dell'Oro Maini apoyaba, junto a los humanistas, el artículo 28 del decreto ley 6.403, que permitía a las universidades privadas otorgar títulos habilitantes. Los reformistas estábamos absolutamente en contra. La mesa directiva de FUA le pidió la renuncia a Dell'Oro Maini sin tener mandato de la Federación, por sugerencia de algunos dirigentes estudiantiles y graduados porteños. Al conocerse este pedido de la mesa directiva de FUA los estudiantes se movilizaron, hubo tomas de facultades y se precipitó la renuncia de Dell'Oro Maini y, en contrapartida, la de José Luis Romero. Fue una victoria a lo Pirro, porque no se reglamentó el artículo 28, pero la renuncia de Romero fue un costo muy grande. Este acontecimiento llevó también a la caída de la mesa directiva de FUA y la renuncia de la mesa directiva de FUBA, como reacción al telegrama inconsulto. De allí en adelante surgieron discrepancias con los humanistas y a pesar de que ambos grupos seguíamos buscando una misma universidad, no nos poníamos de acuerdo con las candidaturas. Por esa razón la reelección de Risieri Frondizi por un período completo de cuatro años se hizo complicada.

En 1958, durante la segunda crisis, contra nuestro consejo, el Rector Risieri Frondizi encabezó una manifestación multitudinaria. La historia no se repitió. No perdimos al Rector, pero el Parlamento, con muchos ex líderes reformistas transformados en diputados oficialistas, votó la ley Domingorena, que habilitaba a las universidades privadas, y se perdió la lucha definitivamente. Sus consecuencias todavía hoy no han sido analizadas.

¿Cómo fue la sucesión de Escardó?

La separación con el humanismo se hizo mayor, pero se conservaron el diálogo y la coincidencia en el modelo de universi-

dad, como lo demostraría luego la gestión del Ing. Hilario Fernández Long como Rector y de Ludovico Ivanissevich como Secretario.

Nuestro primer candidato para suceder a Escardó como Decano fue Mario Brea, que no contó con el apoyo de los humanistas porque hizo pública su intención de votar por Risieri Frondizi para Rector. Sin los humanistas no podíamos imponer a Brea. Reformistas y humanistas coincidimos que el mejor candidato era Braun Menéndez. Le pedimos una entrevista. Contábamos con el apoyo de la mayoría del consejo: mayoría de graduados y minoría de profesores. Nos recibió en su casa un domingo y el lunes era la elección. Braun había meditado su resolución y nos dijo: “Creo que ustedes van a pensar que soy un hombre egoísta pero no quiero ser el Decano de miles de alumnos de Medicina en una facultad en la que se van a recibir más de mil médicos por año sin alcanzar la formación que considero indispensable. La mayoría de profesores del Consejo Directivo no me va a acompañar en la empresa de enseñar la Medicina que nuestro país requiere. Prefiero utilizar los diez años de vida útil que me quedan para formar veinte fisiólogos de primera línea que el país necesita y como director del Instituto de Fisiología puedo hacerlo.” Eso lo dijo en noviembre de 1958 y el 7 de enero del ‘59 murió en un accidente de aviación. Fue una pérdida irreparable para la ciencia argentina, en particular para la Facultad de Medicina y la Universidad de Buenos Aires.

Voté por Munist, un médico con gran prestigio clínico, que tenía ideas progresistas en política universitaria. Le pedimos que se comprometiera con el proyecto estudiantil. Le llevamos un documento escrito, con cinco puntos de nuestro programa que considerábamos primordiales y que habíamos estudiado y discutido con los profesores de la minoría. Lo que acordamos de palabra fue:

1. Que la Secretaría Académica pasara a ser Secretaría Técnica, constituida por tres integrantes y que el cargo de Secretario se llenara por concurso en lugar de ser nombrado por el Decano, para que no dependiera de la movilidad política. El titular, un profesor, y por lo menos otro cargo debían tener dedicación exclusiva o semi exclusiva. Esa secretaría debía estudiar los proyectos técnicos en relación con la educación. Gilberto Gallo Morando, Horacio Cormic y Pablo Abadie dejaron su impronta.

2. Un plan de estudios que ya habíamos discutido con los profesores de la minoría y que dividió la carrera en tres ciclos (básico, pre clínico y clínico), el tercero cursado en unidades hospitalarias. Se aplicó y fue la base de la enseñanza hasta hace muy poco tiempo.

3. El compromiso de votar por Risieri Frondizi como motor de esta gestión. La reelección de Risieri fue mucho más conflictiva que la primera elección y Munist fue una de las personas que más lo apoyó.

4. La departamentalización, una idea que no era solamente estudiantil. La habíamos trabajado desde la Secretaría Pedagógica de la Universidad y la minoría de profesores.

5. Que se creara un Departamento de Graduados llenado por concurso y con dedicación exclusiva para contribuir a organizar toda la enseñanza de postgrado, la educación permanente y la re-certificación. El profesor Del Carril fue elegido director, por concurso y con dedicación exclusiva.

Munist no sólo aceptó el plan que le presentamos sino que fue esencial en su ejecución.

Yo fui consejero desde el año '58 al '59, fui electo en octubre, asumí a fin del '58, y me fui en el '59. Ya tenía la sensación de ser menos eficaz que mi antecesor porque había disminuido el presupuesto. Esa disminución se acentuó mucho

más después del '62. No es tan cierto que nos haya ayudado Arturo Frondizi durante su presidencia. Frondizi nos complicó enormemente, a pesar de ser hermano del Rector. Tampoco es cierto que Illia nos haya ayudado especialmente, si bien hizo respetar al máximo la autonomía universitaria a pesar de las hostilidades evidentes y públicas de algunos sectores. Los radicales de comité, lo digo como radical, nunca entienden que la Universidad no debe transformarse en isomorfismo con un partido político. Es otro modelo.

Fustinoni fue el último Decano de esa época, el que ejercía la función al intervenir la universidad. Fue un profesor muy valorado como docente. Para nuestro grupo, el MUR, estaba justo en el límite entre los profesores progresistas y los que no lo eran.

¿Qué puede contarnos del Instituto de Investigaciones Médicas?

Antes de 1955 era el Instituto de Investigaciones Tisiológicas y Neumonológicas, obra de Roque Izzo, neumonólogo y uno de los pocos profesores peronistas de buen nivel. Era titular de Semiología y gracias a su cercanía al gobierno peronista consiguió un muy buen presupuesto. Toda la estructura física que se puede ver hoy ya existía y en mejor estado. Pero no funcionaba ni como Instituto de Neumonología ni de Tisiología, ni siquiera de investigación. No internaban tuberculosos. Era una muy buena sala de Clínica Médica. Durante el rectorado de José Luis Romero se nombró director a un tisiólogo de muy buen nivel, el Dr. Cucciani Acevedo, que estaba de acuerdo con los postulados reformistas. Cucciani quiso internar enfermos con tuberculosis abiertas y provocó un fuerte conflicto. Los médicos del instituto provenían de la tercera cátedra de Clínica Médica y no querían quedar limitados al estudio de la tuberculosis. Esto pasaba en 1957, bajo el decanato de Nerio Rojas o Caeiro. En esa época se produjo el cambio de orienta-

ción del Instituto de Tisiología a investigación clínica, cambio que los estudiantes apoyamos y contribuimos a diseñar. Se llamó a concurso simultáneamente para profesor de esa tercera cátedra de Clínica Médica y para director del Instituto de Investigaciones Médicas con dedicación exclusiva. Lo ganó Alfredo Lanari, que tenía muchos antecedentes en investigación clínica, *mosca blanca* como profesor clínico *full time*.

Lanari, que estaba a la vanguardia de la Medicina, ya conocía la importancia del trasplante de órganos y de las diálisis renales. Yo vi hacer, siendo estudiante, los experimentos preliminares en perros y después su aplicación en seres humanos. Los estudiantes nos quedábamos a la tarde para ver cómo Agrest hacía lo que hoy son las arteriografías y cómo Gallo Morando, que después fue elegido Secretario Técnico de Medicina, hacía cirugía experimental en perros.

Varios jefes de clínica del Instituto se quedaban hasta las seis de la tarde. Todos eran muy exigentes. Se destacaron Agrest, Teitelbaum y Roncoroni. Eran excelentes y, cada uno sobresalía en algún aspecto. Los que fuimos residentes en el Instituto recordamos anécdotas de ellos, que nos ilustran y acompañan. Los tres eran amigos y tampoco entre ellos se perdonaban el mínimo error. Eran verdaderos maestros. De ellos hemos aprendido muchísimo y los recordamos con cariño.

Para los estudiantes y los residentes, el Instituto fue una escuela única de aprendizaje, de estudio, de vida médica. Los que pasaron por él se consideran con orgullo “del Instituto” como sucede con los alumnos que pasaron por “el Buenos Aires”.

Mi padre era médico y cuando se enfermó gravemente lo llevé a que lo viera Agrest, y se internó y se operó en el Instituto. Cuando veíamos internados a generales, obispos o profesores estaba todo dicho.

También allí aprendí que la base de una buena Medicina es una buena enfermería y el respeto y la jerarquía de la función.

Queríamos y admirábamos a todos los jefes del Instituto, tanto por lo que sabían como por su dedicación al trabajo. A Lanari, Agrest, Roncoroni, Teitelbaum, Rodó, Firmat, Martínez los respetábamos porque trabajaban y porque enseñaban.

Los modelos se forman con los primeros profesores. Muchos lo hicieron en Fisiología con Houssay y Braun Menéndez, o en histología con De Robertis. Yo consolidé mi modelo médico en el Instituto y me sigue ayudando a pensar, no solamente en Psicoanálisis o en Medicina, sino para pensar en la vida, como dice Agrest en dos de sus libros.

Alfredo Lanari debe haber sido junto con Braun Menéndez el hombre que más hizo por el cambio estructural y científico de la Facultad de Medicina. Si bien con menor reconocimiento y trascendencia pública, también tuvieron mucha participación Mario Brea y Eduardo de Robertis.

Así, Medicina pasó de ser una Facultad de cuarta categoría en el año '55, a ser en el '57 y '58 de primer nivel internacional.

El Instituto de Investigaciones Médicas

ALBERTO AGREST



En este capítulo, Alberto Agrest nos ayuda a recordar el nacimiento de un centro, hoy conocido como Instituto Lanari, donde la investigación, la docencia y el ejercicio de la clínica alcanzaron un alto nivel de excelencia. Lo lograron profesionales formados con rigurosidad científica y aplicación incondicional a la tarea que se habían propuesto.

En 1957 encontramos a Alberto Agrest ocupando el cargo de Jefe de Clínica del Instituto de Investigaciones Médicas y formando a través de su ejemplo de rigurosidad científica las primeras generaciones de residentes que lo recuerdan y reconocen como un maestro. Llegó al Instituto siendo Dr. en Medicina de la Universidad de Buenos Aires, grado que alcanzó presentando una Tesis sobresaliente y luego de haber profundizado su formación en EEUU, en la Universidad de Michigan, en la cual se desempeñó como Research Assistant y Becario de la Michigan Heart Association.

Pasó por el Hospital Claude Bernard, París, como Asistente de Investigación y en 1961 ocupó el cargo de Jefe de Investigaciones del Instituto de Investigaciones Médicas. Es también miembro fundador de la Sociedad de Investigación Clínica y autor de numerosos trabajos de investigación clínica que pueden consultarse en revistas de prestigio internacional.

Como docente, se encargó de los cursos de Formación de Residentes del Instituto, plazas de residentes que eran objeto de una fuerte competición entre los mejores egresados de la carrera de Medicina.

“Educar es mirar al futuro y tratar de afectarlo generando mayores conocimientos, mejorando el humor, haciendo tolerable las opiniones ajenas y socializando los intereses propios”, nos propone desde su libro Reflexiones inexactas de un observador médico.

En septiembre de 1957 la Facultad de Medicina llamó a nuevos concursos y una cátedra clínica, la 3ª, fue ocupada por primera vez por un profesor *full time*, el Dr. Alfredo Lanari. Al mismo tiempo la Universidad de Buenos Aires convertía el Instituto de Tisiología del Hospital Tornú, un reducto de la Universidad dentro de ese hospital, en Instituto de Investigaciones Médicas y designó como Director del mismo al Dr. Alfredo Lanari. Años después, el Instituto llevaría su nombre.

A fines del año 1957 Lanari y la mayor parte del personal médico que lo había acompañado en la 3ª Cátedra de Clínica Médica dependiente administrativamente del Hospital de Clínicas pasaron a desempeñarse allí, con dependencia administrativa directa de la Universidad.

El “Instituto” como se le conocía entonces, el “Lanari” como se lo conoce ahora, contaba con 100 camas de internación en un pabellón de atención de pacientes y un pabellón de laboratorios que se dedicó a la medicina experimental. De inmediato se organizó un sistema de residentes que en los primeros años convivió con el sistema clásico de médicos de planta a cargo de sectores de camas.

La atractiva personalidad del Dr. Lanari, su condición de investigador clínico, su dedicación exclusiva al servicio, su enorme capacidad de trabajo y su liderazgo indiscutible atrajeron rápidamente a médicos que ya habían trabajado con él en el Hos-

pital Muñiz y en el Hospital de Clínicas y a otros que se habían perfeccionado en el exterior, en EEUU, y que volvían al país dispuestos a aportar esfuerzos para colocar la Medicina argentina a la altura de los centros más avanzados del mundo.

La organización del CONICET gracias a la influencia de Bernardo Houssay permitió que muchos de esos investigadores se incorporaran al Instituto en calidad de *full time* y dispusieran de becarios que multiplicaron las posibilidades de realizar trabajos de investigación clínica y experimental, que pronto lograron prensa en las mejores revistas internacionales.

En el aspecto clínico el servicio de Anatomía Patológica guiado por el Dr. Oscar Croxatto y sus destacados colaboradores Paz, Barcat, Costa, Gil y otros constituía un control implaceable de la capacidad de clínicos, cirujanos y especialistas. La realización de la autopsia en casi el 100% de los pacientes que fallecían en el servicio y las conferencias anátomo-clínicas permitieron un verdadero control de calidad del servicio.

Entrenados en la medicina experimental, tanto al Dr. Lanari como a muchos de sus colaboradores se les ofreció la oportunidad de llevar a la clínica esos conocimientos y destrezas. Se desarrollaron así servicios como el de Nefrología con su primitivo aparato de diálisis de Kolff y los injertos renales, con los Dres. Ruiz Guiñazú, Coelho, y luego Firmat, la Dra. Arriurieta y Martín; el servicio de Hipertensión arterial y Hemodinamia a mi cargo con colaboradores como Finkielman, Worcel, Nahmod, Rubinstein, Elijevich, Ochoa y otros; el servicio de Neumonología cuya dirección ocupamos sucesivamente Roncoroni, yo y el Dr. Barousse y que contó con becarios del CONICET como Puy, Navon, Jaikin, Semeniuk y otros; el servicio de Inmunología contó con pioneros como Zingale, Stutman y Dalmaso; el de Hematología con Sánchez Avalos y la Dra. Molina, el de Metabolismo con el Dr. Domínguez y Cotini y el de Endocrinología con los esposos Andrada y un bio-

químico excepcional como Hoschoian; el de Metabolismo Óseo contó con Mautalén. En Cirugía Molins, Gallo Morando, Torres Agüero y en Urología, Garcés cumplían con altura las necesidades quirúrgicas que se les exigían.

El Instituto se había convertido en una verdadera fábrica de conocimientos originales, la erudición clínica y el trabajo eran obsesivamente estimulados por el Dr. Teitelbaum apoyado por una biblioteca que la institución mantenía bien provista y actualizada.

El prestigio del Instituto lo convirtió en el centro de referencia de pacientes con insuficiencia renal aguda y crónica para diálisis e injertos renales, cuya organización estuvo a cargo del Dr. Rodo, de pacientes complejos de todo orden, clínicos y quirúrgicos, de padecimientos inmunológicos, hepáticos, etc.

Las exigencias de dedicación y capacidad parecían imposibles de satisfacer y algunos suicidios obligaron a reflexionar si ese nivel de exigencia explícito e implícito no habría contribuido a desequilibrar a quienes no toleraban el esfuerzo.

Todo era posible gracias a un presupuesto digno, a los subsidios del CONICET y a un entusiasmo casi maniaco del personal del Instituto, pero sobre todo y creo que esto debe tenerse en cuenta, gracias a que la tecnología de punta en investigación médica era asequible a nuestros recursos. Entre el año 1961 y 1962 ocurrió un cambio fundamental estimulado por la incorporación masiva de la electrónica. Los aparatos en uso en la investigación se convirtieron rápidamente en obsoletos. Precisión y menor agresividad de los recursos exigieron un aumento en la inversión que las autoridades políticas y económicas no comprendían, no podían o simplemente no querían afrontar.

Tampoco los investigadores estaban preparados para generar recursos y la obtención de aportes privados era observada con sospecha cuando no con desprecio.

La inercia permitía seguir avanzando, pero el deterioro económico, la inestabilidad política y finalmente la intervención a la Universidad en el gobierno de Onganía suprimieron el entusiasmo y provocaron un éxodo del cual no hubo recuperación. No era que no persistieran esfuerzos individuales ponderables, pero institucionalmente la época de oro había pasado. Se hizo todavía un esfuerzo para aprovechar la capacidad docente de los investigadores porque enseñar demandaba menos recursos que hacer investigación. Se creó así la “Escuelita”, una pequeña Facultad de Medicina, el Instituto brilló entonces como centro de docencia, nada era más estimulante que enseñar lo que se conocía de primera mano por los trabajos de investigación, pero el gobierno universitario del Proceso decidió la suspensión de esa experiencia, con la excusa de que era mejor que las otras cátedras y que esa diferencia no podía tolerarse!

En 1976 el Dr. Lanari renunció a la dirección del Instituto simultáneamente con su obligada jubilación como profesor titular a los 66 años.

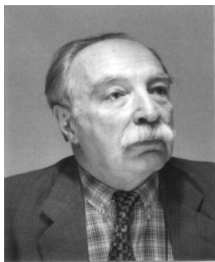
Lanari definía la degeneración en Biología como la eliminación de los mejores componentes de un organismo: la Universidad pasó a ser un organismo degenerado.

La Universidad sufrió cataclismos degenerativos en 1943, 1945, 1966, 1973 y 1976. El brote regenerativo del '56 al '61 fue una época de oro para la ciencia argentina y el Instituto de Investigaciones Médicas bajo la dirección del Dr. Lanari, el Instituto de Fisiología bajo la dirección de Houssay, Braun Mendez y Foglia y el Instituto de Histología con De Robertis constituyeron los exponentes más conspicuos de esa recuperación universitaria en el área médica.

La Facultad de Ingeniería entre 1955 y 1966

JORGE ALBERTONI
ROBERTO ZUBIETA

Jorge Albertoni y Roberto Zubieta no escatimaron esfuerzos para reconstruir casi minuciosamente la situación de la FIUBA en la llamada época reformista, entre 1955 y 1966. Buscaron antecedentes, se remontaron a la fundación del legendario Centro La Línea Recta, rescataron su ideología, los principios éticos que siguen defendiendo con la misma apasionada convicción de estar en lo cierto. Fue un camino difícil pero que condujo al éxito durante el período que nos ocupa. Un camino que obligadamente será diferente en la actualidad pero que debería estar delimitado por los postulados morales que siempre han defendido.



Desde su ingreso a la facultad de Ingeniería en 1948, Jorge Luis Albertoni participó en las actividades del centro de estudiantes. Su militancia en el movimiento estudiantil lo llevó a fundar la Unión de Estudiantes Reformistas de Ingeniería que luego se fusionaría en el Movimiento Universitario Reformista (MUR) y ser delegado de FUBA ante FUA. Contribuyó a organizar la huelga general universitaria iniciada el 5 de octubre de 1954. Durante ese tiempo y hasta la caída del gobierno peronista fue perseguido, dos veces encarcelado y expulsado de la Universidad. Fue presidente del Centro de Estudiantes de Ingeniería en la clandestinidad y se recibió de Ingeniero Industrial en 1956.

No abandonó su militancia en el ámbito de la universidad y entre 1993 y 2001 formó parte del Consejo Directivo de la FIUBA, como representante de la mayoría del claustro de graduados.

Además, ocupó la Gerencia de Oleoductos de YPF, fue profesor adjunto de la FIUBA y creó el Laboratorio de máquinas térmicas del Departamento de Mecánica Aplicada. Fue Director Nacional de Industrias. A los dos últimos cargos renunció cuando el general Onganía depuso al gobierno constitucional e intervino las universidades.

Entre 1973 y 1975, cuando renunció debido al avance de los grupos fascistas en el gobierno, fue presidente del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI).

Entre 1984 y 1989 fue Asesor Técnico Principal del Proyecto ARG-83-011 para la cooperación con países en desarrollo y entre 1997 y 2001 dirigió el proyecto 5489-AR para el desarrollo de microempresas en las provincias de Buenos Aires y Mendoza.

Ha sido profesor en el Centro de Estudios Avanzados de la UBA, perito ingeniero en varios fueros de la justicia y en la Corte Suprema, miembro de instituciones vinculadas a la profesión. Pertenece a la Comisión de la Memoria de la FIUBA.



Roberto Zubietta ingresó a la FIUBA en 1953 y tuvo intensa actividad en el movimiento estudiantil. Tuvo una actuación similar a la de Albertoni en la huelga general universitaria de 1954. A partir de 1955 ocupó diversos cargos en el CEI y en la FUA. En 1957 fue electo en representación de los estudiantes al Consejo Directivo de la FIUBA. Fue Presidente del CEI "LLR" entre 1958 y 1959.

En marzo de 1961 se recibió de Ingeniero en Telecomunicaciones, completó su formación de posgrado en Física del Sólido en la Facultad de Ciencias. Fue Ayudante, Jefe de TP y luego Profesor Adjunto del Depto. de Electrónica de la FIUBA y Jefe del Laboratorio de Semiconductores.

Renunció luego de la Noche de los Bastones Largos y se dedicó a la actividad privada. Ocupó cargos gerenciales en las áreas de Semiconductores y Electrónica de empresas de primera línea.

En 1984 fue responsable de Industrias Electrónicas en las Secretarías de Industria y de Producción para la Defensa de la Nación y entre 1985 y 1986, Secretario de Comunicaciones de la Nación. En mayo de 2000 se hizo cargo del Programa Nacional para la Sociedad de la Información, cargo que dejó en marzo de 2001.

Además de sus actividades académicas en la FIUBA, se desempeñó como Secretario de Planificación entre 1994 y 1985, y como Consejero Directivo por el Claustro de Graduados entre marzo de 2000 y marzo de 2002. Fue Consejero por el Claustro de Graduados en el Consejo Superior de la UBA entre marzo de 1996 y marzo de 2000. Ha publicado numerosos trabajos de su especialidad, dictado y participado en una gran cantidad de seminarios, congresos y conferencias.

Para describir los hechos, sus causas y consecuencias y las motivaciones de los que actuaron en la FIUBA en esa década se deben considerar dos elementos fundamentales: el papel asumido por el movimiento estudiantil y la concepción inicial de la Universidad y de la Tecnología en ese ámbito. La evolución de la FIUBA fue producto de la interacción entre el pensamiento y la acción del movimiento reformista y uno de los núcleos conservadores más homogéneos de la UBA: el de los profesores que constituyeron la mayoría del claustro durante la casi totalidad de esos 10 años.

En 1955 la Universidad era tan dogmática como la que provocó la Reforma en 1918. El gobierno había intentado imponer un “pensamiento único” separando de sus cargos a los docentes que no se subordinaban al mismo, con el consiguiente deterioro del nivel científico y académico. No existía en 1955 el menor atisbo de Autonomía Universitaria. El pensamiento en la Universidad había pasado de hegemónico conservador a dogmático, con fundamentos fascistas y fuertes componentes populistas. Dentro de ese marco político se crea la Confederación General Universitaria (CGU), rompiendo así la tradición, con medio siglo de vigencia, de la coexistencia en los Centros de Estudiantes de todas las tendencias, ideologías y líneas de pensamiento.

“Nosotros somos la Universidad”

Los actores de la Reforma Universitaria de 1918, tanto en Córdoba como en el resto del país, inauguraron una corriente

de pensamiento que se mantiene aún en plena vigencia. Como los goliardos medievales, en los que quizá se inspiraron las figuras más representativas de la Reforma, formularon una concepción dinámica de la libertad, de la búsqueda del saber, de su responsabilidad ante la sociedad, de la forma de organizarse y de la manera concreta de llevar a cabo sus objetivos.

La óptica de este capítulo es la de uno de los grupos que convivían democráticamente en el movimiento estudiantil, que se identificó entonces con el nombre Movimiento Universitario Reformista (MUR) de Ingeniería y a la que ambos autores pertenecieron. Ese grupo formuló un cuerpo doctrinario cuyo principal objetivo fue la Universidad y su reconstrucción. Detrás de ese propósito se consiguió fundir en una sola concepción líneas de pensamiento liberales, radicales, socialistas, comunistas, anarquistas e independientes. Nació en 1950 de la fusión de varias agrupaciones del Centro, marcado con la experiencia dramática y violenta de la Guerra Civil Española y de la IIa. Guerra Mundial que llevó a sus integrantes a adherir a la libertad, siempre y en forma irrestricta. Había adoptado los conceptos ideológicos con más de 30 años de existencia de la Reforma Universitaria del '18 y se enriqueció con las ideas y ejemplos de profesionales como los Ings. Augusto Durelli, Adolfo Dorfman, Eduardo Ortiz, Dres. Manuel Sadosky, Cora Ratto, Gregorio Klimovsky y tantos otros casi completamente excluidos, tanto de la Universidad conservadora anterior a 1945 como de la Universidad peronista de 1945 a 1955.

El período 1955/66 arranca con ese bagaje y con la convicción forjada en la cárcel de Villa Devoto entre octubre y diciembre de 1954 y resumida en la expresión: "Nosotros somos la Universidad".

La FIUBA, separada como Facultad de la de Ciencias Exactas 3 años antes, presentaba un panorama de atraso tecnológico y pedagógico. Estaba constituida por más de una cen-

tena de cátedras estancas entre sí y con una visión atrasada en por lo menos 15 años con referencia al “estado del arte”. Solamente en los pocos casos en los que se incorporaron a la Facultad profesores de buen nivel internacional, G. Wunenburger en Electrotecnia y los científicos alemanes en el Instituto Radiotécnico, se observó alguna actividad de investigación o de desarrollo tecnológico.

El pensamiento hegemónico conservador en la Facultad, liderado históricamente por quien fuera una de sus figuras de mayor nivel, el Ing. Enrique Butty, eminente profesor en el área de la Ingeniería Civil, la concebía como una unión de feudos independientes integrados a una Universidad concebida también como una unión de facultades. 1955 marcó el comienzo de la confrontación entre el pensamiento retardatario y el pensamiento reformista sostenido por los integrantes del Centro de Estudiantes de Ingeniería “La Línea Recta” (CEI “LLR”), sobre todo por el compacto y aguerrido núcleo del MUR que defendía a ultranza la libertad de pensamiento como instrumento indispensable para enriquecer la vida universitaria. A ellos puede otorgárseles buena parte de los logros del más brillante período de la vida más que centenaria de la UBA.

El CEI “LLR” tenía un alto nivel de representatividad (5500 afiliados sobre 6000 estudiantes) manteniendo siempre la democracia interna. Editó libros y apuntes, realizó actividades de extensión universitaria, por ejemplo cursos para obreros de Dock Sur y la Isla Maciel, y tuvo un buen funcionamiento financiero.

De 1955 a 1966 fue una década singular y brillante de la vida de la FIUBA que culmina con uno de los crímenes más flagrantemente de la historia argentina: la Noche de los Bastones Largos, en la cual el partido militar asesinó a una parte del futuro del país: el pensamiento creador.

En los días siguientes al 16 de septiembre de 1955, con la asunción del Gobierno Provisional, la FUBA, por mandato unánime de sus Centros afiliados, decide y ocupa físicamente

la sede del Rectorado y de las entonces 9 facultades, en nombre de los estudiantes de cada Facultad.

Los hechos inmediatamente posteriores demostraron el éxito de esta acción política universitaria simple, clara y que jugaba a todo o nada el devenir de las décadas siguientes en la UBA. También demostró, en las casi 2 semanas de gestión de la Presidente de FUBA como Interventora en la UBA y de los Presidentes de Centros como los correspondientes delegados interventores en cada Facultad, que fueron capaces de mantener el normal funcionamiento académico y administrativo.

El Movimiento Estudiantil de Buenos Aires, a través de FUBA y de los respectivos Centros de Estudiantes, tuvo mucha influencia en la elección del prestigioso historiador de antigua militancia reformista, el Dr. José Luis Romero como Rector Interventor, del Geólogo Arístides Romero como Secretario General y de muchos de los delegados interventores en las Facultades. En Ingeniería se logró un compromiso entre el movimiento estudiantil reformista apoyado por un creciente grupo de profesionales, tecnólogos y científicos, y los profesores conservadores hegemónicos antes de 1945, del cual surgió como Decano Interventor el Ing. Pedro Mendiondo, un distinguido profesional de corte conservador, liberal, de ideas no confesionales, que había sido el Decano antes de la intervención de la Universidad en 1946, dejado cesante por el influjo de aquella desgraciada y fatal expresión “alpargatas sí libros no”.

En esos primeros meses fueron puestos en comisión todos los profesores y docentes auxiliares, para poder concursar los cargos bajo un nuevo esquema.

El CEI “LLR” decidió iniciar un juicio de ética a los profesores que hubieran tenido actitudes subordinadas al peronismo (desde auspiciar la reelección del entonces presidente hasta jurarle lealtad e inclusive tomar parte activa en la identificación de estudiantes ante la Sección Orden Gremial de la Policía Federal). El grado de compromiso era variable, algunos habían

procedido así por temor a perder su empleo, otros respondiendo a su militancia en el nacionalismo. El juicio no era vinculante, pero fundamentaría la postura de futuros veedores estudiantiles en los concursos del personal docente en 1956.

Luego del golpe de Estado incruento que depuso a Lonardi, en lugar del Ing. Mendiondo fue designado Decano Intermentor el Ing. Francisco María Malvicino, quien continuaría hasta el fin de la gestión del Dr. Romero en la Intervención de la UBA, y de la de su sucesor el Dr. Alejandro Ceballos, hasta diciembre de 1957, fecha del inicio de la normalización de la UBA.

En esos años se produjeron hechos de naturaleza interna y estructural y otros relacionados con la política educativa de la Nación que influyeron fuertemente en el futuro de la FIUBA y de la UBA.

Se reorganizó la enseñanza de la FIUBA en base a departamentos que contenían las diferentes materias de todas las carreras, obedeciendo a las áreas de conocimiento más relevantes de la tecnología de aquellas épocas y a las tradicionales de las ciencias básicas. Por un lado Electrotecnia, Electrónica, Mecánica Aplicada, Industrias, Economía y Organización, Naval, Estabilidad, Construcciones, Vías de Comunicaciones, Hidráulica y Geodesia; por otro Matemáticas, Física y Química. El Departamento de Cultura intentó conformar con algún barniz a los refractarios estudiantes de Ingeniería.

Se llamó a concurso, primero a Directores de departamentos y luego a algunos Profesores titulares.

Se estableció el examen de ingreso luego de un curso operativo destinado a complementar la enseñanza media y posible de ser realizado simultáneamente con el último año del secundario.

Se decidió, a instancias y con la preparación del CEI "LLR", la ocupación del edificio, aún en obra, que había sido proyectado como sede de la Fundación Eva Perón, ubicado en Paseo Colón e Independencia. Con posterioridad el Decano

que sería electo meses después, entonces Ministro de Obras Públicas, transfirió el inmueble al patrimonio de la UBA.

Con respecto a política educativa, el 23 de diciembre de 1955 el Gobierno Nacional dictó el Decreto Ley 6.403 sobre las universidades, que establecía el principio de autonomía y el gobierno tripartito, pero que incluía en su artículo 28 la posibilidad de que las universidades privadas otorgaran títulos habilitantes. Este artículo, de clara orientación confesional, fue elaborado y gestionado por el Ministro de Educación de la Nación Dr. Atilio Dell'Oro Maini, abogado de prestigio con muy sólidos vínculos con la entonces ultraconservadora Iglesia Católica.

La FUA sostuvo la ilegitimidad del artículo 28, reiterando su posición de que las Universidades Públicas debían ser las únicas en extender títulos habilitantes y que el tema debía pasar a la decisión de un Poder Legislativo surgido de elecciones libres y asumió la función de liderazgo de la oposición a esa medida a nivel nacional.

Se iniciaron movilizaciones de estudiantes acompañados por egresados y profesores y con acciones de prensa organizadas por las Federaciones de cada Universidad y coordinadas por la FUA. Luego de un mes de planteos no atendidos por el Gobierno, la FUA inició una presión creciente con la ocupación, en el término de 72 horas, de más de 70 colegios secundarios y de 6 de las 7 Universidades Nacionales en todo el país. La Mesa Representativa de la FUA se reservó, como elemento de mayor presión y resonancia política, la ocupación de 20 Colegios Secundarios y de las 9 Facultades de la UBA por parte de la FES y de la FUBA respectivamente y la culminación de la campaña con una movilización general y marcha a la Plaza de Mayo.

Luego de fallidos intentos de diálogo, el Gobierno citó a una reunión a tres miembros de la conducción de la FUA, su Presidente y dos Secretarios, y al presidente de la FUBA. El gobierno Nacional estuvo representado por el Presidente y el Vicepresidente Provisionales de la Nación, el Ministro del Inte-

rior, el Secretario de la SIDE, el Jefe de la Casa Militar y el Jefe de Seguridad de la Casa Rosada.

El planteo oficial pasaba por la desocupación inmediata de los 70 colegios secundarios y de las 6 universidades del interior. El Presidente de FUA respondió que lo harían si simultáneamente renunciaba el Ministro de Educación y se derogaba el artículo 28. El Presidente Provisional de la Nación aceptó el planteo con la condición de que la desocupación se cumpliera en 24 horas. En ese caso el Poder Ejecutivo solicitaría la renuncia inmediata del Ministro de Educación y pospondría el tema de fondo hasta que fuese considerado por un Gobierno surgido de elecciones generales.

Todos los establecimientos fueron desocupados sin incidentes y el Gobierno anunció que el Presidente Provisional de la Nación había aceptado “en el día de hoy la renuncia indeclinable del Dr. Atilio Dell’Oro Maini al cargo de Ministro de Educación de la Nación”, que en ese momento asistía a un Congreso Interamericano de Educación en Lima, Perú.

Resulta interesante comparar algunas de las evaluaciones realizadas por las figuras representativas de la FUA, la FUBA y el CEI “LLR” luego de la caída de Dell’Oro Maini:

- El problema se había solamente pospuesto y en los años venideros se plantearía nuevamente.

- Era necesario incluir en la Constitución Nacional la autonomía política y la autarquía económica de la Universidad Pública. Era imprescindible construir una Universidad Reformista como herramienta para ofrecer a la sociedad argentina los aportes concretos de sus investigadores y de sus egresados.

- El pedido del Presidente Provisional de desocupar Colegios y Universidades en 24 horas se debió a la intención de verificar en la práctica la capacidad de movilización, desmovilización y control de que podía disponer la FUA en momentos críticos.

A los pocos días el Poder Ejecutivo designó Ministro de Educación a una personalidad de extracción católica no identificada como confesional, el Dr. Carlos Adrogué. Unas semanas más tarde renunciaron los Rectores Interventores de las Universidades Nacionales. Muy pocos fueron confirmados por el nuevo Ministro. El Dr. José Luis Romero fue reemplazado por el Dr. Alejandro Ceballos. Los Decanos Interventores presentaron su renuncia y la mayoría fueron confirmados. Debe destacarse el respeto a los mecanismos democráticos y el cumplimiento de los procedimientos internos, lo que hizo fuerte, sólido y representativo al movimiento estudiantil de aquellos años. Sin embargo, la ocupación de todas las Universidades del Interior y el proyecto de ocupar la UBA, que quedó en suspenso, se llevaron a cabo por decisión de la Mesa Directiva de la FUA *sin* la consulta previa a la Junta Representativa ni a las Juntas de las demás Universidades Nacionales, como estaba estatuido. Hacerlo hubiera implicado gestionar los mandatos de más de 60 Centros de Estudiantes universitarios de todo el país y hubiera sido imposible mantener un proceso de esa magnitud en silencio, casi en secreto. A pesar del rotundo éxito político logrado y del apoyo del estudiantado, la Mesa Directiva de la FUA presentó su renuncia. El Presidente y Secretario General “triumfantes”, pertenecientes durante ese período a la FULP, renunciaron por haber transgredido los mecanismos democráticos de funcionamiento, una conducta ejemplar de cómo deberían respetarse todas las instituciones de la República. La delegación de la FULP fue reemplazada, para completar período, por la de la FUBA.

Poco después se realizaron las primeras elecciones generales de la UBA, interviniendo los claustros de estudiantes, graduados y profesores. Participaron los profesores surgidos de concursos periódicos de antecedentes y oposición, los graduados de cada Facultad que se inscribieron en el padrón y todos los estudiantes activos.

Los principios de la Reforma Universitaria quedaron establecidos por primera vez de hecho y de derecho en los claustros de la UBA. Si bien el postulado inicial fue un gobierno tripartito y paritario, en 1956 se admitió que el carácter de paritario no era esencial.

Se abrió así un proceso que aun hoy debe continuar, porque a todo principio le hace falta un instrumento legal que lo consagre. Las normas legales deben decir exactamente cómo se lo instrumenta y se verifica su cumplimiento en los hechos cotidianos. La evolución posterior de la recién nacida reconstrucción estuvo sembrada de acciones mínimas que en conjunto constituyen el proceso de desarrollo de la FIUBA en ese período.

Los rectorados de Risieri Frondizi, Julio H. G. Olivera e Hilario Fernández Long

El camino hacia la excelencia se consolidó durante el Rectorado del Dr. Risieri Frondizi, consagrado en primera votación en el marco del nuevo Estatuto Universitario, a comienzos de 1957.

Durante ese Rectorado se tomaron algunas medidas de profundo contenido en materia de democracia interna, actualización de los contenidos curriculares y realización de investigación, integrando los temas prioritarios del país con el estado del arte internacional, perfeccionamiento interno y externo de sus egresados y formación de doctores, implantación sistemática de la investigación, formación de docentes *full time*, incremento notable del nivel de su cuerpo académico, acción específica de la extensión universitaria y muchas otras realizaciones.

De todas maneras persistieron núcleos de oposición que, a nivel de algunas facultades y de muchas cátedras, aun planteaban actitudes individuales y retardatarias, opuestas al desarrollo moderno de la enseñanza y la investigación.

Facultades como Ciencias Exactas, Filosofía y Letras, Agronomía y Veterinaria, Ciencias Económicas y posteriormente Ar-

quitectura y Farmacia y Bioquímica se comprometieron con los cambios. Por otra parte, Derecho, Medicina, Odontología e Ingeniería mantuvieron inicialmente una concepción académica tradicional conservadora. A partir de 1962, con la elección de J. H. G. Olivera, de extracción humanista renovadora, como Rector, Ingeniería abandona paulatinamente la orientación conservadora tradicional. Esta tendencia se profundiza a partir de la renuncia de Olivera y la asunción como Rector de Hilario Fernández Long, hasta entonces Vicerrector y Decano de la FIUBA, lo cual combinado con elecciones de medio período en esa Facultad y en Medicina, ayuda a establecer un mejor balance de fuerzas para el grupo reformista.

La Facultad de Ingeniería

En una ajustada votación el Consejo Directivo de Ingeniería eligió al Ing. Alberto Costantini, profesor del Departamento de Vías de Comunicaciones, como Decano por el período 1957-1961. El consejero por la minoría estudiantil, de la Agrupación Humanista Renovadora, en contra de su íntima convicción, recibió el mandato de votar a Costantini, candidato de los sectores conservadores. Cumplió, en medio de un fuerte impacto emocional, con el mandato de sus representados. Los consejeros estudiantiles reformistas votaron por el Dr. Manuel Sadosky.

Sin embargo, a partir de ese momento se fue concretando la evolución de la FIUBA, a través de numerosas actividades académicas, de investigación y desarrollo, y de apoyo.

1. A nivel académico de grado:

Se implementó un Curso de Ingreso con acceso libre en preparación del Examen de Ingreso. Permitió que el acceso se basara principalmente en la capacidad individual una vez compensadas las diferencias del ciclo medio.

Organización en Departamentos Docentes y de Investigación por rama de la tecnología y de las Ciencias, adecuándose parcialmente a la técnicas organizativas de la enseñanza de la Ingeniería según la experiencia internacional.

Organización del Departamento de Industrias en conjunto con la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, para el área de Tecnologías de Procesos y Operaciones Químicas de la FIUBA y de Química Industrial de la FCEN. Constituye el primer paso para la aún demorada vinculación pedagógica y científica en el seno de la UBA.

Llamado a concursos de antecedentes y oposición para Directores de Departamentos, como forma de comenzar a erradicar las camarillas de profesores. Se incorporaron profesionales y académicos valiosos que no pertenecían a la Facultad, con excepción de los departamentos de Ingeniería Civil.

Llamado a concurso de antecedentes y oposición para un tercio de los profesores regulares, correspondientes a todas las ramas de la tecnología y a todas las especialidades, con niveles de excelencia científica, tecnológica y profesional.

Iniciación participativa de la reforma de los planes de estudios y reformulación de carreras, que culminó en 1958 con un plan que incorporaba los avances de la tecnología y que mantuvo vigencia hasta 1974.

Becas de estudios de grado. Anualmente, alrededor de 100 alumnos de la Facultad recibían becas de estudios y el soporte de alumnos avanzados y de profesores para su orientación.

2. A nivel académico de posgrado:

Se crearon Escuelas de Especialización en Ingeniería Civil, organizadas y financiadas en forma conjunta con empresas y reparticiones públicas. De esta manera el Estado preparaba sus cuadros técnicos. Fueron: Ingeniería Sanitaria en coordinación con Obras Sanitarias de la Nación, Ingeniería Ferroviaria con la Empresa de Ferrocarriles Argentinos, Ingeniería de Caminos con

la Dirección Nacional de Vialidad del MOSP, Ingeniería Portuaria con la Dirección Nacional de Puertos y Vías Navegables.

También se creó la Escuela de Especialización en Ingeniería en Petróleo (Instituto del Petróleo), en conjunto con YPF, y la de Ingeniería en Telecomunicaciones, en conjunto con Entel para los ingenieros de su planta.

Se facilitó el acceso sistemático a becas de perfeccionamiento internas y externas para graduados en todas las especialidades, con fondos de la UBA y del CNICT. Fue el comienzo del grado superior en cada especialidad y de la formación de futuros investigadores en las diferentes áreas de la tecnología.

3. A nivel administrativo interno en la FIUBA

Se introdujeron computadoras para mejorar la contabilidad, la administración de la enseñanza y la gestión; se discutió el Presupuesto Oficial y sus fondos complementarios en conjunto con otras Facultades (Ciencias y Arquitectura), lo mismo que una acción común para la modernización de la enseñanza, la formación de posgrado, de recursos docentes y de investigadores y la generación de desarrollos científicos y tecnológicos en ciencias duras y blandas, muchos de ellos a nivel mundial.

4. La infraestructura de la Facultad de Ingeniería

El CEI “LLR” había tomado, en diciembre de 1955, lo que fue la sede de Paseo Colón. La disponibilidad de espacio permitió reemplazar las instalaciones del viejo edificio de Perú y otros predios. La Facultad se concentró entonces en dos edificios: Las Heras (3 departamentos de Ing. Civil y el de Ingreso) y Paseo Colón (el resto). Las obras de Paseo Colón se terminaron relegando el lujo anterior a favor de comprar equipamiento didáctico para grado y posgrado y equipamiento de última generación, para investigación y desarrollo tecnológico. Con este objetivo se gestionaron y obtuvieron créditos del BID por valor de u\$s

3.000.000. y de la Alianza para el Progreso por u\$s 5.000.000. También se gestionaron y obtuvieron equipamientos especializados de las Empresas de Servicios Públicos del Estado.

5. Investigación y Desarrollo Científico y Tecnológico

Física Aplicada: En el campo de energías alternativas y con el apoyo del Departamento de Mecánica Aplicada. se realizaron investigaciones en materia de pilas de combustibles y sobre magnetohidrodinámica, hélices de alto rendimiento en el laboratorio de energía eólica. Se instaló, además un laboratorio para el tallado de cristales y lentes astronómicos.

Ingeniería Civil: Se instaló un Laboratorio de Resistencia de Materiales dependiendo del Departamento de Estabilidad que en ese período no fue habilitado para el uso de investigadores o alumnos avanzados, y uno de Tipología Estructural en el Departamento de Construcciones y Estructuras. Entre sus aportes a las grandes obras nacionales merecen destacarse los análisis y homologaciones estructurales del complejo Zárate-Brazo Largo y del puente de Colastiné.

Electrotecnia: se instaló el Laboratorio de Alta Tensión y Mediciones para terceros.

Electrónica: se instaló el Laboratorio de Computación, donde por primera vez en América Latina se desarrolló y construyó una computadora digital. Su estrategia de componentes resultó en el estado del arte internacional al ser utilizados dispositivos de estado sólido.

Aplicaciones Industriales: se instaló un laboratorio y se realizaron trabajos continuados durante 4 años por encargo de empresas nacionales, varios de ellos sobre control automático.

Semiconductores: se desarrollaron por primera vez en América Latina las técnicas de aleación en Germanio, difusión en Silicio y crecimiento de monocristales. Se construyeron prototipos de diodos y transistores, detectores de radiación nuclear de litio y baterías solares para la CONEA y la CONAE.

Mecánica Aplicada: Se instaló un Laboratorio de Investigación en el campo de la Metalografía, otro sobre Combustión y Bancos de ensayos de Turbinas de gas.

Ingeniería Naval: Se instaló y operó un canal de 90 m de última generación, para el diseño, experimentación y pruebas a escala de embarcaciones de gran porte, primero en América Latina.

Cultura: se organizó un Departamento, que puso al servicio de los estudiantes de grado y de posgrado diversas actividades culturales.

Extensión Universitaria: también se organizó un Departamento, que coordinó la enseñanza de las profesiones y tecnologías impartidas en la casa con el proyecto de la UBA en la Isla Maciel.

En resumen: entre 1955 y 1966 se lograron hechos irreversibles que treinta y seis años después, con la perspectiva que da el tiempo, aún mantienen su vigencia y dan la base para la situación actual, que es una derivación de aquellos aciertos y errores:

- Se estableció su estructura académica y se asentó definitivamente en base a Departamentos que concentraban las diferentes áreas de la tecnología y de la ciencia.

- Quedó definitivamente instalado el concepto de profesor *full time*, dedicado a tareas de investigación y de enseñanza combinado con otros de dedicación parcial que aportaban su experiencia profesional en las actividades de la industria, el comercio, la construcción, los servicios públicos y las áreas técnicas del Estado.

- Se lograron, a través de los concursos, con veedores estudiantiles y graduados, notables éxitos al romper antiguas cofradías académicas al incorporar en ocho de los departamentos a los mayores exponentes de la Ingeniería argentina. Las corrientes académicas conservadoras mantuvieron, sin embargo, por otros treinta años su hegemonía en los cuatro departa-

mentos vinculados a la prestigiosa escuela de Ingeniería Civil establecida entre los años '20 y '40. El devenir, varias décadas después, produjo en el nivel del cuerpo académico otro fenómeno singular y negativo que está fuera de los alcances de este trabajo pero que reconoce su origen en la hipertrofia de determinadas líneas de investigación de aquel período.

- Quedó implantado en forma definitiva, en materia de investigación, el concepto de que no es concebible una Universidad, y por lo tanto una Facultad de Ingeniería, sin una intensa actividad de investigación y desarrollo con un significativo nivel de sus esfuerzos focalizados en los problemas, en este caso tecnológicos, del país. Las actividades de investigación y de desarrollo en la FIUBA se establecieron definitivamente con la concepción de que quienes la realizaban necesariamente debían cumplir con actividades docentes.

- Se dieron saltos positivos en cuanto a los métodos pedagógicos llevándolos a otro nivel de calidad y modernización. Así fueron introducidos los cursos cuatrimestrales, prácticas de taller y de laboratorio, realización de seminarios activos y el uso de técnicas pedagógicas que transformaron las clases magistrales en herramientas de enseñanza que tenían como actor principal al alumno.

- El flujo hacia y desde el exterior de estudiantes de posgrado, docentes, investigadores jóvenes y otros ya formados fue creciente y considerado como una actividad esencial en la cual se basaba la búsqueda de los conocimientos iniciales a partir de los cuales desarrollar la FIUBA.

- La Extensión Universitaria se concretó específicamente, no en formulaciones teóricas o eventos de divulgación con mayor o menor contenido político sino, por el contrario, en el trabajo de campo específico, a través del cual se demostró cual podía ser uno de los aportes directos de la tecnología en los sectores de muy bajos ingresos del conglomerado urbano.

La noche de los bastones largos

El 29 de julio de 1966, la dictadura militar instalada hacía un mes en el país ocupó militarmente las universidades nacionales. Fue un acto perverso producto del fundamentalismo ignorante del partido militar, cuyas pasiones elementales borraron en seis horas el futuro del país. Desarticularon el grupo homogéneo más sólido y numeroso que tuvo después de la generación del '80. Destruyeron la "máquina de pensar" que debiera haber llevado a la Argentina a un nivel de crecimiento y prosperidad en un marco solidario. No hubo, en este acto siniestro, eliminación física de los actores del pensamiento, ella llegaría de la mano del mismo grupo de bárbaros ignorantes una década más tarde. La Revolución Argentina aniquiló una herramienta esencial del progreso del país.

Síntesis

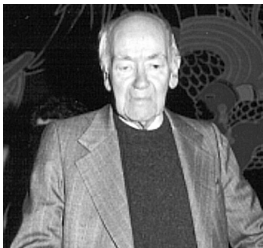
En 11 años de refundación de la UBA, entre 1955 y 1966, quedó demostrada la vigencia y eficacia de la Reforma Universitaria postulada en 1918. También quedó establecido el "teorema de existencia" de generar ciencia y tecnología en el país y de hacerlo, en algunos sectores, en un nivel compatible con las mejores prácticas internacionales, recogiendo, en aquellos tiempos, experiencias, prestigio y respeto de la comunidad académica.

También debe destacarse que desarticulada la UBA en general y la FIUBA en particular, como instrumento para la formación idónea de profesionales y generador de tecnología para servicio del país, su espíritu subsistió y subsiste en la teoría y en la práctica en quienes fueron miembros de sus claustros, los que desde funciones públicas o privadas siguieron generando tecnología e industria con una clara vocación de solidaridad y apego al país.

Nuevos conceptos para una nueva Universidad

SERGIO BAGÚ

Sergio Bagú contribuyó generosamente a este libro, escribiendo, poco antes de morir en diciembre de 2002, un breve y valioso capítulo. Nos queda la tristeza ocasionada por su desaparición y este trabajo donde nos cuenta cómo a partir de 1955 se decide “que la Universidad del Estado formará también economistas” dando lugar a la enseñanza de la sociología económica, ámbito en el cual investigó y publicó durante el resto de su vida.



Sergio Bagú nació en Buenos Aires el 10 de enero de 1911 y murió el 3 de diciembre de 2002, en México. Hasta pocos días antes de su muerte continuaba ejerciendo su actividad académica y dictando cursos sobre Historia de América Latina y Problemas Contemporáneos de América Latina en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA).

En 1956 fue nombrado profesor, primero asociado y prontamente titular, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Allí dictó cursos sobre Historia Económica General y Sociología Económica hasta 1966, cuando se produjo la renuncia masiva de profesores universitarios en todo el país como respuesta a la intervención dictada por el régimen militar del Gral Onganía.

En 1959 dirigió la Segunda Escuela Internacional de Temporada organizada conjuntamente por la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Chile y la Universidad de la República Oriental del Uruguay.

Fue cofundador de la Revista de Historia y socio fundador del Instituto de Desarrollo Económico y Social de Buenos Aires.

Se desempeñó como investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Ha escrito varios libros, entre ellos Economía de la sociedad colonial, Tiempo, realidad social y conocimiento, La idea de Dios en la sociedad de los hombres y Catástrofe política y teoría social. También es autor de numerosos ensayos, compilaciones, artículos y notas esenciales para la comprensión de Latinoamérica, su historia, su sociología; siempre destacando las responsabilidades políticas y morales hacia los pueblos.

Su muy extensa obra de investigación, académica, docente, que ha sido acreedora de valiosas distinciones internacionales, hace que se lo reconozca como uno de los Grandes Maestros Latinoamericanos.

El levantamiento de 1955 en Argentina, que puso fin al régimen peronista, introdujo en las universidades estatales un aire de renovación conceptual y organizativa personificado desde el primer momento en la figura de José Luis Romero, que inició la reorganización de la Universidad de Buenos Aires, principalmente mediante la convocatoria de concursos para renovar la planta docente. Pocas semanas después se anunció el mismo procedimiento en todas las otras universidades nacionales. Risieri Frondizi, como Rector de la Universidad de Buenos Aires, siguió la obra iniciada por Romero.

La universidad nacional en la etapa peronista había sido la misma arcaica universidad de la etapa oligárquica. Las excepciones fueron muy escasas, pero existieron: hubo profesores respetables antes de 1955 y no todos lo fueron después de esa fecha.

En la Universidad de Buenos Aires el arcaísmo conceptual pareció concentrarse en las Facultades de Ciencias Económicas y de Filosofía y Letras. Desde hacía muchos decenios las cátedras que proporcionaban los criterios básicos de la acción gubernamental oligárquica eran las de Historia Política clásica y Contaduría.

El debate que precedió a la creación de algunas cátedras en 1955 en la Universidad de Buenos Aires –y, en especial, en Ciencias Económicas– guarda similitud con el que se suscitó en México y que tuvo como principal promotor a Jesús Silva Her-

zog. ¿Para qué formar economistas si con los contadores públicos y los abogados la economía nacional marchaba bastante bien? La tesis que triunfó en los ambientes oficiales argentinos se parece notablemente a la que impulsaba Silva Herzog en México: desde ahora la universidad del Estado formará, también, economistas, sin dejar de formar abogados y contadores.

Pero en ese nuevo plan de estudios aparecieron otros e importantes problemas: la historia para economistas no podía repetir los esquemas organizativos y conceptuales de la historia tradicional –tan similares a toda una cronología de gobiernos nacionales– y ni qué hablar de una sociología económica. Lo nuevo en este caso había que descubrirlo en la raíz misma del concepto.

Encontramos un antecedente inesperado: en la Universidad Nacional de Córdoba existía ya una sociología económica, pero la consulta que se hizo resultó decepcionante: nunca había tenido programa ni profesor y, por tanto, nunca se había dictado.

Había que inventar todo, más allá de la terminología misma, porque era fácil recordar que en la polémica política se argüía con frecuencia que todo lo político y lo sindical no era más que económico.

Nosotros, en nuestra cátedra, asumimos una actitud nada usual entonces: convocamos a una reunión polémica a profesores y alumnos de la carrera de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras y de todas las carreras de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

La primera reunión tuvo un éxito inesperado: cuarenta profesores y alumnos de las dos facultades, interesados en incorporar una nueva asignatura a los planes de estudio y una nueva temática para la investigación.

La otra innovación importante durante la rectoría de Frondizi fue la creación de la Escuela de Temporada, como institución permanente de la Universidad de Buenos Aires.

No era una creación absoluta, porque en Buenos Aires sabíamos que en la Universidad de Chile funcionaba una escuela de temporada desde hacía algunos años y la iniciativa había despertado cierto interés también en la Universidad de la República, en Montevideo.

La Rectoría de Buenos Aires, siempre alerta a las innovaciones, me envió a Santiago de Chile y de la experiencia de varios años en ese país hermano surgió en Buenos Aires el plan de la Escuela de Temporada de la UBA. La intención básica consistió en crear, dentro de la Universidad, un curso de varios meses de tipo experimental que acogiera temas no previstos en los planes regulares y cuyos resultados fueran puestos a consideración de la Universidad. Se creó, inclusive, una comisión permanente para coordinar toda la iniciativa en las tres universidades (Buenos Aires, Santiago y Montevideo).

La otra iniciativa extraordinariamente importante fue la creación de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), bajo la dirección de Boris Spivacow, a partir de un plan preparado por Arnaldo Orfila Reynal, quien poco después pasaría a la dirección del Fondo de Cultura Económica, en México. El objetivo básico se cumplió ampliamente: lo mejor de la tradición editorial y de la producción contemporánea, con amplias tiradas y a precios muy bajos por ejemplar. Eudeba se concentró no sólo en la producción de libros para los universitarios sino para el público en general e introdujo una innovación muy audaz para la época: además de vender a través de librerías comerciales, estableció una cadena de distribución directa mediante quioscos propios en las esquinas y sitios más importantes de la ciudad de Buenos Aires.

Un general puso fin a la aventura en 1966. Había descubierto que el comunismo internacional se había apoderado de la Universidad.

Eudeba: una revolución editorial

ANÍBAL FORD



Aníbal Ford recuerda en esta entrevista, con el mismo entusiasmo que puso al servicio de una Eudeba recién nacida, que esa etapa de creación y trabajo tenía un objetivo: “libros para todos”. Literatura argentina en libros empaquetados de a cuatro y en la calle. Libros para y por los universitarios. Eudeba, dice Aníbal Ford, fue una gran ventana de la Universidad, abierta al público a través

de textos de docentes y científicos que, en esa década, encontraron las condiciones para destacarse a nivel internacional.

Aníbal Ford es Profesor en Letras, egresado de la Universidad de Buenos Aires, escritor, investigador y periodista. Entre 1960 y 1966, formó parte del equipo originario de Eudeba junto a Boris Spivacow, hasta que el grueso de dicho equipo pasó a constituir el Centro Editor de América Latina.

Fue también jefe de redacción de la revista Crisis y el primer director designado por elecciones de la Carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Actualmente es Profesor Consulto de la Facultad de Ciencias Sociales, donde dirige la Maestría en “Comunicación y Cultura” y titular de las materias Teoría de la Comunicación y Teorías del Periodismo. También integra la comisión directiva de la Maestría en Análisis del Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y es investigador del Instituto Gino Germani.

Publica corrientemente en diversas revistas y periódicos del país y del extranjero y dirige la colección Comunicación, cultura y medios en la editorial Amorrortu y la Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación en la editorial Norma.

Como narrador publicó Sumbosa, Ramos generales, Los diferentes ruidos del agua y está en curso de publicación Oxidación. Como investigador y ensayista: Medios de comunicación y cultura popular, Homero Manzi, tango y política, Desde la orilla de la ciencia: Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis; Navegaciones: Crisis, comunicación y cultura, editado también en portugués por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Su último libro es: La Marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea.

Acaba de terminar una investigación para UNICEF sobre la imagen de los adolescentes en los medios y dirige el proyecto UBACYT (Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires) sobre "Los problemas críticos de la agenda contemporánea. Mediaciones, comunicación y producción de sentido en la formación de la opinión pública y el imaginario social".

¿Cómo definiría usted el papel de Eudeba en la historia de las editoriales argentinas?

Fue una editorial de libros accesibles o, como decía Boris Spivacow, de “libros para todos”, lo que se logró gracias a un alto nivel de experimentación, a una verdadera revolución en el plano editorial, que abarcó contenidos, formatos, producción gráfica y distribución.

Cuando nos fuimos de Eudeba, luego de la Noche de los Bastones Largos, teníamos en preparación mil libros, lo que demuestra el alto nivel de producción.

¿Cómo comenzó a participar en la editorial?

En 1961 me recibí en Filosofía y Letras y opté por entrar a Eudeba en lugar de presentarme a una beca para estudiar Filología en Europa. Marcos Morínigo, Decano de la Facultad, me facilitó el camino hablando con Boris Spivacow, gerente de la editorial desde su fundación.

Eudeba había nacido en 1958 como una sociedad de capital mixto, con un 90% de la Universidad y un 10% de capital privado, lo cual le daba cierta autonomía. Las grandes universidades del mundo tienen editoriales que actúan de manera bastante autónoma comercialmente, y Eudeba surgió siguiendo ese modelo al que más tarde Boris le imprimió su sello pro-

pio. Boris venía de hacer un intenso aprendizaje en la Editorial Abril, en la etapa de César Civita, y a pesar de ser profesor de Análisis Matemático, su experiencia estuvo relacionada con la edición de libros para chicos y otras publicaciones literarias. Esa experiencia le permitió abordar con éxito diversos proyectos en Eudeba.

El equipo inicial de trabajo de Spivacow estuvo integrado fundamentalmente por periodistas de alta jerarquía intelectual. Los universitarios éramos pocos y muy jóvenes como fue el caso de Susana Zanetti o el mío, o el de Beatriz Sarlo poco después. El grupo más numeroso venía del periodismo: Horacio Achával, Gregorio Selser, el Negro Díaz, muy marcados por una cultura de la producción, le imprimieron a Eudeba un ritmo casi vertiginoso. Esto hay que destacarlo porque sacudió el ambiente de la temporalidad académica, a veces tan detenida. Se experimentaba y se publicaban ediciones de libros de avanzada en diversos campos, o textos antiguos con una revisión técnica a cargo de especialistas a una velocidad de producción semejante a las editoriales masivas.

¿Cuáles fueron las principales líneas editoriales?

La colección Siglo y Medio permitió difundir un gran corpus de literatura argentina. Libros que hasta ese momento se consideraban bibliografía para especialistas y que a nosotros en la carrera de Letras nos había costado mucho conseguir comenzaron a ofrecerse en forma de paquetes de cuatro libros, que se vendían en quioscos instalados en la calle, en las estaciones de ferrocarril, dentro de la Universidad, en cada Facultad.

Al poner el libro en la calle se rompió lo que para muchas personas era tabú: entrar a una librería. Aquél que no entraba a una librería porque la consideraba un lugar casi sagrado, encontraba títulos importantes, pensados desde la cultura argentina, en un quiosquito instalado en la calle.

Eudeba, rompiendo el esquema clásico de distribución, provocó una crisis en el mercado del libro. Los libreros decían “si se distribuyen en la calle a precios tan bajos, no podemos competir”. Esas innovaciones en la distribución y la comercialización fueron iniciativas originales de Boris. Los libros se imprimían en tiradas de casi 100 mil ejemplares y cuando se editó el *Martín Fierro* con la tapa de Castagnino fueron cerca de 140 mil ejemplares, una tirada que hoy parece insólita.

Otra idea original fueron las Ediciones Previas, textos que los autores consideraban sujetos a cambios y perfeccionamiento y que eran utilizados como material de estudio en las cátedras. Se editaban con un tipo de composición muy sencilla pero constituían un material mucho más elaborado que los clásicos apuntes. Ya se había empezado a salir de la linotipia y se había pasado a la composición en frío, o sea que estaban escritos en *IBM composer* o con una tipografía que parecía de máquina de escribir, y eso daba la sensación de libro de cocina.

La variedad de intereses era muy grande e incluía nuevos temas dentro del campo epistemológico, de la Matemática y de la Historia de la Ciencia. En este último caso fue fundamental la coincidencia de intereses temáticos entre Boris Spivacow y José Babini. Y de allí surgió la colección Los Fundamentales, de la que me hice cargo, no puedo decir como director, porque Boris consideraba que no éramos directores sino simplemente encargados de colecciones. Los Fundamentales era una biblioteca de clásicos de la ciencia. Publicamos libros que hoy resultan insólitos: el *Método* de Arquímedes, Dalton, Avogadro y Ampère, la presentación de la pila de Volta, libros sobre la tuberculosis. Hicimos también la traducción de Copérnico sobre el manuscrito original, que traje fotocopiado de EEUU.

Los Fundamentales fue una muestra de niveles de experimentación y de desarrollo muy complejos. Trabajábamos sobre varias traducciones de los clásicos de la ciencia, a partir de fuen-

tes originales, de ediciones críticas de primera categoría o de ediciones alemanas que tenían las características de las ediciones críticas.

También aparecieron series de filosofía analítica y de filosofía del lenguaje, algo que no era común en la Argentina y que se fueron publicando con mucha rapidez. Así ocurrió con la Antropología Estructural de Lévi-Strauss y con otros libros traducidos que, con los sucesivos golpes que fue sufriendo Eudeba, después se perderían. Estoy hablando de una Argentina que en ese momento era líder en traducciones.

La experimentación no limitó la exquisitez editorial en el buen sentido. Pensábamos constantemente en nuevas colecciones, algunas se crearon sobre experiencias de otros países, como fue el caso de muchos de los Cuadernos inspirados en la Presse Universitaire de Francia. También la colección Genio y Figura era una especie de reconstrucción de una colección francesa.

Insisto que en Eudeba hubo un alto nivel de invención gráfica y de aprovechamiento máximo de los recursos, todo puesto al servicio de la amplitud temática y de niveles. En realidad, más que de niveles o de estratos prefiero hablar de diferentes bandas o modalidades, para que no parezca que trato de establecer jerarquías. Se publicaban libros científicos que exigían un trabajo muy complejo, pero también había un alto grado de originalidad en lo que yo llamaría “difusión”, más que “divulgación”, porque el término “divulgación” está bastardeado. Boris, en cierto momento, llegó a pensar en la posibilidad de hacer libros escolares, para que fueran más accesibles para la población en general. Este intento generó un debate en el Congreso, por sus implicancias legales, y el proyecto fue rechazado debido a la presión de las editoriales que sintieron afectados sus intereses económicos.

Los libros de Eudeba se vendían masivamente y no solamente en la Argentina, a pesar de lo difícil que es distribuir libros en el resto de América Latina.

Otro aspecto a rescatar de Eudeba es que no era una editorial pensada a lo porteño, a lo centralista. Recuperó muchos clásicos de la literatura del interior argentino, y editó una colección sobre América Latina, a cargo de Gregorio Selser, que tuvo bastante repercusión. Eudeba le ofreció a los universitarios libros que abarcaban desde la banda de las Ediciones Previas o los manuales que se hicieron para sociología y que acompañaban un curso, hasta libros destinados a los mayores niveles académicos y que constituían literatura de posgrado.

A Boris no lo detenían las complicaciones y así llegamos a editar libros de muy alto nivel de especialización, que surgían, en gran parte, como resultado de la actividad científica o docente de investigadores pertenecientes a la UBA, que tenían nivel internacional, con profundo conocimiento de las publicaciones de todo el mundo. Esa tarea estaba facilitada por la actualización de las bibliotecas, que en ese momento mantenían al día las colecciones de revistas. Recuerdo que en la biblioteca y en la hemeroteca de la carrera de Sociología estaban prácticamente todas las revistas importantes, lo cual facilitaba la lectura de los trabajos especializados, algo fundamental en el plano técnico.

¿Qué recuerda sobre los entretelones de la fundación de la editorial y los conflictos que se generaron?

Aunque yo no estaba en Eudeba en el momento de su fundación, recuerdo que la decisión de crear una editorial se gestó entre las autoridades de la Universidad de Buenos Aires en los primeros años posteriores a 1955, cuando Risieri Frondizi era el Rector, y se concretó finalmente en 1958.

Se convocó como asesor a Arnaldo Orfila Reynal, que era el director del Fondo de Cultura Económica de México. Lo fue hasta que publicó *Los hijos de Sánchez*, una novela del antropólogo norteamericano Oscar Lewis que generó un gran escán-

dalo y motivó el alejamiento de Orfila del FCE y la fundación de Siglo XXI. Fue Orfila Reynal quien recomendó a Spivacow como el candidato para dirigir la editorial. Yo no viví esa época inicial pero sí los conflictos que se generaron luego, en la difícil relación que tuvimos con lo que yo llamo las “corporaciones académicas” y con las editoriales.

Existían ciertas “corporaciones universitarias” en Medicina, en Economía, que ya tenían su editorial, su campo o sus textos instalados.

Inicialmente, quise hacer un estudio del impacto sobre la lectura en sectores populares generado por la distribución a través de los quioscos. Boris opinó que un estudio riguroso de ese tema era muy difícil con los medios con que se contaba, y me asignó como primer trabajo una tarea de documentación sobre los textos necesarios en la Universidad, para lo cual debía visitar las facultades y recabar la opinión de profesores y docentes. Comencé por la Facultad de Medicina, analizando lo que publicaban las otras editoriales, leyendo las revistas médicas, los libros importantes que salían. Luego iba con una propuesta a visitar docentes, a veces en un hospital, a veces en la Facultad. Eso me llevó a tocar intereses o a enfrentarme con tótems como podía ser el libro de Houssay, irremplazable por cualquier otro libro de Fisiología por bueno que fuera. Yo iba inocentemente y algunas veces por poco salía por la ventana. Había reacciones fuertes de las “corporaciones universitarias” y de sus líneas editoriales, que son muy poderosas, porque está en juego la venta sistemática de tres mil, cuatro mil o cinco mil ejemplares, una cifra muy importante.

Si bien el libro de Houssay era el paradigma, existían otros libros que estaban hiperconsagrados en una cátedra. Al mandarme a las facultades, Boris me introdujo en lugares peligrosos. Ni siquiera en la Facultad de Filosofía y Letras, donde había hecho una carrera con alto puntaje, estuve a salvo. Me encontré con reacciones de elite, esto lo digo claramente, in-

cluso en personas con diferentes ideologías. ¿Qué era eso de poner en un paquete en un quiosco cuatro clásicos argentinos que hasta ese momento estaban en ediciones del siglo XIX y que eran casi inconseguibles?

¿Qué era lo que molestaba? ¿La difusión o la presunción de que tiradas tan grandes no serían compradas?

Una de las ideas básicas de Eudeba fue poner en movimiento todo un fondo cultural argentino y facilitar su llegada a los lectores. Ese objetivo se logró con muchos de los libros de la colección del Siglo y Medio que hasta ese momento no se conseguían, salvo en las bibliotecas. Se molestaron sectores que con la difusión del conocimiento pierden poder sacerdotal. También se dijo que se disminuía la calidad de las publicaciones, que en lugar de presentarse como edición crítica llevaban un prólogo de divulgación.

Una de las dificultades que se sintió en Eudeba, fue la falta de expertos en el campo de la divulgación, de la re-escritura o de cómo trabajar en función del mayor nivel de comunicación. Esta carencia se nota aun hoy en el periodismo económico. Existe una gran falta de mediadores que expliquen la economía, por ejemplo al público de un diario, que no llega a entender conceptos que aparecen muy opacos, porque se los explica con un lenguaje dirigido a la gente de la “city”.

En Eudeba hubo proyectos que se abandonaron por esa falta de mediadores culturales en el campo de la divulgación científica o de las ciencias sociales.

¿Se notó un cambio de política con respecto a Eudeba cuando Risieri Frondizi fue sucedido en el rectorado por Julio Olivera y luego por Hilario Fernández Long?

La transición entre Risieri Frondizi y los rectores humanistas se produjo poco después de que yo comenzara a trabajar. Se temió

un cambio, pero no lo hubo. Recuerdo que estábamos trabajando en la calle Viamonte, porque primero Eudeba estuvo en la calle Florida y después en Viamonte. Fernández Long nos vino a visitar, pero no ejerció ninguna presión para cambiar la orientación o los contenidos. Se continuó trabajando con independencia hasta la intervención a la Universidad, en 1966.

¿Cómo lograban abaratar los libros?

Boris vivía obsesionado por abaratar los costos de los libros. Siempre trataba de aprovechar todo el pliego de papel al milímetro. Una vez lo atropelló un auto por la calle, mientras calculaba la forma de que las pinzas ocuparan el mínimo espacio en los bordes del pliego y el formato se aprovechara totalmente. Puedo dar un ejemplo posterior: en el Centro Editor, también dirigido por Spivacow, yo tuve a mi cargo una colección y tenía que hacer tres libros con dos pliegos; era otro invento de Boris para aprovechar mejor el papel. De esa forma programaba vender tres libros, y si no salían los tres no se vendía ninguno. Y si ocurría eso, como además se trataba de libros de aparición mensual, Boris se indignaba.

A veces se excedía, y en el intento de que salieran los libros baratos se atrasaba el pago de los sueldos, más aun en las épocas de crisis. Pero siempre había un trabajo muy exhaustivo desde el punto de vista técnico.

En ese momento se usaba la linotipia, no era la cultura gráfica de hoy. Es imposible saber cuál hubiera sido hoy la política de la Eudeba dirigida por Boris, porque hoy se pueden hacer tiradas bajas sin que eso implique subir los precios. Hay mayores recursos. En este momento el autor prácticamente compone sus libros, se entrega directamente un disquette. Matamos al linotipista y al encargado de la composición en frío.

Creo que es muy importante destacar que las ideas innovadoras de las que estamos hablando no surgieron de un es-

tudio previo de mercado. El proceso era inverso. Proponíamos ideas a sabiendas de que podían salir bien o mal. No averiguábamos primero qué gustaba o no. No hubiese sido posible analizar el mercado, porque el mercado no conocía los materiales que Eudeba se proponía editar. En realidad, Boris creó un mercado. Las ideas básicas de la política editorial de Eudeba, vistas a la distancia, parecen simples, pero fueron muy innovadoras. Fue importante que hasta los libros técnicos se vendieran en la calle. En los quioscos podían encontrarse los Manuales, los Temas y la bibliografía específica junto con colecciones del tipo de Siglo y Medio. Boris fue un innovador y siguió siéndolo luego, en el Centro Editor, con las colecciones de fascículos. Tenía por método generar una especie de “brainstorming” semanal. Sabía administrar la creatividad. En esas reuniones proponíamos ideas y si la idea parecía buena se hacía lo posible para implementarla.

Era una época en que recién estaba surgiendo el *marketing* como herramienta de investigación. Boris seguramente estaba al tanto de los estudios de mercado, pero su método no se basaba en este tipo de estudios, su propuesta era salir, directamente, en busca del público.

¿Eudeba tenía una tendencia ideológica predominante?

A veces, cuando se habla de extensión, difusión o expansión, se piensa que es “bajar línea” y, en cierta manera, adoctrinar. Pero lo que en realidad hacía Eudeba era poner al alcance de mucha gente textos que hasta ese momento estaban al alcance de unos pocos.

Los que trabajaban en Eudeba tenían una tradición en la izquierda argentina, pero la editorial no fue sectaria. Analizando las publicaciones se ve que se publicaba a todos los autores. Se ponían la cultura, los testimonios, lo que se producía en el mundo, al alcance de un amplio sector del público.

Y como ya dije, eso molestaba a las elites. En esa época, en la Universidad de Buenos Aires funcionaba el Departamento de Extensión Universitaria, donde estaban Amanda Toubes y Susana Fiorito. Yo trabajé allí, aunque esporádicamente, en la formación de educadores de adultos. Siendo egresado de Letras, me ocupé de la forma de utilizar la literatura en tareas de extensión cultural. Y también en ese caso se criticaba el concepto de “extensión”, a pesar de la importancia de varios de los trabajos que se estaban haciendo.

La necesidad de cubrir todos esos aspectos permanece en la actualidad, porque una cuestión básica es que si no se maneja la infraestructura de los productos culturales éstos no llegan al público. De ahí lo que pasa actualmente con las publicaciones universitarias, que quedan encerradas en las propias universidades.

¿Eudeba ayudó a que la Universidad de Buenos Aires fuera mejor conocida por la población?

Entre las cosas importantes que hizo Boris, una fue difundir la cultura de las universidades. A él le debemos uno de los trabajos de transferencia de conocimientos más importantes en la historia de nuestro país: evitó que el libro o la revista quedaran en la Universidad, distribuyéndose en un circuito interno. Cuando eso sucede el público ignora cuáles son los trabajos de investigación que se realizan dentro de las universidades.

Creo que esto no se valoró suficientemente. Eudeba puso en escena la producción universitaria. A través de Eudeba la gente no solamente tuvo libros a su alcance sino que se enteró de lo que se hacía en las universidades en materia de producción científica, tanto a través de proyectos de divulgación como de la publicación de libros científicos. Las Ediciones Previa y otras muchas publicaciones fueron una vidriera abierta hacia la UBA y eso le dolió a más de uno.

¿Cómo vivió usted su época de trabajo en Eudeba?

Allí aprendí a manejarme en el mundo de la gráfica. Mi trabajo en Eudeba, en el Centro Editor o como jefe de redacción de *Crisis*, fueron etapas de enorme creatividad. Eudeba fue un entrenamiento para el Centro Editor y el Centro Editor para *Crisis* y para *La Opinión Cultural*, donde también trabajé. Rescato mucho la cultura de trabajo en Eudeba. No quiero mitificar ni a Boris ni a Eudeba ni a *Crisis*, pero son etapas que recupero como de una cultura de trabajo muy fuerte.

¿Cuál fue el peso personal de Boris Spivacow como gerente?

La presencia de Boris fue importante. El dirigía y nosotros empezamos a figurar en las publicaciones cuando se incluyeron también los nombres de los administrativos y los gráficos. Si figuramos, figuramos todos, decía Boris. No admitía que aparecieran solamente los llamados intelectuales. No había directores, pero él dirigía. Era duro, muy bravo, y con un humor espectacular y procaz también. Pero también es cierto que se supo rodear de gente que seguía esa propuesta de producción, muy intensa, muy rápida, muy sistemática y muy de trabajadores de la cultura. Lo que no implicaba que los que lo rodeábamos no lo enfrentáramos cuando no pagaba los sueldos o le hiciéramos huelgas o hasta “la revolución” más tarde, en el Centro Editor.

En 1969 yo trabajaba en el Centro Editor y fui preso a Villa Devoto, bajo Onganía. Veníamos de hacerle unos líos impresionantes a Boris y en la cárcel había muchos militantes políticos que también estaban presos. Cuando supieron que yo era del Centro Editor, recibí alabanzas constantes. Toda la militancia de izquierda alababa al Centro Editor, a pesar de que los que trabajábamos allí hacíamos la lucha de clases contra Boris.

Se daba esa situación interna porque Boris era duro, pero también era duro con él mismo. Yo creo que desde que lo conocí hasta el final andaba con la misma campera, siempre atorrante. A veces iba a una gráfica porque tenía que pagar y mostraba el forro de sus bolsillos para mostrar que no tenía plata. Una vez alguien, dueño de una poderosa empresa de papel, me dijo que Boris era un tipo interesante, importante. Y agregó: “Quedó debiéndole un millón de dólares a mi padre, pero no puedo dejar de admirarlo.” Son esas figuras que marcaron una época. Estuvo bien elegido para dirigir la editorial y permitió también la creatividad de quienes trabajamos con él o, mejor aun, administró la creatividad.

¿Se manejaba con cierto autoritarismo?

A veces se confunden producción y capitalismo y en ese caso podría parecer una persona muy autoritaria. Producción hay en todos lados, sea cual fuere el sistema económico o político, y la producción exige una jerarquía de decisiones. Existen criterios de organización necesarios en el trabajo, que a veces se interpretan mal: no son criterios de autoritarismo sino necesidades de la producción. Yo veo mucha gente hoy que si tuviera que trabajar con personas como Boris les daría un infarto al tercer día. Era bravo.

Si en los análisis históricos sobre el comienzo de Eudeba se hace hincapié en su figura es porque ciertamente tuvo importancia. Beatriz Sarlo, yo y muchos otros nos formamos con Boris Spivacow en la época en que él dirigía Eudeba.

¿Cuál fue el impacto del golpe militar de 1966 sobre Eudeba?

La Noche de los Bastones Largos afectó fundamentalmente a un grupo muy cercano a Eudeba, que era el de los científicos de Ciencias Exactas, como Rolando García, Manuel Sadosky

y otros investigadores y docentes. Ése era el grupo de referencia de Boris, como lo era también José Babini, y de allí la importancia que había tenido para nosotros la línea matemática, epistemológica y de Historia de la Ciencia. Cuando golpearon sobre ese grupo en la Noche de los Bastones Largos, allí se terminó nuestra Eudeba.

Sólo nos quedamos muy poco tiempo más. Estábamos nosotros en un lugar y en otro estaban los interventores, y en ese corto lapso inventamos el Centro Editor de América Latina. En agosto nos fuimos de Eudeba y en noviembre o diciembre salieron los primeros libros del Centro Editor.

De los mil libros en preparación que había en julio de 1966, seiscientos o setecientos quedaron perdidos o no llegaron a traducirse. A partir del golpe de Onganía las autoridades se opusieron a la indagación epistemológica y lógica que se hacía en Eudeba. El ataque fue más por ese motivo que por problemas ideológicos o políticos, aunque también se implantó una buena dosis de maccartismo con respecto a todo lo que se hacía. Eso lo sentimos más fuertemente después, cuando ya estábamos trabajando en el Centro Editor de América Latina. La continuidad que hubo entre Eudeba y el Centro Editor no debe ser olvidada, aunque éste se fue transformando luego en una editorial de fascículos.

Eudeba entró en una decadencia muy fuerte, de la cual no salió nunca más. Porque después sufrió otros golpes, como el del '76. Hubo una etapa, con Rogelio García Lupo desde el '73, cuando el presidente del directorio era Jauretche, donde se empezaron a editar temas importantes desde el punto de vista político. En el '76, la dictadura militar de Videla barrió con todo. Un oficial retiró, firmando un recibo que luego permitió realizar un juicio, 12.000 ejemplares del libro *Neocapitalismo y Comunicación de Masa*, de Heriberto Muraro, que había ganado el premio Scalabrini Ortiz en 1974.

El momento más álgido de la campaña persecutoria fue cuando Boris Spivacow, como dueño de la editorial, tuvo que presenciar el incendio oficial de los libros del Centro Editor de América Latina. Quemaron oficialmente la *Historia del Movimiento Obrero* y otras series de libros y de fascículos, todo lo que habíamos hecho en esa editorial el mismo grupo que antes había estado en Eudeba. Ya nos habían puesto varias bombas y cuando una bomba provocaba daños o fuego, venían los bomberos y no solamente apagaban el incendio sino que mojaban intencionalmente todos los libros. Fueron muchos golpes, hasta llegar a los desaparecidos y la persecución en la época del Proceso, a partir de 1976.

Los sectores más reaccionarios siguieron golpeando sobre el proyecto que se inició con Eudeba. Por eso creo que esa Noche de los Bastones Largos no terminó.

Epílogo

CATALINA ROTUNNO

EDUARDO DÍAZ DE GUIJARRO

Argentina –y toda Latinoamérica– necesita herramientas para salir de una crisis que se ha convertido en crónica. Muchos se sienten impotentes, y consideran casi definitivo el triunfo de un sistema que, al entronizar el imperio del lucro y del individualismo, condena a la mayoría de la población a la miseria y a la ignorancia.

Mientras aumentan en nuestro país los índices de pobreza y la desigualdad en la distribución de los ingresos, las universidades estatales y los institutos de investigación científica padecen penurias no sólo económicas sino de achicamiento de su nivel académico, por falta de una legitimación social de la ciencia y de la cultura que aliente su desarrollo.

Nos decidimos a compilar este libro convencidos de que esa trágica tendencia es reversible, y de que existe en nuestro país un importante sector de la sociedad capacitado para superarla. Una condición necesaria para cambiar el rumbo es dar un enérgico impulso a la ciencia y a la cultura, como una forma de irradiar al pueblo métodos científicos de pensamiento que le permitan desentrañar los falsos conceptos sostenidos desde el poder y los engañosos mensajes que recibe a través de los medios de comunicación.

Lo que se logró en la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1966 fue el producto de una intensa lucha, guiada por objetivos claros. Sus resultados no fueron completos ni perfec-

tos, como no lo es nada en la sociedad humana. Pero con seguridad sirve como ejemplo para quienes siguen luchando y buscando hoy una salida. La sociedad argentina, a pesar de las vicisitudes políticas, de los golpes de estado y de las presiones de los organismos internacionales, ha demostrado que fue y es capaz de producir ciencia y cultura.

Aquella experiencia brinda un riquísimo material para el análisis. Los capítulos que hemos puesto a consideración de los lectores son una parte de esa historia, contada por quienes, desde diferentes lugares, fueron protagonistas.

Corresponde ahora a todos nosotros, autores y lectores, la tarea de encontrar cuáles son los nuevos posibles que será necesario construir en la época actual.

Y obrar en consecuencia.